

# John Maynard KEYNES EN ESPAÑA

Enrique FUENTES QUINTANA

## TRES MESES DE JUNIO

John Maynard Keynes estuvo en España a lo largo de su vida en tres ocasiones. Curiosamente las tres en el mes de junio. Las dos primeras estancias de Keynes, en su juventud, tuvieron por escenario los Pirineos en excursiones de montaña y en vacaciones.

Esas excursiones de Keynes fueron consecuencia de la afición por el montañismo que Geoffrey Winthrop Young —uno de los educadores de Keynes en Eton— intentó inculcar a sus alumnos y, especialmente, a los que más destacaban en el trabajo intelectual. Young contó a Harrod los motivos por los que le parecía importante arraigar esa afición entre sus discípulos. La vida de Keynes, como la de otros distinguidos alumnos de Eton, discurría en un ambiente interior de invernadero. Era preciso «equilibrar la formidable combinación de intelectualismo y esteticismo con la vida en el mundo de la naturaleza, la aventura al aire libre y el disfrute de las bellezas naturales. A Keynes —opina Young— le interesó particularmente iniciarse en esta aventura que se le ofrecía por el alpinismo y durante algún tiempo logró entusiasmarse». El entusiasmo de Keynes por el alpinismo, que creía haber despertado su maestro Young, no fue para su alumno un entusiasmo indescriptible, sino moderado. Keynes lo confesaría así a Lytton Strachey tras una arriesgada excursión por los Alpes «en compañía del formidable Young»: «He admirado las más soberbias vistas y las extensiones más desiertas y desoladas de nieve y de hielo; hubo hasta peligros. Pero ni por un instante me sentía po-

seído de algo que pudiera calificarse de entusiasmo. Desde luego se experimentan emociones y una especie de pasión de serenidad; pero en general, los méritos de todo esto son a pequeña escala, comparados con los placeres de la amistad y de la vida intelectual».

Con todo, el éxito de Young como profesor fue mucho mayor con Keynes que el que obtendría con el amigo más influyente de Keynes, Lytton Strachey, quien, tras su excursión a Skye y a los picos del Coolin para iniciarse en las prácticas del alpinismo, escribiría a Keynes: «Estamos a 12 Km. de Portree, el centro más cercano de la civilización (y de la belleza) y nos rodean desiertos de verde vaguedad, multitud de montañas imbéciles y una lluvia eterna... los enormes picos de Coolin, sus sombríos perfiles, los verdes valles, me parecen simplemente absurdos».

El entusiasmo moderado de Keynes por la naturaleza le llevó a programar sus excursiones incorporando a ellas algo más que montañas cuando recorrió los Pirineos en 1907 y 1909, pues esas excursiones estuvieron llenas de lecturas y descanso, terminando invariablemente en Biarritz, donde la calidad de los hoteles, la comida, el clima y el ambiente permitían disfrutar unos días de vacaciones agradables. Además, Biarritz contaba con el casino y el juego, que constituía para Keynes una permanente y atractiva tentación, lo que añadía un aliciente no despreciable al viaje.

Con esos múltiples propósitos realizó Keynes su primera excursión por los Pirineos franceses y españoles en junio de 1907. En compañía de Charles Rye Fay, historiador de la economía y *lecturer* en el Christ College, partió Keynes

hacia los Pirineos, donde se unirían a su padre Neville y a su hermano Geoffrey.

De este viaje queda el testimonio de Keynes en carta escrita a Lytton Strachey el 5 de julio de 1907: «He estado andando y escalando inmensas distancias y alturas, pero como me quemé los ojos anteayer por pasar un buen número de horas en la nieve sin llevar gafas oscuras, he decidido no moverme estos dos últimos días. Esta decisión ha sido realmente agradable, puesto que me ha permitido leer bastante. Nunca he encontrado tan placentera la lectura de la probabilidad en la cama o más agradable la de Miss Austen bajo una roca. Me gustaría seguir haciendo esto aquí durante meses. También hacía largo tiempo que mis deseos e inquietudes no decaían hasta un nivel tan bajo. (Supongo que esto es resultado de las largas caminatas)».

«Fay es solamente un éxito moderado, creo yo. Afortunadamente nos apreciamos y por esta causa no ha sido un fracaso, pero: 1) Fay es absolutamente el peor andarín y montañista que jamás he visto y así, o bien nos retrasa, o bien ha de ser dejado atrás; 2) es demasiado feo. La fealdad de su cara, manos, cuerpo, vestimenta y modales, no son absolutamente compensados, creo yo, por su jovialidad, su buen corazón y su mediana inteligencia».

«Creo que me preocupan pocas cosas en este mundo, con excepción de lograr una apariencia razonablemente atractiva y una conducta razonablemente simpática».

Maynard y Fay dejaron a Neville y Geoffrey para caminar por la montaña hasta Biarritz. En su recorrido entraron en España, pasando tres días en la cabaña de un campesino, cerca de Torla, en «el más hermoso valle que jamás he visto».

En carta posterior de Keynes a Strachey insistiría en este punto: «Tengo que añadirte que dejé mi corazón en Aragón, el país más bello del mundo, a donde más tarde regresé a pasar tres días en la cabaña de un campesino».

El valle de Aragón al que Keynes se refiere, debía estar situado en el parque de Ordesa, del que es puerta de entrada el pueblo de Torla. Un valle que impresionó a Keynes vivamente y al que deseó volver pronto.

La excursión por los Pirineos terminó en Biarritz, ciudad desde la que Keynes escribiría a su madre: «Desayuno en la cama y leo una novela durante una hora aproximadamente. Entonces me levanto y trabajo durante dos horas y después, comida, sol y pereza durante el resto del día. Te aseguro que estoy tan bien como cualquiera lo estaría aquí, con mi nuevo traje, mis zapatos blancos y mi corbata dispuesta en pliegues, con un alfiler de ópalo». Pero había algo más que lectura y descanso en los días de Keynes en Biarritz, como le contaría a Lytton Strachey: «Te encantaría este lugar como a mí. El clima es la perfección absoluta, ni una nube, jamás caliente, jamás frío..., la comida es divina. Los salones de té no son el Rumpelmeier; pero creo que no le van a la zaga. Hay, sin embargo, dos nubes. Pierdo las cantidades más extravagantes a los *Petits Chevaux* y dudo que tenga suficiente dinero para comer hasta que regrese a casa. Anoche acabé perdiendo cuarenta carreras y he tenido otras rachas igualmente malas. La otra nube es la fealdad de la gente de estas regiones, incluyendo los visitantes».

Desde ese verano, con el clima y ambiente envidiables de los Pirineos, Keynes regresó al verano inglés y a su rutinario trabajo administrativo en Londres en el «Indian Office», donde había ingresado como funcionario en octubre de 1906. El clima cálido de aquel verano londinense y la monotonía de su trabajo, predispondrían su abandono de la Administración Pública y su vuelta a las raíces universitarias de Cambridge y, en cualquier caso, despertaron el fuerte deseo de disfrutar de la oportunidad de unas nuevas vacaciones de montaña en los Pirineos. Esta ocasión no llegaría hasta dos años más tarde: en junio de 1909 en compañía de su familia.

Para celebrar un éxito universitario de su hermano Geoffrey, la familia Keynes pasó unas vacaciones en los Pirineos. Sus impresiones sobre este viaje las conocemos a través de su correspondencia con el pintor Duncan Grant, primo de Lytton Strachey, y cuyas íntimas relaciones con Keynes se habían iniciado un año antes. Keynes considera la compañía de su hermano como algo decepcionante: «Geoffrey es desesperante», se quejaba a Duncan desde Luchon el 28 de junio. «No sé qué estoy haciendo aquí». La familia Keynes hizo excursio-

## LOS KEYNES EN ESPAÑA

Cuando Keynes y Lydia Lopokova llegaron a Madrid, el 8 de junio de 1930, habían transcurrido cinco años desde su matrimonio, celebrado en el registro civil de St. Pancrass el 25 de agosto de 1925. Ese viaje a Madrid de los Keynes pareció cumplir con el destino de los componentes del grupo de Bloomsbury de visitar nuestro país. Los tres grandes de Bloomsbury —Lytton Strachey, Virginia Woolf y Keynes— lo harían. El viaje más desafortunado fue el de Strachey. Gerald Brenan ha contado en sus relatos, reunidos bajo el título *Al Sur de Granada*, la odisea de Strachey para llegar a Yegen en un carruaje de mulas por las Alpujarras y a lomos de mulas después. Lytton Strachey lo pasó tan mal que cuando Leonard y Vir-

ginia Woolf quisieron visitar a Brenan les advirtió: «Cuidado, ¡aqueello es la muerte!» Pese a esta prevención Virginia y Leonard Woolf visitaron a Brenan en 1923. Tuvieron más suerte: el viaje a Yegen fue agradable y los quince días que allí estuvieron de vacaciones dejaron un grato recuerdo en cuantos los vivieron. Virginia Woolf escribiría con esos recuerdos un artículo sobre España en el primer número de *The Nation*.

John Maynard y Lydia Keynes hicieron el viaje en condiciones bien diferentes a los otros dos miembros de Bloomsbury. Vinieron invitados para que Keynes pronunciara una conferencia. Se hospedaron en el Ritz y visitaron Toledo y El Escorial y, por supuesto, el



Prado en Madrid. Fueron, como afirmaría Harrod, unas breves pero alegres vacaciones en España, en las que John Maynard Keynes dejó el testimonio de su brillante y buen hacer de economista.

nes a pie y en automóvil por las montañas. Pronto Maynard estaba en condiciones de informar a Duncan que estaba realizando una cantidad moderada de trabajo con grandes cantidades de descanso y placer. Sin embargo, encontraba «una falta terrible de emociones». Por añadidura, sus padres «con ojos de lince» impedían cualquier posibilidad de aventura. Hacia el 8 de julio se habían trasladado a Gavarnie, donde Maynard trabajó sobre las probabilidades, la teoría de la herencia («creo que podré tener algunos resultados que merecería la pena enviar al profesor de biología William Bateson»), le decía a Duncan). Leyó también en ese tiempo novelas de Conrad.

Desde Gavarnie, Keynes programó un viaje a solas a España para regresar al valle de Aragón que tanto le había impresionado cuando le conoció en compañía de Fay dos años antes.

Tras su estancia en España, confiaba sus impresiones a Duncan Grant: «El valle de Aragón me pareció aún más lleno de belleza emocional que antes, debe ser el paraje más bello de Europa, tiene una clase de encanto y de imaginación absolutamente definida y que le hace a uno vivir en trance. Era totalmente feliz allí. Cuando tenga que huir de mi país, será este valle al que me retire a vivir entre truchas, fresas salvajes y pastores españoles». Su estado de ánimo romántico no fue perturbado por la presencia de un desagradable conde ruso que transitaba por el valle con seis ayudantes e infinidad de botes de mermelada de Dundee.

La contestación de Duncan Grant a Keynes trataba de reducir lo que le pareció un entusiasmo desbordante y exagerado por las tierras españolas: «Me pregunto si ese *tu* valle que te parece encantador no será producto de *tu* ima-

ginación. Yo al menos así lo creo. Lo que quiero decir es que tú has encontrado *tu* valle. Quizás el mío fuese diferente».

De *su* valle de Aragón, Keynes pasó de nuevo a Biarritz en busca de otras emociones. Sin embargo y en su conjunto, esas vacaciones de Keynes no fueron un éxito por falta de compañía: «Me sentía de algún modo —confesaré a Duncan Grant— extraordinariamente solo. Durante aquel mes, todo pensamiento o sentimiento estaban encerrados dentro de mí».

Después de esas dos excursiones, Keynes no volvería a España hasta otro mes de junio bien distante en el tiempo: el del año 1930. Los 21 años que separaban esta llegada a España de sus excursiones veraniegas por los Pirineos habían convertido a Keynes en una personalidad brillante y muy conocida, casi popular.

## LOS MOTIVOS DE UNA INVITACION Y LAS RESPUESTAS DE KEYNES

**A**pyándose en ese aval, el Comité Hispano-Inglés que presidía el duque de Alba, ministro en 1930 de Instrucción Pública en el Gobierno Berenguer, decidió invitar a Keynes para que participara en las conferencias que tenían por escenario la Residencia de Estudiantes y por las que desfilarían prestigiosas personalidades de la ciencia y la cultura de la época: Eva Curie, H. G. Wells, Eddington, se encontrarían entre los invitados. El propósito de la invitación a Keynes por parte española fue facilitar un conocimiento personal y directo del gran economista británico en nuestros medios culturales y económicos. Keynes era ya en aquellas fechas una firma familiar para algunos españoles. En 1920 había aparecido en España —y pronto se había agotado— *Las consecuencias económicas de la paz*, obra que Keynes había escrito en el increíble plazo de dos meses en su encierro de Charleston, publicándose el 12 de diciembre de 1919. En abril de 1920, cuando la obra aparece en España, su éxito era espectacular: se habían vendido 100.000 ejemplares de las distintas ediciones británicas y america-

nas, se había traducido a 10 idiomas y los ingresos obtenidos por sus ventas superaban las 12.000 £. La versión española la había realizado Juan Uña y la publicó Editorial Calpe. A favor de ese gran éxito, la firma de Keynes ganó enorme popularidad y se convirtió en habitual colaboración de distintos periódicos españoles que difundieron sus trabajos, escritos para el *Manchester Guardian*, primero, y para *The Nation*, después. Keynes puso especial empeño en la difusión de sus opiniones personales y en la de las de aquellos técnicos que pudieran contribuir a la reconstrucción europea, que consideraba un objetivo demasiado importante para dejarlo solo en manos de los políticos. Fruto de esta preocupación fueron los grandes suplementos del *Manchester Guardian Commercial* que aparecerían en 1922, en cinco distintos idiomas, entre ellos el español. Los 12 suplementos sumaban más de 800 páginas en gran formato y habían incorporado las opiniones de los principales economistas y políticos de la época. También habían aparecido en castellano sus célebres crónicas de la Conferencia de Génova de 1922, y otras opiniones posteriores. Este largo historial de la difusión de los trabajos de Keynes en España fundamentaba la invitación del Comité Hispano-Inglés para visitar nuestro país y había creado una gran expectación por su presencia en Madrid, como testimonia la prensa de la época.

El 8 de junio de 1930, cuando Keynes llegó a Madrid, no venía solo. Keynes llegaba en compañía de su esposa, Lydia Lopokova, con la que se había casado cinco años antes. Este viaje a España debió ilusionar a Lydia Lopokova, que había recorrido ya nuestro país, obteniendo como primera bailarina de la compañía de Diaghilev grandes éxitos, viviendo, con los bailarines y artistas que la integraban, días difíciles y aventuras inolvidables que PAPELES ha podido reconstruir para sus lectores gracias a la búsqueda tenaz de Fernando García-Pérez Valderama y que se resumen en su trabajo «Crónica española de Lydia Lopokova» que se publica en este mismo número.

La invitación española constituyó para el matrimonio Keynes una oportunidad de conocer mejor nuestro país del que —a juzgar por sus opiniones— conservaban un grato recuerdo. Como atestiguan sus manifestaciones a la prensa madrileña, el tiempo de estancia en España

## LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES Y LA CONFERENCIA DE KEYNES

La visita de Keynes a Madrid fue motivada por una invitación del Comité Hispano-Inglés y su conferencia tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes.

La Residencia de Estudiantes nació como un proyecto más de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907 por el Ministro de Instrucción Pública. Se trataba de crear un Colegio Universitario subvencionado por la Junta para atender a «la vida moral, a la formación del carácter, a la cultura general y al ennoblecimiento de la juventud que visita las Universidades». Por indicación de Giner de los Ríos, se nombra Director del Colegio a Alberto Jiménez Fraud, educador de una vocación extraordinaria, servida hasta su muerte con ejemplar fidelidad. El ejemplo más influyente en la organización de la Residencia serían los *Colleges* ingleses. El 6 de mayo de 1910 se reglamentaría su Patronato y se crearía la Residencia de Estudiantes oficialmente bajo la presidencia de Menéndez Pidal. Instalada en un principio en Fortuny, 14, a partir de 1915 se trasladó a lo que un colegial ilustre, Juan Ramón Jiménez, llamaría «La Colina de los Chopos», situada al final de la calle de Pinar, un edificio que transmitiría en el futuro su personalidad a la Residencia.

Desde su fundación, las actividades de la Residencia de Estudiantes fueron muy numerosas. Al analizar esas actividades, Margarita Sáenz de la Calzada, en su Memoria de Licenciatura dirigida por el profesor Manuel Terán, distingue las propias de los residentes y para los residentes de las actividades *en y para*



la Residencia, promovidas por no residentes, aunque íntimamente ligadas a las tareas de formación universitaria de la Residencia.



Dos instituciones desempeñaron un papel importante en esas actividades *en y para* la Residencia: El Comité Hispano-Inglés y la Sociedad de Cursos y Conferencias. El primero se crea en 1923 por iniciativa del embajador británico Sir Esme Howard y el Duque de Alba, con el propósito de realizar intercambios de estudiantes becados, invitar a aquellas personalidades que se considerasen de interés, así como de disponer de una biblioteca bien dotada. La Sociedad de Cursos y Conferencias se crea en 1924 y tuvo un propósito más concreto: invitar a aquellas personalidades extranjeras o españolas que facilitasen a los residentes sus conocimientos. La nómina de invitados por las dos Instituciones es amplia y muy representativa de la vida científica y cultural de los años 1920 y 1930. Entre los invitados del Comité Hispano-Inglés figurarían, entre otros, Hillarie Belloc (1923), Howard Carter (1924), W. Starkie (1924), C. K. Chesterton (1926), T. A. Joyce (1927), L. Woolley (1929), John Maynard Keynes (1930), G. Elliot (1931), H. G. Wells (1932). La Sociedad de Cursos y Conferencias lograría la participación, entre otros, de Paul Valéry, Louis Aragon y Paul Claudel en 1925, de Max Jakob y del Conde de Keyserling en 1926 y de Maurice de Broglie y Mme. Curie en 1931, y de los más destacados filósofos y científicos españoles.

lo aprovecharon bien: Madrid, el Prado, Toledo y El Escorial consumieron sus horas de ocio que precedieron a la conferencia de Keynes en la Residencia de Estudiantes el día 10.

Pero, ¿de qué iba a hablar Keynes en Madrid? Esta pregunta se la hizo el propio Keynes, según cuenta Roy Harrod en su biografía del gran economista británico. Los motivos de su

elección vinieron dados por la crítica situación que el mundo y España —en menor medida— vivían entonces. Había ocurrido ya —afirma Harrod— «un hecho cargado de negros presagios: el colapso de la Bolsa de Valores de Wall Street, que no sólo arruinó a muchos norteamericanos. Su oleaje llegó a todo el mundo y lejos de calmarse enseguida, lanzaba olas cada vez mayores a medida que pasaba el tiempo».

## KEYNES PERIODISTA

Cuando las obras completas de Keynes han coleccionado sus escritos, ha podido comprobarse la extensa, casi increíble, cantidad de sus escritos en la prensa periódica

sobre distintos temas de actualidad. Keynes puede competir con cualquier periodista de su época en la cuantía de su producción, y es muy probable que muy pocos —si

alguno— superase el número de páginas escritas por él.

¿Por qué Keynes dedicó tanto tiempo a sus tareas de periodista? Hay desde luego varios motivos. En el primero y principal existió una coincidencia entre Ortega y Keynes. Ortega afirmaba que quien desee hacer algo, cambiar algo, en este país —España— tiene que bajar a la arena pública que es el periódico y explicar/convencer de qué se trata y qué debe hacerse. Keynes afirmaba que sin persuadir sobre los cambios necesarios, sin crear opinión externa sobre las respuestas a los problemas planteados no hay nada que hacer en este país —Inglaterra—. Keynes escribió en la prensa también porque consideraba que esa era una profesión que creía conocer y con la que trataba de vivir. Keynes percibió siempre compensaciones económicas por su trabajo. Supo lo que debía cobrar y exigió sus honorarios. Cuidó de difundir sus opiniones (porque intentaba persuadir con ellas) a la prensa de todo el mundo, asegurándose el correspondiente «copyright» de sus trabajos.

Cuando Keynes llegó a España, su labor periodística era conocida. *El Sol* había publicado algunos de sus trabajos, habiendo tenido especial eco sus crónicas enviadas desde la Conferencia de Génova. Sin embargo, su gran obra periodística, los Suplementos del *Manchester Guardian Commercial*, no fue ofrecida a la prensa española sino traducida y publicada fuera de España.

[La foto corresponde al ejemplar de *El Sol* que publicó en 1922 un artículo de Keynes sobre la Conferencia de Génova.]

# El Sol

16 de abril de 1922

## LA RECONSTRUCCION DE EUROPA

### Un artículo de Mr. Keynes

El ilustre profesor inglés señor J. M. Keynes, que va ahora camino de Génova con el propósito de conocer el desarrollo de los debates relativos a la reconstrucción económica de Europa y a otros extremos que figuran en el programa de Cannes, ha dirigido a "The Manchester Guardian" el primero de los artículos que escribirá acerca de tan importantes materias.

En este artículo, Mr. Keynes comienza diciendo que es natural acercarse a Génova con dudas y escepticismo, porque no suena el coro del acuerdo entre los concurrentes, sino que, por el contrario, las trompetas han hecho resonar a todos los vientos las disensiones, las limitaciones, la vacuidad y el fracaso.

la XIX centuria, estará entre el liberalismo y el radicalismo, por lo cual el primordial objeto de los Gobiernos y de la política extranjera debe ser la paz, la libertad de comercio y el intercambio y la riqueza económica, frente a eso otro poder militarista o más bien diplomático, que solo piensa en el poderío, en el prestigio y la gloria nacional y personal y en la imposición de una cultura y de prejuicios raciales hereditarios.

Si el radicalismo ganase, entonces comenzaría una lucha secundaria entre el Estado burgués y el socialista sobre la riqueza de la comunidad. Pero si ganase la diplomacia, más pronto o más tarde se extenderá una dolencia económica que acabaría, con algunas va-

Lo que más preocupaba a Keynes en aquellos momentos críticos era el retraso en el reconocimiento por todos de la gravedad de la situación y que esta pasividad fuera degradando paulatinamente el estado de la economía y de las expectativas del público, creando así un clima de desastre irreversible que podría afectar a la propia viabilidad del sistema capitalista. El 10 de mayo de 1930, un mes antes de su llegada a Madrid, Keynes había escrito un artículo en *The Nation*, en el que afirmaba: «Es un hecho —aún no reconocido por el gran público— que nos encontramos en la cima de un grave hundimiento internacional, catástrofe que recordará la historia como una de las más graves que nunca haya habido». Y, sin embargo, pese a esos negros presagios, Keynes creía que no había motivos fundados para claudicar del sistema económico que padecía esos males. Si la situación se agravara definitivamente, no será culpa del sistema económico, sino de la torpeza de la política aplicada. El sistema económico disponía, en opinión de Keynes, de capacidad y de dinamismo, si se le orientaba bien, para superar las grandes dificultades que entonces atravesaba.

A exponer los motivos de ese optimismo keynesiano se dirigió la conferencia de Madrid. Harrod afirma que Keynes quiso sacar a su auditorio madrileño del pesimismo de la crisis y eligió para ello un tema con un título y un plazo muy poco keynesianos: «Posible situación económica de nuestros nietos». No era este tema nuevo para Keynes. Como ha recordado uno de los biógrafos y editores de las Obras Completas de Keynes, Donald E. Moggridge, el tema de la conferencia de Keynes en Madrid había inspirado ya previamente otras tres intervenciones suyas: la realizada en marzo de 1928 en la Sociedad de Ensayos del Winchester College (que hizo, según testimonia Harrod, las delicias de los escolares), la que tuvo lugar en el Club de Economía Política de Cambridge en 1930 (Club que Keynes había fundado en Cambridge en 1904 y que funcionaba semanalmente los lunes) y, en tercer lugar, ante los «Apóstoles» que escucharon a Keynes su particular versión del futuro el 31 de mayo de 1930, en vísperas de su viaje a Madrid. El texto de la conferencia de Madrid —tal y como lo recogió la prensa española del 11 de junio— contenía los argumentos esenciales a los que Keynes daría forma literaria en dos artículos publi-

cados en *The Nation* el 11 y el 18 de octubre de 1930 y recibiría su redacción definitiva —más técnica, pero sin perder su atractivo original— en *Essays in Persuasion* que la casa MacMillan publicaría en 1933. El número 6 de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA ofreció una versión castellana de este trabajo de Keynes.

Pero si Keynes vino a Madrid con el propósito de hablar de la economía de un distante futuro, es claro que los periodistas madrileños le forzaron a ocuparse, en sus declaraciones y entrevistas, de la economía del inmediato presente y de los problemas que definían la situación concreta de la economía española. En efecto, las entrevistas que Keynes concedió a la prensa madrileña revelan el acoso de sus entrevistadores con los problemas del día: el diagnóstico de la crisis, las soluciones al creciente desempleo, el enjuiciamiento ante el peligro de la poderosa ola de proteccionismo que entonces se iniciaba, las condiciones de la estabilidad interna, el funcionamiento del sistema monetario y, sobre todo, la fijación de un tipo de cambio realista de la peseta.

El problema del tipo de cambio de la peseta constituía el centro de la atención de la España económica de la época. Cuando llegó Keynes a Madrid, el país vivía una situación de interinidad política bajo el Gobierno Berenguer, con Manuel Argüelles al frente del Ministerio de Hacienda, que, siguiendo la tendencia dominante desde la Dictadura, había convertido a la cotización de la peseta y a su estabilidad en el objetivo prioritario de la política económica. La Dictadura española —y muy especialmente Primo de Rivera— había sucumbido a la tentación en la que han caído casi siempre los gobiernos autoritarios de cualquier signo, consistente en asociar cotización de la valuta y prestigio nacional. Basta contemplar la marcha de la cotización de la peseta desde 1927 hasta 1931 para comprender el fracaso de ese propósito, sobre cuya necesaria consecución se había sensibilizado al país entero desde el poder político. El fracaso en esa empresa había costado la dimisión del Ministro de Hacienda, Calvo Sotelo, a comienzos de 1930, no siendo ajena a este hecho la propia dimisión del dictador de 27 de enero de 1930. El fin de la Dictadura no cambió, sin embargo, el objetivo de la política económica ni tampoco la continuada depreciación de la peseta, que angustiaba al gobierno y que

anticipaba —cuando Keynes llegó a Madrid— una nueva dimisión, la del Ministro de Hacienda, Manuel Argüelles, que ocurriría el 18 de agosto. Fue esa crisis de la peseta —y no la crisis de la economía real— la que polarizó casi toda la demanda de opiniones a Keynes en su visita a Madrid. Casi toda, se afirma, porque también se le plantearon otras cuestiones, pero siempre subordinadas a ese gran tema nacional en que se había convertido en 1930 la cotización de nuestro signo monetario.

## LOS DOCUMENTOS DE UNA VISITA Y SU DOBLE CONTENIDO

Como testimonio de la visita de Keynes a Madrid, queda una documentación de prensa cuyas piezas fundamentales se han recopilado como Apéndice a este trabajo. El lector que curiosoee su contenido podrá comprobar que esa documentación puede agruparse en dos núcleos diferentes: las opiniones de Keynes sobre temas generales y las referidas a los problemas de la economía española en los años treinta. Y a ese doble contenido argumental se ajustará el contenido de este trabajo. Trataré de exponer con qué propósitos.

La visita de Keynes a Madrid tiene lugar en un momento crítico de la economía y enormemente creador en el pensamiento keynesiano. Crítico de la economía: por el agravamiento generalizado de la situación económica de todos los países, anunciador de la gran depresión de los años treinta. Creador en el pensamiento de Keynes: pues es en esos años que inician la nueva década cuando va a irse perfilando —en plena madurez de su pensamiento— su respuesta a los problemas que planteaba una economía en depresión, elaborando un modelo de análisis para la comprensión y el tratamiento de lo que estimaba los principales problemas de su tiempo. Es evidente que todo pensamiento económico —y por supuesto el keynesiano— parte de una realidad social inevitablemente histórica y se integra por dos componentes distintos: lo que Schumpeter ha llamado la *visión* de la realidad y el *modelo* con el que interpre-

tarla. Por decirlo con las mejores palabras de Schumpeter: «Cualquier teoría de la situación económica de una sociedad consta de dos elementos complementarios pero esencialmente distintos. En primer lugar está la *visión* del teórico de los rasgos básicos de la sociedad, de lo que es y de lo que no es importante, para comprender esa vida social en un determinado momento. Podemos denominar *visión* a este primer elemento. Y, en segundo lugar, está la técnica del teórico, el modelo con el que conceptualiza su visión y que transforma a esta última en proposiciones concretas o teóricas».

Esa visión del economista no es nunca consecuencia de la improvisación, constituye un elaborado producto de una serie de influencias y premisas que definen unos hábitos de pensamiento y métodos de trabajo para acotar los problemas de una sociedad que importa analizar y resolver. Surge así una primera pregunta: ¿a partir de qué *premisas* tiene lugar esa aproximación keynesiana a lo que estimaba el problema económico de su tiempo? Responder a esa interrogante es siempre un problema de complicada solución que encuentra, en el caso de Keynes, facilidades por la copiosa documentación que sobre su vida y su obra se ha logrado reunir en el primer centenario de su nacimiento. La dificultad estriba, justamente, en esa abundancia de información, que obliga a seleccionar en ella lo fundamental y posponer lo accesorio. Cumplir con esa obligación de elegir las premisas fundamentales del pensamiento keynesiano y ordenar debidamente lo obtenido en esa elección dará su contenido al primero de los epígrafes de la parte II de este trabajo. El lector debe tomar el contenido de ese epígrafe como una oferta más de las muchas que tiene disponibles y con ese espíritu disciplinado de someterse a una cerrada competencia, pero con una pretensión competitiva de lograr algo en ella, se ha escrito.

A este primer epígrafe se añaden cinco más que completan el contenido de esta parte II del trabajo. Exponer lo que estimo como *visión* keynesiana de los problemas económicos, constituye el propósito del segundo epígrafe. El hecho de que Keynes y Schumpeter partieran de visiones diferentes de los problemas económicos de las sociedades en que vivieron ofrece una oportunidad de comprender sus distintas posiciones para valorar mejor así a cada una de

ellas, estudio comparado que da su argumento al tercer epígrafe. El análisis de la conferencia de Keynes en Madrid constituye un elemento interpretativo importante para entender la que considero *visión* keynesiana de los problemas económicos de su tiempo, propósito del cuarto epígrafe, mientras que el repaso de los distintos modelos formulados por Keynes, para hacer analíticamente operativa su visión de nuestra era, da su contenido al quinto epígrafe, cerrándose esta parte II con unas consideraciones finales sobre la validez y limitaciones actuales de la visión y el modelo keynesianos.

La parte III, y última, del trabajo trata de exponer y valorar la breve pero interesante incursión de Keynes en los problemas españoles de comienzos de la década de 1930.

## II

### **LAS PREMISAS DE LA VISIÓN KEYNESIANA DE LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS DE SU TIEMPO**

**S**i algún rasgo diferencial es capaz de resumir el intenso y variado quehacer de Keynes a lo largo de su vida, este rasgo es el de su cambio de visión y de actitud ante los problemas económicos de una sociedad. Robert Skidelsky nos ha hablado de una actitud vital de Keynes, anterior a su ejercicio como economista profesional, y de la que ese ejercicio es consecuencia directa. Es esta *peculiar aproximación keynesiana al problema económico* —que hoy podemos conocer detalladamente— la que nos revela, tanto el papel como también las limitaciones de su pensamiento.

Keynes llegó a la Economía con una suma de creencias procedentes de raíces muy distintas: su hogar en Harvey Road, su educación en Eton y, sobre todas, el cambio de actitud filosófica y vital que tiene lugar en Cambridge y Londres, de 1902 a 1914.

De las raíces de las creencias keynesianas arrancaron las premisas que informarán su pensamiento —tanto su peculiar visión del problema económico, como el modelo con el que trató de interpretar la realidad de su tiempo—, de forma que nada puede comprenderse de la visión y modelo de Keynes sin esa referencia. Ello explica que en la biografía de Keynes ocupen un lugar central esos años formativos que preceden a sus primeros escritos y propuestas de política económica. A esa atención necesaria al Keynes de los años 1903-14 se refería Harrod cuando manifestó a un colega «que había escrito más de una tercera parte de la biografía de Keynes y sólo había llegado a 1919. Yo hubiera pensado —me replicó— que ese habría sido tu primer capítulo: nadie conocía a Keynes antes de 1919. La verdad —prosigue Harrod— es que Keynes hizo cosas de no escasa importancia antes de esa fecha..., pero, sobre todo, los años anteriores a 1919 son fundamentales, pues en ellos discurre el período formativo del pensamiento de Keynes..., que tuvo gran importancia a lo largo de su vida». Hoy, nadie que haya leído la biografía de Keynes ofrecida por Harrod se atrevería a hacer la pregunta que a él le hicieron, más bien cabría acentuar la importancia de esta etapa formativa del pensamiento keynesiano. La aparición de las obras completas de Keynes, los comentarios y trabajos de sus compiladores —Donald E. Moggridge y Elizabeth Johnson— y la reciente biografía de Robert Skidelsky, insisten en esta misma dirección: acudir al período formativo de Keynes para tratar de entender su obra y su actuación como economista.

Esas premisas de las que Keynes partió y que sedimentarían su proceso formativo tenían un triple componente: *premisas filosóficas*, *premisas económicas* y las que Harrod denominó las premisas de *Harvey Road*. Las dos primeras, procedentes de Cambridge —del Cambridge filosófico y del Cambridge económico y marshalliano—, las últimas, de su hogar, de Eton y de la Inglaterra de su tiempo (lo que casi equivalía a decir las mismas cosas).

La aproximación que Keynes hace a los problemas económicos constituye una larga marcha que comienza por la búsqueda de unas creencias en la filosofía. Keynes llegó antes a la Filosofía que a la Economía y no por casualidad. Necesitaba disponer de unas verdaderas

## CAMBRIDGE Y KEYNES

Como se afirma por cuantos se han acercado a entender e interpretar a Keynes, las claves del personaje se encuentran en tres raíces distintas: en su familia y en su hogar de Harvey Road, en Cambridge y en los peculiares problemas y en el ambiente político, social y administrativo de la Inglaterra de su tiempo. Cualquiera que sea el hilo del pensamiento keynesiano desde el que se tire se llega al ovillo difícil de desenredar en el que se combinan en diversas proporciones esas tres madejas con las que está tejido el keynesianismo (Harvey Road, Cambridge, la Inglaterra que vive entre dos épocas).

De esas tres madejas, la de su formación en Cambridge es bien conocida en sus datos externos y

fundamentales. Keynes llega a Cambridge, ingresando en el King's College, cuando éste se hallaba en la cresta de la ola. Solamente el Trinity y el St. John's competían con él en prestigio académico y social. La base de ese prestigio estaba en la existencia de un conjunto de profesores entregados a la formación del carácter y pensamiento de sus discípulos.

Robert Skidelsky, en su biografía de Keynes, ofrece una información abrumadora y una valoración interesante sobre el King's en el que Keynes se formó. En su opinión, la figura clave del King's es un personaje poco conocido: Oscar Browning. Su propósito educativo consistió en ofrecer una formación digna de hombres de estado, para

lo que consideró que la clave de la educación estaba en la historia y en la política, oponiéndose a la tendencia a la especialización —que consideraba perturbadora— y a la adoración al atletismo entonces prevaiente. Introdujo también una espontánea naturalidad en el comportamiento, lo «bueno» para él no tenía que ajustarse a las «buenas formas» que dominaban el ambiente social victoriano. El creó el clima social del King's con las veladas de los domingos en casa, a las que asistían los estudiantes para conversar animada y distendidamente con el pretexto de oír música.

Goldsworthy Lowes Dickinson era el otro educador permanente de King's aficionado a transmitir su filosofía idealista por el método de diálogos socráticos.

De la mano de esos dos guías, Keynes se vio metido de lleno en el cauce educador del King's: los clubs, sociedades y grupos de discusión. El fin de estas instituciones consistía en servir un propósito básico a la educación británica: lograr que la parte principal en la educación de un estudiante la adquiriese de otros estudiantes. Las sociedades de debates y discusiones se ajustaban a ciertos moldes preestablecidos transmitidos por tradición: discusión dura y franca de los problemas, reconocimiento y respeto de la posición del contrario, intimidad de las sesiones de discusión. Los profesores formaban un fondo en ese proceso de discusión y formación. Las sociedades de debates existentes en Cambridge eran numerosísimas, con distintos objetivos y más o menos exclusivistas.

Una de esas sociedades era la de los «Apóstoles», sociedad secreta y muy restrictiva en la admisión de sus componentes. Esos componentes se seleccionaban por los «hermanos activos» de la sociedad: eran los «embriones». Keynes fue elegido e invitado a participar en una misteriosa visita de Lytton Strachey y Leonard Woolf. El ingreso en la sociedad revestía determinadas so-



lemnidades (un ritual de juramentos secretos, padrino y ceremonias). La sociedad de los «Apóstoles» se reunía los sábados en época escolar, se exponía por alguien —previamente designado— el tema y se discutía ampliamente, votándose los puntos más controvertidos. Estas actividades iban acompañadas de un amplio consumo de pan tostado con anchoas y té y café. «La búsqueda de la verdad con devoción absoluta» era el objetivo de cada sesión y los temas de discusión eran de gran amplitud y, fundamentalmente, filosóficos. El ingreso de Keynes en los «Apóstoles» marcaría muy profundamente su vida. Ante todo, al seleccionar al grupo de sus amistades: «los hermanos activos» de la época de Keynes eran Lytton Strachey, Leonard Woolf, Sydney Turner, Jack Sherppard y L. Greenwood. Pero estaban también los «ángeles» (hermanos que ya no eran estudiantes), entre los que figuraban: Bertrand Russell, G. M. Trevelyan, G. E. Moore, G. H. Hardy, D. MacCarthy, Roger Fry, L. Dickinson, McTaggart, E. M. Foster, Hawtrey y A. N. Whitehead. Como se ve, una amplia variedad de destacadas personalidades de su tiempo que hacía de la sociedad un lugar formativo importante. Gran parte de estas amistades de Keynes se prolongaron en Bloomsbury.

Keynes fue a estudiar matemáticas a Cambridge, pero en lo que más trabajó fue en esa formación cultural y filosófica que le ofrecieron los «Apóstoles». El sentido de grupo secreto —casi de secta— añadió un interés adicional a los trabajos de la sociedad, especialmente estimulante para un joven universitario. Este carácter secreto crearía problemas a los «Apóstoles» y una mala prensa generalizada más tarde, cuando se descubrió que los «espías de Cambridge», Burgess y Blunt, eran miembros de la sociedad, lo que originó muchas acusaciones infundadas.

¿Qué valoraciones e influencias dejaron en Keynes estos años de su formación en Cambridge? La con-

testación más escueta sería afirmar que el Cambridge filosófico de los «Apóstoles» definió para Keynes una creencia sobre los fines últimos de la vida, mientras que el Cambridge económico de Marshall y Foxwell le aportaría la técnica y los medios para alcanzar aquellas finalidades. Esas creencias sobre los fines recibieron como aportación primaria las ideas que G. E. Moore había expuesto en sus *Principia Ethica*. Todos los componentes de los «Apóstoles» de la generación de Keynes tenían hacia las ideas de Moore y hacia su persona una admiración y un respeto que no cedieron a ningún otro pensador. Moore no sólo enseñó a discutir a los «Apóstoles», exigiendo formular bien las preguntas (¿qué quiere usted decir con eso?, era su muletilla habitual) y obligándoles a precisar el lenguaje (¿qué significado tiene ese término?, era su otra pregunta más corriente). También les ofreció las bases para construir su ética. Nada tenía importancia salvo los estados mentales, principalmente los nuestros. Dichos estados no iban asociados a la acción o a sus consecuencias. Consistían en estados atemporales, apasionados, de contemplación y comunión, en gran medida desligados del antes y el después. Los temas adecuados de contemplación apasionada eran el amor, la belleza y la verdad. Y las finalidades primordiales de la vida serían el disfrute conseguido con una persona amada, la creación y el placer de experiencias estéticas y la búsqueda del conocimiento. Había que lograr lo *bueno* —esas contemplaciones apasionadas sobre los tres grandes temas antes indicados— más bien que *hacer el bien*. Esas finalidades había que conseguir las *ahora* (en el corto plazo, desligadas del antes y del después) y para ello debía renunciarse a servir cualquier conjunto de reglas generales. «Invocábamos el derecho —afirma Keynes— a juzgar cada caso individual por sus méritos y considerábamos que lo fundamental era hacerlo, con éxito y con libertad total..., rechazábamos en ese proceso de elegir lo bueno cualquier atadura a las costumbres, la

moral vigente o la sabiduría tradicional»...

A partir de esa interpretación especial de la filosofía de Moore, se abría camino una nueva ética muy distinta de la puritana, que había devaluado las relaciones personales y el disfrute de la belleza. La base de la actuación humana en el mundo victoriano había sido la moral puritana que partía de la dura exigencia de una autodisciplina que destruía la alegría espontánea de vivir para liberar tiempo y esfuerzo con el único propósito de servir al negocio de acumular riqueza y éxitos para gloria de Dios y el alma inmortal. Romper con esa ética era obligado para los hombres de Cambridge que interpretaron peculiarmente los principios de la filosofía de Moore. Hay que vivir en el presente para conseguir buenos estados mentales y éstos nos llevan a apreciar el amor, la belleza y la verdad. La apreciación de esas finalidades últimas de la vida constituyó la base del ataque de la generación Keynes-Strachey a los valores de la era victoriana, que intentarían restaurarse en la Inglaterra eduardiana tanto en el campo del arte (restableciendo la censura) como en el de la economía (con la vuelta a la paridad oro de la libra de la anteguerra en 1925). Keynes luchaba, en definitiva, contra la moral victoriana para vivir mejor, por lograr una era de abundancia de bienes que hiciera posible el disfrute de las finalidades que había descubierto en el Cambridge filosófico. Sería el Cambridge económico el que tendría que decir cómo lograr esos fines.

[La fotografía presenta los integrantes del «Cambridge University Moral Science Club» en 1915, mucho tiempo después que Keynes se graduara. Pero en ella figuran tres destacados «Apóstoles» de la época de Keynes: G. E. Moore (situated de pie, último a la izquierda), McTaggart, cuyos cursos siguió Keynes por consejo de su padre (sentado en último lugar a la derecha), y B. Russell (de pie, segundo a partir de la derecha).]

creencias que justificasen sus acciones. Y estas creencias, reclamadas a la filosofía, son las que va a tratar de buscar en Cambridge desde octubre de 1902 hasta junio de 1905 en que inicia sus estudios de Economía. Una búsqueda que transcurre en King's College y en la sociedad secreta «Cambridge Conversazione Society» (más conocida como «Los Apóstoles» o simplemente «La Sociedad») que había fundado en 1820 George Tomlinson, más tarde obispo de Gibraltar, y en la que Keynes ingresa como hermano activo en febrero de 1903 con el número 245. Las discusiones semanales de la sociedad han dejado testimonio de la intensa participación de Keynes en sus trabajos. Esas discusiones semanales tuvieron unas influencias perdurables en el pensamiento y actitud vitales de Keynes. De estas influencias destacan —sobre todas— la Ética contenida en los *Principia* de Moore, que constituyó para Keynes —y «para todos nosotros» (los Apóstoles)— una revelación sobre la que basar una nueva moral muy distinta de la victoriana dominante. (Para Moore, las únicas cosas valiosas por sí mismas son los estados mentales —con clara prioridad sobre los estados de acción—, de los que el más valioso es el placer de las relaciones humanas, el disfrute de la belleza y el conocimiento). De esa ética derivará la que se ha llamado *generación de Keynes-Lytton Strachey*, una forma de entender la vida —«una civilización»—, a la que se referirá Keynes en distintas ocasiones, que informaría la conducta y actitudes, tanto del grupo de los Apóstoles de Cambridge, como de la prolongación de ese grupo hacia la estética y la sensibilidad que tiene lugar en Bloomsbury.

Al estudio de la filosofía de fines que Keynes realiza en Cambridge con los «Apóstoles», siguió, a partir de 1905, el estudio sobre la filosofía de medios, es decir, sobre la Economía, de la que Keynes se ocupará también en Cambridge bajo el admirado magisterio de su profesor Alfred Marshall y la asistencia de A. C. Pigou.

Keynes comenzó a estudiar Economía tras aprobar su «Tripos» de Matemáticas en el verano de 1905, aún sin decidir del todo si haría la segunda parte del «Tripos» de Ciencias Sociales o el de Economía. Pese a la informalidad de su indecisión comenzó a someterse a la supervisión semanal de Alfred Marshall, cuyo ma-

gisterio le llevó a la obligada lectura del manual de la época —los *Principios de Economía* marshallianos—. Keynes estudió la 3.<sup>a</sup> edición de 1895 que se conserva llena de anotaciones, testimonio de un trabajo serio. También utilizó Keynes lo que se llamó la «tradición oral» de Cambridge en materia monetaria incorporada al testimonio de Marshall en las Comisiones Reales y el comercio exterior en dos trabajos de Marshall editados privadamente: *The Pure Theory of Foreign Trade* y *The Pure Theory of Domestic Values*. Leyó y admiró a Jevons —del que ha dejado una espléndida biografía—, a Edgeworth —de quien haría más tarde uno de sus excelentes e impresionistas retratos— y a Cournot. Quedan de este tiempo trabajos escolares de Keynes realizados bajo la supervisión de Marshall sobre «economía pura», «capital», «imposición» y «consorcios y ferrocarriles», que su maestro juzgó muy favorablemente. En noviembre de 1905 la Economía había logrado interesarle, como atestigua una carta de Keynes, a Lytton Strachey: «Encuentro cada vez más satisfactoria a la Economía, y creo que tengo bastantes condiciones para ella. Deseo administrar un ferrocarril u organizar un consorcio, o por lo menos, timar al público inversor. Resulta tan fascinante dominar el principio de estas cosas...»

Sin embargo, y a pesar «de que Marshall está acosándome para que me haga economista y escribe comentarios elogiosos de mis trabajos...», dudo que deba hacerlo». Y no lo hizo por el momento, pues en 1906 abandonó Cambridge, ingresando en la Administración Pública, ocupando su destino como funcionario en el Indian Office. Volvió, sin embargo, a Cambridge en julio de 1908, abandonando su carrera administrativa. Por aquel entonces Pigou había sucedido a Marshall y el grupo de «Tripos» de Economía lo constituían W. E. Johnson, Lowes Dickinson, John Clapham, C. R. Fay, H. O. Meredith, Walter Layton y L. Alston. Keynes comenzó así a enseñar Economía sin haberse graduado en ella. Había tenido un gran maestro en Marshall, un director de trabajos en Pigou y admiraba sobre todos a Herbert Somerton Foxwell que se retiraría de la enseñanza en Cambridge al suceder Pigou a Marshall. Este magisterio de H. S. Foxwell es poco conocido, pero fue decisivo para inclinar la visión del problema económico por Keynes (ver el recuadro «Marshall y Foxwell. Los maestros económicos

de Keynes»). Keynes se ocuparía en Cambridge de las materias de «Dinero, Crédito y Precios» en las que impartiría lecciones basadas en el pensamiento marshalliano que conocía como pocos. Sin embargo, su formación económica no fue completa: no llegó a leer a Smith hasta 1910, no tenía el conocimiento erudito de su admirado Foxwell sobre el pensamiento económico. Fue el de Keynes un aprendizaje sobre el terreno, consistente en utilizar la Economía marshalliana como instrumento de pensamiento para resolver los problemas de su tiempo. Hay coincidencia general en todos sus biógrafos en afirmar que su nombramiento como editor del *Economic Journal* y la lectura de los manuscritos enviados a la publicación así como sus deberes de editor tuvieron una decisiva influencia en su formación económica. Ahora bien, es importante destacar que los temas de que se debió ocupar en Cambridge y el magisterio de Marshall y Foxwell decidieron su visión del problema económico y la elección y el enfoque de los problemas de los que decidió ocuparse. Keynes no puede entenderse sin esa premisa del Cambridge económico en el que se formó.

A ese doble componente filosófico y económico de la formación de Keynes debe añadirse la profunda raíz que siempre mantuvo con su hogar de Harvey Road, con su educación en Eton y con la Inglaterra de su tiempo. Harvey Road —afirma Elizabeth Johnson— «le dio a Keynes su tremenda fortaleza: fe en su propio buen sentido y fe en su capacidad para conseguir el triunfo final de la razón humana». Donald Moggridge ha podido definir así a Keynes con acierto como «un producto de la Inglaterra victoriana y eduardiana». Un «producto de élite» que contó para su obtención con todas las ventajas de las mejores instituciones de su tiempo, de entre las cuales —afirma Robert Skidelsky— «la principal fue la de haber nacido en Cambridge, en una comunidad de profesores, y ser hijo de uno de ellos, John Neville, y de Florence Ada Keynes, una pionera de los derechos humanos, madre y compañera a la vez de sus hijos, como la calificaría *The Times* en su nota necrológica de 14 de febrero de 1958». La dirección aceptada en su educación por sus padres y la aceptación por éstos de su personalidad, reforzaron su propia y libre seguridad y su generosidad de espíritu. Su pertenencia a la «burguesía educada» que dirigía la Inglaterra victoriana y eduardiana orientó, sin

sobresaltos ni preocupaciones su destino, siempre concebido o sentido al servicio de los intereses nacionales de Inglaterra.

Ese proceso formativo del pensamiento keynesiano —y el propio origen y ascendencia de Keynes— tuvo tres consecuencias decisivas en su consideración *de* y en sus respuestas a los problemas económicos de una sociedad:

1.º La Economía fue siempre para Keynes una ciencia de medios, no de fines. La multiplicación de los bienes y servicios económicos, gracias a una mejor administración, debe permitir al hombre una mayor liberación de sus necesidades *absolutas* y una disponibilidad de más horas de ocio. Con ello, la Economía debería perder parte, al menos, de su dramática importancia actual, con lo que la humanidad podría dedicar más tiempo liberado a sus fines permanentes y verdaderos: la cultura, la religión, el arte, la filosofía. El trabajo de los economistas debe consistir así, *no* en crear ni en garantizar una civilización, sino en *posibilitar* una civilización para disfrutar de ella *en el presente*. Tal es el mensaje del célebre brindis keynesiano por la Economía y los economistas, realizado en ocasión solemne del banquete de despedida que la «Royal Economic Society» le ofreció al cesar en la dirección del *Economic Journal* en 1945, después de haber desempeñado el cargo 34 años: «Brindo por la Economía y los economistas, que son los garantes, no de la civilización, sino de la posibilidad de la civilización».

Sobre el contenido de esa civilización posible Keynes tuvo pocas dudas: conseguir los buenos estados mentales para él y las personas que con él se relacionaban (disfrutar de la amistad, el amor, la belleza y el conocimiento), que aconsejaba Moore, un fin que debería prevalecer siempre, salvo cuando el Estado estuviera en peligro, en cuyo caso sus obligaciones como ciudadano —para contribuir a lograr una situación feliz para la sociedad— deberían ocupar el primer lugar. Keynes creyó hasta 1914 que la civilización prevaleciente había logrado asegurar de cualquier peligro al Estado y que, en consecuencia, sería posible una vida privada plena entregada a los valores descubiertos y cultivados en Cambridge y Bloomsbury. La Primera Guerra Mundial y los hechos posteriores cambiaron la decoración. Sus creencias en el funcionamiento inadecuado de la economía, de-

## MARSHALL Y FOXWELL, MAESTROS ECONÓMICOS DE KEYNES

Keynes estudió en Cambridge con Marshall y completó esos estudios en frecuentes desayunos con Pigou. Keynes siempre reconoció el magisterio de Marshall aunque tratase con poca piedad sus ideas económicas en la *General Theory*, lo que entristeció e indignó a Pigou. Es indudable que Keynes conocía muy bien el método marshalliano y que expuso como nadie sus secretos en la magnífica biografía dedicada a Marshall.

Esa influencia de Marshall sobre Keynes ha sido siempre reconocida, pero no la que tuvo H. S. Foxwell. Es éste un economista oscuro que el propio Keynes contribuyó a iluminar con la semblanza que de él hizo en el *Economic Journal*, uno de los pocos documentos por los que puede reconstruirse el «curriculum vitae» de Foxwell. El fuerte de Foxwell estuvo en su conocimiento profundo de la historia del pensamiento y las instituciones económicas. Bibliófilo excepcional, imbuó esta afición en Keynes, pero sobre todo, lo que Foxwell transmitió a Keynes fue su *visión* del problema económico. Existe un trabajo de Foxwell que se cita como un clásico en todos los análisis del ciclo y las crisis económicas y que Keynes ponderó extraordinariamente cuando realizó la biografía de Foxwell: se trata de «Irregularidad de la ocupación y fluctuaciones de los precios» un texto que responde a una conferencia dada por Foxwell en 1886. Las ideas con las que está construida esa conferencia son fundamentalmente tres:

1.º El gran fallo del sistema capitalista se encuentra en la incertidumbre de la ocupación derivada de la irregularidad con la que se comporta la producción industrial.



A. MARSHALL (1842-1924).

En opinión de Foxwell: «de todas las reivindicaciones realizadas por el mundo del trabajo, la más grave, la de mayor peso y la más justa es la que os he presentado esta noche, es decir, la petición de una ocupación más regular». Esa irregularidad afecta, fundamentalmente, a los más débiles, cuyos sufrimientos son muy importantes en las etapas de ocupación irregular y de caída de la producción. Este problema no ha preocupado a los economistas como debiera. La inestabilidad del empleo no es amiga de la rectitud moral y del bienestar. Son tan graves sus males que hacen bueno el dicho de Sir William Petty: «Mejor es quemar el trabajo de un millar de hombres, que dejar que ese millar de hombres pierda por el paro su facultad de producir.» (Entre paréntesis: conviene llamar la atención del lector sobre la semejanza de esta afirmación de Petty y la política de «abrir y cerrar agujeros» que se en-



H. S. FOXWELL (1849-1936).

cuentra en la *General Theory*.) Si la Economía Política ha de tener algún valor práctico, sus artífices deben encontrar remedios con los que puedan evitarse esas frecuentes fluctuaciones. Pocos economistas se salvan de esta condena con la que frecuentemente y con justicia les ha incriminado la clase obrera. Foxwell cita una excepción: Jevons, un gran admirado de Foxwell... y también de Keynes.

2.º Esas irregularidades en el empleo se deben a las fluctuaciones de precios. Para Foxwell, la curva de las oscilaciones de los precios de una economía constituye la espina dorsal de su historia económica. Esas fluctuaciones tienen en el cambio del valor del dinero su causa fundamental. Sin estabilizar el valor del dinero no habrá posibilidad de resolver el gran problema de la irregularidad del empleo. La semejanza entre esta visión del problema económico y la que se encuentra en el Keynes que revela el *Tract on Monetary Reform* es completa.

3.º Los problemas económicos no podrán resolverse sin reformar el sistema económico. Para Foxwell, «el *laissez-faire* es ya un objetivo anticuado». El proceso de reforma del *laissez-faire* debe tener sobre todo un objetivo: eliminar las irregularidades del empleo que constituyen la debilidad mayor del sistema capitalista.

rivadas de la fragilidad del sistema capitalista, y las conocidas debilidades y defectos que atribuía a los políticos («me imagino que no te has visto mezclado de cerca con los políticos — escribirá a Duncan Grant en octubre de 1911—. Son horribles. Supongo que algunos de éstos son la escoria —se refería a los que le acompañaban en un viaje por Irlanda— pero he descubierto algo que antes me resultaba imposible creer: que los políticos se conducen en privado y dicen exactamente las mismas cosas que en público. Su estupidez es inhumana»), le forzaron a dedicar más horas de las que hubiera querido un «Apóstol» y un «Bloomsburysita» a diseñar el capitalismo administrado en el que aspiraba a vivir y que Keynes vería así en 1939: «Un sistema económico que nos lleve del estado del *laissez-faire* del siglo XIX a una era nueva del socialismo liberal, en la que la sociedad organizada pueda actuar para conseguir sus fines comunes y promover la justicia económica, respetando y protegiendo al tiempo al individuo: su libertad de elección, de fe y de pensamiento, su libertad de expresión y de empresa y la propiedad privada». Era desde esta posición desde la que Keynes estaba dispuesto a experimentar y cambiar para preparar el mundo del futuro —«el mundo de sus nietos» a los que se refirió en su conferencia de Madrid— en el que los hombres pudieran dedicarse al cultivo de sus verdaderos fines.

2.º El segundo grupo de premisas de las que partió Keynes estaban en el otro Cambridge. El Cambridge decimonónico de Marshall en que se había formado y cuyos principios conocía. A partir de ese conocimiento definiría —y practicaría— Keynes el quehacer de los economistas de forma personal. La Economía era para Keynes una ciencia moral. «No destacan Vds. —dirá a Harrod en 1938— suficientemente esto y no rechazan con suficiente firmeza los intentos de convertirla en una ciencia natural». Esa ciencia moral era para Keynes «una ciencia de pensar en términos de modelos junto con el arte de elegir modelos que sean relevantes para el mundo contemporáneo. Nos vemos obligados a actuar así, porque, a diferencia de las ciencias naturales, el material al que se aplica nuestro razonamiento no es, en muchos aspectos, un material homogéneo a través del tiempo. El fin de un modelo es separar los factores semipermanentes o relativamente constantes, de aquellos otros que son tran-

sitorios o fluctuantes, para desarrollar así una forma lógica de pensar sobre estos últimos. Los buenos economistas son escasos porque el don de utilizar la *observación vigilante* para elegir buenos modelos, aunque no requiera una técnica intelectual altamente especializada, resulta ser en realidad muy poco común». Como afirma Donald E. Moggridge, en esta labor del economista, Keynes puso un acento de especial importancia sobre tres puntos: la referencia final a los *problemas prácticos* que debían informar las premisas de los modelos y su elección; la importancia decisiva de la *intuición* en todo el proceso de razonamiento económico y la *presentación didáctica según el estilo de Cambridge* de sus reflexiones. A esos tres puntos destacados por Moggridge debería añadirse un cuarto y fundamental: el desplazamiento desequilibrado del análisis keynesiano sobre el *corto plazo*. Tratemos de aclarar cómo Keynes entendió esos cuatro puntos en los que se contiene —según él— la forma de desempeñar el papel del economista.

Como subraya D. E. Moggridge, todo el trabajo de Keynes estuvo informado por su inclinación a resolver los problemas que planteaba la realidad económica. Su punto de partida era siempre la realidad económica que Keynes sabía captar como nadie, gracias a lo que Elizabeth Johnson ha llamado «su maestría en los detalles para situar y valorar los hechos, incluso los más enrevesados, con aparente facilidad, haciendo que todos los árboles del bosque estén y en el sitio que les corresponde». A partir de ahí, Keynes trató de ofrecer siempre soluciones o respuestas a los problemas que esa realidad económica planteaba. Donald Moggridge cuenta cómo retrata ese proceder de Keynes un compañero del Tesoro durante la Segunda Guerra Mundial: «Me atrevería a afirmar que lo que dominó su punto de vista hacia cualquier asunto fue una filosofía o hábito mental que disciplinaba su trabajo. Siempre mostró una diligente predisposición para hacer la mejor síntesis posible de los datos de que disponía, a dejar que desde esos datos su razonamiento le llevara donde fuera y a *ofrecer* (repito, ofrecer) conclusiones. A diferencia de muchos economistas, no olvidó nunca la importancia fundamental de las premisas y la carencia de validez de un buen razonamiento realizado sobre premisas incompletas (Proposición 2.21 de los *Principia Mathematica* de Russell y Whitehead).

## UN RETRATO DE KEYNES POR PIGOU

A. C. Pigou fue uno de los profesores de Economía de Keynes y uno de los críticos más duros de los escritos económicos keynesianos. Keynes no tuvo tampoco piedad con el Pigou economista. Esas relaciones críticas entre ambos economistas de Cambridge no pueden hacer que olvidemos su mutuo conocimiento. Precisamente basado en él Pigou realizó un retrato del Keynes joven que estudiaba en Cambridge y que publicó el periódico estudiantil *Granta* en junio de 1904. He aquí los rasgos del joven Keynes que atrajeron la atención de Pigou: «Las paredes de sus habitaciones (escribía Pigou) hablan de sus intereses..., centenares de libros antiguos y curiosos; la imagen de Ibsen como muestra de su afición al drama; Erasmo, como testimonio de su interés por el protestantismo; la tarjeta del Club Liberal, índice de su interés por la política; el menú de su cena, en el plano de la gastronomía; volúmenes de filosofía bien legibles; otros ilegibles

que tratan de matemáticas; fotografías de etonianos robadas para el frontón; un portento terrible que representa la "geometría proyectiva"».

«... pero hay algo más; un documento en caligrafía diaconal que comienza —¿es posible?— con un chiste. Así, pues, ésta es una de las características de Mr. Keynes; no es uno de esos jóvenes esforzados a quienes el patriotismo les impulsa a la gloriosa ineptitud de cavar trincheras bajo la lluvia antes de almorzar; la razón es su punto fuerte, y se levanta a una hora "razonable". Hay otro detalle. Mr. Keynes es secretario de la Unión; puede deducirse algo de los discursos que pronuncia. Clarividencia que es más que humana; una lógica petrificante; una imparcialidad judicial digna de un Rhadamanthus; estas cosas, y una firme resolución de que en su presencia jamás se produzcan confusiones entre el "bien como medio" y el "bien como fin" sin que se lance a combatir las son



A. C. PIGOU (1877-1959).

las principales características de su oratoria».

«Estas cosas son una verdad solemne... Pero... no nos resuelven el enigma de Mr. Keynes. Por regla general no existe nada tan irritante como una conspicua falta de lógica, salvo su conspicua antitesis. Sin embargo, Mr. Keynes consigue tener la mente clara sin hacer que las personas ordinarias le odien. Es algo notable, que viene a demostrar que, aparte del don menor de su agudeza, tiene el mayor de la simpatía».

Fue, generalmente, imposible atacar su razonamiento pero siempre estuvo listo y deseoso de revisar sus conclusiones si sus premisas eran atacadas y se podía demostrar que estaban equivocadas o eran imperfectas. Podría ser difícil atacarle por su habilidad dialéctica, pero si cualquiera le demostraba —aunque fuera el último gato de la oficina— que había error en los puntos de partida, siempre estaba dispuesto a empezar de nuevo y a volver a los hechos. El valor de su trabajo en esta época fue provocar el examen crítico de la situación, analizar los hechos que informaban las premisas de su razonamiento».

Acentuar las premisas de las que el razonamiento económico partía, constituyó para Keynes un objetivo prioritario en su trabajo como economista. No le parecía concebible que los economistas recomendasen —como ocurría— conclusiones prácticas que no se seguían de sus modelos. Clarificar las premisas implícitas de los modelos y revisarlas para elegirlos y formular nuevos modelos cuando los existentes no daban luz a los problemas planteados, le parecía un primer deber del razonamiento económico. Esa incompatibilidad entre premisas y modelos va a estar en el fondo de la crítica de Keynes a la Economía de su tiempo que se contiene en la *General Theory*.

En segundo lugar, el motor del razonamiento económico keynesiano estuvo siempre en su portentosa intuición. Las grandes virtudes de Keynes fueron sin duda «los destellos rápidos, intuitivos de su pensamiento, la percepción casi femenina de lo esencial y de la estructura inevitable de las cosas» como proclamó Austin Robinson en la primera aproximación biográfica de Keynes. Un valor que Keynes reconoce en los ensayos biográficos que realizó de los grandes pensadores (economistas o no). Un valor cuyo decisivo reconocimiento en el proceso de investigación económica Keynes debía al Cambridge filosófico y que el Cambridge económico registraba como su gran atractivo, en opinión de Keynes. Al referirse a la obra de Marshall, Keynes afirmará: «Eran sus intuiciones las que le permitían avanzar en su análisis y en su terminología». Esta intuición keynesiana es la que explica el itinerario seguido por su pensamiento desde el *Treatise on Money* hasta la *General Theory*. Roy Harrod ha subrayado que fue la intuición keynesiana la que le llevó a propugnar un nuevo enfoque de los problemas económicos antes de que se formulara su teoría. Una afirmación que Don Patinkin ha contrastado siguiendo minuciosamente el recorrido de las opiniones de Keynes de 1931 a 1936. Keynes llega —por intuición— a las recomendaciones que se siguen de la *General Theory* mucho antes de contar con el razonamiento teórico para probar su validez.

Este protagonismo de la intuición —afirma Moggridge— hace que Keynes reclame una concesión considerable de sus lectores en sus análisis formales (que él opina que debía otorgarse a todos los economistas). Concesión a la que Keynes se refería en el borrador de su prefacio —escrito en 1934— a la *General Theory*.

«Cuando escribimos sobre Teoría Económica, escribimos en un estilo cuasi-formal; y no hay duda de que, a pesar de sus desventajas, éste es el mejor medio disponible para comunicarnos nuestro pensamiento. Pero cuando un economista escribe en un estilo cuasi-formal no está componiendo ni un documento verbalmente completo y exacto que pudiera ser objeto de interpretación legal estricta, ni una prueba lógica completa. Mientras que su deber es aclarar sus premisas, sus definiciones y su uso de los términos tanto como pueda, nunca expone todas sus premisas ni sus definiciones son

siempre perfectamente limpias. Nunca menciona todas las modificaciones exigidas por sus conclusiones, ni tiene medios de expresar, de una vez por todas, el nivel de abstracción preciso en el que se mueve y ni siquiera se mueve en el mismo nivel todo el tiempo. Creo que pertenece a la naturaleza esencial de la exposición económica no proporcionar afirmaciones completas que, incluso de ser posibles, serían prolijas y complicadas hasta la oscuridad, sino por así decirlo, una muestra de afirmaciones, extraída de entre todas las cosas que pudieran ser dichas, destinada a sugerir al lector el paquete completo de ideas asociadas de una forma tal que si éste capta el paquete, no se encuentra confundido o impedido por la ambigüedad teórica de las meras palabras escritas por el autor, tomadas en sí mismas. Esto quiere decir, por una parte, que el escrito económico requiere de su lector mucha buena voluntad e inteligencia y una gran dosis de cooperación y, por otra parte, que hay mil objeciones fútiles, aunque verbalmente legítimas, que un opositor puede suscitar. En Economía no se puede *condenar* al oponente por error; sólo se le puede convencer de él. E incluso cuando se tiene razón, no se le puede convencer si uno tiene un defecto en su capacidad de persuasión y exposición. O si su cabeza está ya tan llena de ideas contrarias que no puede captar las claves del propio pensamiento que uno trata de lanzar al contrario». Estas concesiones pedidas a los lectores en nombre del proceso de razonamiento económico y el papel rector de la intuición en él, no se le hicieron a Keynes siempre, como él se quejaba al referirse a las críticas de Hayek al *Treatise on Money*.

Keynes utilizó con frecuencia el estilo didáctico de Cambridge al presentar sus argumentos. Un estilo que el propio Keynes había descrito en su ensayo biográfico de Marshall, consistente en ofrecer al lector un atajo breve para captar el razonamiento, pero no la descripción completa del mismo. Un método que ha originado múltiples controversias al interpretar el pensamiento keynesiano.

El acento sobre el *corto plazo* constituye una característica fundamental del enfoque keynesiano de los problemas económicos. Un enfoque que se expresa dura, casi brutalmente, en la consigna para la acción más repetida de su pensamiento y afirmada desde una de sus pri-

meras obras (*A Tract on Monetary Reform*, 1923): «El *largo plazo* constituye una guía errónea para los asuntos corrientes. A *largo plazo* todos estaremos muertos. Los economistas se asignan a sí mismos una tarea demasiado fácil, demasiado inútil, si en las épocas críticas sólo nos pueden decir que cuando la tormenta haya pasado el océano volverá a estar tranquilo». Ese acento sobre el *corto plazo* no se seguía del Cambridge económico, que había acentuado la importancia del análisis a largo plazo y la necesidad de mantener un razonamiento económico equilibrado entre los distintos plazos, así como de las graves consecuencias que podría tener a largo plazo la colocación de un excesivo acento sobre las decisiones a corto plazo. Ese polémico y criticado desplazamiento keynesiano del análisis económico hacia el corto plazo traducía las influencias de su período filosófico: su conocida admiración por G. E. Moore como oferente de una ética para conseguir buenos estados mentales a *plazo inmediato* (negando la categoría de bien a cualquier moral que exigiese el sacrificio actual del bien de los individuos) y su menos conocida admiración por Edmund Burke, que veía la felicidad de la sociedad consiguiendo *objetivos inmediatos* («los bienes que Burke proclama —subrayará Keynes en su premiado trabajo sobre Burke en 1904— están todos en el presente: paz y tranquilidad, amistad y afectos, vida familiar y esos pequeños actos de caridad con los que una persona puede ayudar a sus conciudadanos») y renunciando a fines distantes y heroicos («ningún criterio político brillante —dirá Keynes refiriéndose a Burke— le parecía digno de los esfuerzos presentes y del sacrificio actual»). Las raíces filosóficas del pensamiento de Keynes —de las que partió su ataque a la sociedad victoriana— están, sin duda, en su señalada preferencia por el análisis a corto plazo, pero esa preferencia se basa también en las características económicas del tiempo que a Keynes le tocó vivir, que permitía *entonces* —y quizás exigía— ese enfoque y le hacía menos perturbador que cualquier otra alternativa. En esa justificación encontrará su hilo conductor la conferencia que Keynes iba a pronunciar en Madrid.

3.º A las premisas filosóficas y económicas que se han expuesto como informadoras del pensamiento keynesiano, deben añadirse las que Harrod denominó presuposiciones de Harvey Road. Esa expresión la utiliza Harrod para

referirse al marco en el cual Keynes suponía que discurría la elaboración de la política económica y los procesos de reforma. El mundo económico le pareció siempre a Keynes infinitamente remediable si se estaba dispuesto a responder a sus dificultades actuando con racionalidad y saltando por encima de las imposiciones de la autoridad o de las costumbres heredadas. Cuando Keynes expone —1938— en su jardín de Tilton sus primeras creencias, define claramente esta actitud: «Eramos (Keynes se dirige a los integrantes del “Memoir Club” de Bloomsbury) profundamente inmorales: repudiábamos cualquier obligación que nos forzase a obedecer a reglas generales..., cualquier aceptación de la moral establecida, las costumbres, convenciones y la sabiduría tradicional. Reclamábamos el derecho a juzgar cada caso por sus propios méritos y reclamábamos también la sabiduría, la experiencia y el autocontrol necesarios para hacerlo correctamente. Queríamos ser jueces de nuestros propios actos».

Esa confianza insobornable de Keynes en la razón como vía para solucionar los problemas económicos, fue rasgo decisivo y permanente de su actuación como economista. Keynes creyó siempre que con un «pensamiento más claro» o con un «poco más de lucidez» se resolverían los problemas económicos. Pero esa utilización de la razón tenía para Keynes unos intérpretes y debía discurrir en un contexto muy condicionado por las premisas de Harvey Road. Donald Moggridge se ha referido a las tres fundamentales: 1.ª Las reformas deberían realizarse tras una discusión entre personas inteligentes (una aristocracia intelectual) que formaban lo que Keynes denominaría «opinión interna». 2.ª La opinión pública, llamada también por Keynes «opinión externa», debería ser sabiamente guiada, *persuadida* por los agentes que definían la «opinión interna». 3.ª El gobierno de Gran Bretaña debería estar en manos de una aristocracia intelectual practicante del método de la persuasión. Esas premisas hacían descansar todo el peso del proceso de reforma económica en los miembros de la «élite» política integrada por los funcionarios, los políticos, los comentaristas políticos cualificados a los que correspondía desempeñar un doble papel: discutir y definir las medidas que formaban la «opinión interna» y contribuir a crear, por persuasión, la «opinión externa», mediante declaraciones, discursos y otras formas de comentario

## KEYNES, LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS

¿Fue Keynes un economista o un político? He aquí una pregunta imposible de contestar con otra respuesta que la de caer en el socorrido tópico del *depende*. Depende de como se entienda la política. Si la política se entiende en su sentido profesional, participación en la vida política del país, asunción de cargos políticos, ser diputado de un partido y tener una circunscripción electoral, en ese sentido estricto y tradicional, Keynes *no* fue político. Lo cual no significa que careciera de ideología política, ni tampoco que no tuviera oportunidad de ser político.

En efecto, Keynes creció y se educó entre liberales. Su padre fue liberal. En Cambridge, Keynes participó activamente con los liberales y fue miembro de la Unión Liberal. Convivió con liberales, ayudó a crear su Escuela de Verano, fue uno de los hombres más activos del grupo liberal que editó el semanario *The Nation* en los años veinte. Cuando en 1942 es nombrado Lord barón Keynes de Tilton, busca su sitio en la Cámara y lo encuentra en la forma que contó a Lord Samuel en 1942: «Creo que se me debe considerar —y esto me complacería— como un independiente. Pero, en verdad, sigo siendo un liberal y si Vd. está de acuerdo, desearía mostrar esta convicción haciendo que mi sitio en la Cámara esté entre los de Vds.» Por los liberales fue invitado en distintas ocasiones a presentarse a las elecciones como tal. Y también lo fue por conservadores y laboristas. No aceptó en ningún caso.

Fue, pues, Keynes, un liberal pe-

culiar. «¿Soy un liberal?» fue el título de la conferencia de Keynes en la Escuela de Verano de 1925. Refiriéndose a su posición política en una larga conversación con Harrod, Keynes diferenció dos categorías de liberales: los *verdaderos* y los *reales*. Los *verdaderos* liberales eran hombres de condiciones superiores, lealtad personal intachable, firmemente adheridos a las viejas doctrinas en los que se podía confiar por completo. Los liberales *reales* se interesaban más por el futuro que por el pasado, querían tener respuestas a los problemas de hoy para ganar el futuro. Keynes se calificó a sí mismo como un liberal real.

Esa calificación no era una respuesta oportunista a un juego de distinciones superficiales, sino que respondía y revelaba a la vez la actitud profunda de Keynes sobre la política británica en los años veinte-treinta.

Keynes se dio cuenta de que el mundo después de la Primera Guerra Mundial había cambiado. Que la vuelta nostálgica al pasado esplendor inglés del XIX era imposible: que el capitalismo de viejo cuño y la posición internacional de Inglaterra no podían continuar en el futuro sin experimentar cambios importantes. Si el mundo había cambiado, había que cambiar la teoría sobre él y también las viejas prácticas asentadas como respetadas costumbres para administrarlo. Esa percepción de que el mundo había cambiado no la tuvieron los políticos británicos que convivieron con Keynes. Cuando la paz de 1918 llegó, se soñó con volver al pasado:

Churchill instauró el patrón oro al cambio de paridad de la anteguerra, se disciplinó el gasto público, se equilibró el presupuesto, se mantuvo incólume la doctrina del internacionalismo económico, se respetó el *laissez-faire*. Todo esto mientras el país padecía un marasmo industrial, el paro no bajaba del 10 por 100 y las grandes industrias de la anteguerra —el carbón, la siderurgia, la industria textil, la industria naval— iban entrando en crisis profundas que exigían y no obtenían los correspondientes procesos de racionalización que saneasen sus estructuras productivas, redujeran sus costes y las hiciesen competitivas.

Esos grandes temas de la sociedad británica no afectaron al debate político promovido por los partidos. Abrir el mundo de la política a los hechos, obligar a los políticos a pensar sobre el futuro, fue el gran deseo y propósito de Keynes. A los políticos habría que pagarles y soportarles por imaginar programas de futuro, contruidos proyectando las distintas ideologías sobre los problemas *actuales*. No se podía consentir que trataran de vender al público una retórica banal referida a los hechos del pasado. Era esa ganga de los políticos profesionales adheridos al pasado, opuestos a todo cambio, practicantes de un obstruccionismo sistemático la que le desesperaba a Keynes. Esa postura le llevó a oponerse siempre al partido conservador. En la peculiar situación de Inglaterra, tratar de conservar la política del pasado equivalía a agravar los males del presente. Keynes tampoco fue socialista. Por varios motivos: porque no le parecía aceptable un partido con conciencia de clase. Keynes estimaba a un extenso mundo social, constituido por las clases medias, los artistas, los científicos, los trabajadores intelectuales, y le molestaba su postergación u olvido en el sujeto activo intérprete monopolístico del cambio en la sociedad socialista (el proletariado). En segundo lugar, Keynes careció de la pasión por la igualdad que aglu-

tinaba a los socialistas. Lo importante en su tiempo era eliminar la gran causa de la desigualdad e ineficiencia: el desempleo. Restablecido el pleno empleo y asegurado el desarrollo económico, lograríamos entrar en nuevas sociedades en las que quizás la redistribución de la renta y la igualdad de oportunidades cobren una importancia prioritaria de la que hoy carecen. En tercer lugar, Keynes pensaba que eran las ideas las que movían al mundo y no su simple referencia a la estructura económica de la sociedad y la inserción en ella de cada individuo como querían los socialistas.

Esa negativa ante los dos grandes partidos británicos también le prolongó Keynes al partido de su propia ideología: el liberal. El partido liberal inglés no contaba con un programa actualizado frente a los problemas del tiempo nuevo que se estaba viviendo.

Esta actitud de Keynes frente a los tres partidos británicos configuraba una posición independiente desde la que estuvo dispuesto a exponer sus ideas y a persuadir para que se aceptaran. En este sentido, Keynes fue un político, que accedió a la política por una vía impensada y hasta entonces inexistente: el intelectual independiente bien informado (Keynes estuvo al corriente de casi *todo*), dispuesto a hacer *algo* (para él la cautela y la pasividad son los progenitores del desastre), que ese algo en economía significaba utilizar los conocimientos teóricos disponibles, como instrumento mental capaz de alumbrar soluciones y respuestas posibles, que una vez examinada así la situación hay que *ofrecer* soluciones en la arena política y persuadir a la opinión interna (la élite de políticos, funcionarios, periodistas, empresarios que cuenta a la hora de realizar las elecciones sociales), y crear la opinión externa favorable para que esas soluciones se acepten (la opinión pública).

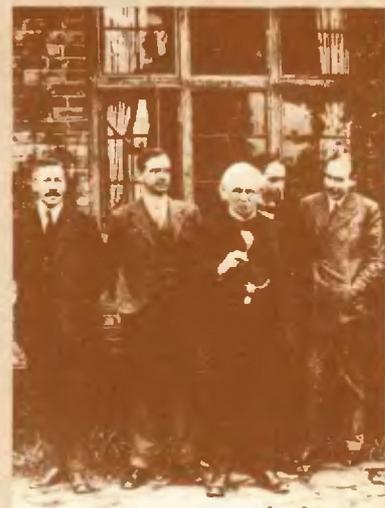
Keynes fue un maestro en ese ejercicio peculiar de asesoramiento

económico que, empezando por una buena información, trataba de construir una buena política e intentaba —como pudiera— persuadir para su adopción. Su permanente optimismo en la fuerza de la razón frente a cualquier problema, la flexibilidad de sus posiciones, la fuerza de su prosa y su autoridad social, le hacían una fuerza de presión política indiscutible (casi un grupo de presión política por sí mismo) que estuvo dispuesto a ejercer por cualquier causa que estimara importante, apoyando libremente al político que la propugnase (cualquiera que fuera su color). Cuando defendió en 1929 los proyectos de Lloyd George a quien había atacado ferozmente por su posición en el Tratado de Versalles, muchos le recriminaron su cambio de posición, Keynes contestó: «Mi actitud es clara, alabo y defiendo a Lloyd George cuando creo que tiene razón, y me opongo a él y le he criticado cuando creo que está equivocado». Es esa posición la que él concebía que debía defender *siempre* un liberal *real* y la que le llevó a su conocida clasificación de los electores en la sociedad británica: «Un derechista es alguien perfectamente sensible a los valores conservadores; un radical es alguien perfectamente sensible a valores laboristas; un liberal es alguien perfectamente sensible».

En las técnicas de persuasión, Keynes fue un maestro. Eligió en cada momento el vehículo mejor de penetración social: la prensa, la carta confidencial, la carta abierta, la radio, el folleto. Y también supo elegir los periódicos desde los que impactar más a la opinión pública.

Sus magníficos folletos políticos fueron siempre oportunamente publicados para lograr la resonancia que pretendían; aparecieron bien antes de una conferencia internacional sonada, con motivo de unas elecciones competidas, con ocasión de un gran debate político.

Por todo ello, hay que concluir que Keynes fue un político cuyo distrito electoral no era ningún te-



rritorio, sino un distrito *intelectual propio*. Keynes —dice Elizabeth Johnson— «tuvo que ser científico para ser político. Y fue un científico social bueno, que utilizó la Ciencia Económica de que disponía para resolver los problemas que consideraba políticamente importantes. Y fue su conocimiento de la realidad económica, obtenido en el proceso de análisis político, lo que le llevaba, a su vez, a proponer aquellas modificaciones necesarias en la Economía para hacerla políticamente relevante y útil». Keynes fue así un economista-político-científico, que vivió en un momento crucial de la historia de Inglaterra, que propuso respuestas constructivas importantes para sus problemas. Y que contribuyó —quizás en mayor medida que ningún político de su tiempo— a cambiar el mundo en el que vivió.

[La fotografía muestra a Keynes en compañía de su criticado y defendido Lloyd George (en primer plano con pipa en la mano), en 1927, con motivo de la reunión de los liberales sobre la situación industrial. Con Keynes, a partir de la izquierda, aparecen Sir Hebert Samuel, Walter Layton y Hubert Henderson, con quien Keynes escribiría su celebrado folleto político *Can Lloyd George do it?*, 1929.]

público. A través de esta relación, Keynes creía que se podía influir en el público y conseguir que nunca hubiera una diferencia demasiado grande entre la «opinión interna» y sus propias declaraciones públicas.

Ese contexto de la política keynesiana necesitaba de la existencia de una clase social —«la aristocracia del intelecto»— constituida por las generaciones de Eton y «Oxbridge», a cuya discreción y recta intención podría y debía dejarse la administración del Imperio británico. Esa *burguesía educada* podía y debía interpretar las reformas económicas si contaba con el margen de discrecionalidad necesario para sus actuaciones, sin que ello ocasionase peligros irreparables para las sociedades que decidieran embarcarse en el proceso de reforma económica.

Esta aproximación a los problemas de la reforma económica afilia claramente la posición keynesiana a la escuela crítica de quienes confían en la aplicación universal de la razón para juzgar las reglas abstractas y códigos de valores existentes y decidir su pertinencia y continuidad en cada caso. Una escuela de pensamiento a la que Hayek ha opuesto la de aquellos que, admitiendo la existencia de límites insalvables para conocer las consecuencias significativas de la acción humana, confían en las instituciones, reglas y normas morales existentes, en la confianza de que producirán mejores resultados sociales. Como afirma J. L. Feito al propugnar la utilidad de esta distinción hayekiana, se trata de dos principios extremos para identificar los polos de atracción que agrupan en campos distintos sistemas de filosofía política que siempre aparecen en la realidad compartiendo propiedades de esos dos principios. Creo que, a pesar de la tosca división que esa dicotomía introduce en toda propuesta de reforma social, resulta útil, como indica J. L. Feito, para destacar —quizás excesivamente, caricaturizándolas— las tendencias dominantes en el pensamiento de los economistas. Keynes, con los condicionantes que se han expuesto, se sintió atraído por la primera línea de reforma social y en esa atracción reside una explicación de las propuestas realizadas a lo largo de su vida que le diferencian de otros economistas.

Es a partir de esas premisas filosóficas, económicas y de Harvey Road como Keynes define y se lanza a resolver los problemas económicos de su tiempo.

## LA VISION KEYNESIANA DE LOS PROBLEMAS ECONOMICOS

**¿D**e qué problemas deben ocuparse los economistas? Keynes no tuvo dudas de cómo responder a esa pregunta: déjese hablar a la realidad, a los hechos, y éstos nos darán la respuesta. La realidad que habla para Keynes es la anglocéntrica del capitalismo desarrollado de Inglaterra y Estados Unidos de su tiempo, a la que se limitaron sus reflexiones económicas. Los hechos más significativos que esa realidad revelaba entonces —que estaban al alcance de Keynes y a los que éste se refirió— se resumen en el juego de gráficos 1 y 2 —elaborados por Don Patinkin a partir de las limitadas fuentes estadísticas disponibles y utilizadas en aquella época—. Todo el período que centra el trabajo de Keynes como economista está dominado por un hecho fundamental: el paro, que no baja en Inglaterra del 10 por 100 de la población activa en la década de 1920 y que se sitúa, como consecuencia de la gran depresión en Estados Unidos, por encima del 20 por 100 en la década de 1930. Los registros americanos transmiten el mismo mensaje: un desempleo importante a comienzos de la década de 1920, que se reduce sustancialmente a partir de 1923 y que se convierte en masivo y dramático a partir de 1930. Convertir a este problema en el centro de atención de los economistas resultaba inevitable: «¿No es la simple existencia del desempleo general —preguntaba en 1930 Keynes a Sir Josiah Stamp en un diálogo ante la BBC— un absurdo en cualquier época, la confesión más irrefutable de un fracaso y el anuncio más terminante y desesperanzador de que una economía no funciona?» Ante esta pregunta, con tan sólido fundamento en los hechos, formulada con tanta contundencia, Stamp contestó: «Su lenguaje Mr. Keynes es más bien violento. No creo que Vd. aspire a calmar en unos pocos minutos un temblor de tierra, ¿no es cierto?» En efecto, a Keynes le llevaría mucho tiempo explicar ese temblor de tierra que era el paro; sin embargo, no cabía duda de que el paro constituía el primer problema económico. Como Keynes afirmaría: el paro «es la más grave injusticia social del sistema capitalista».

Al comportamiento del desempleo como mal

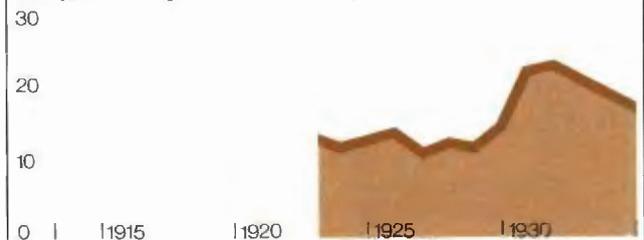
crónico se añaden las bruscas variaciones de los precios como segundo gran mal de la época. Los males de la inflación y de la deflación fueron denunciados por Keynes desde sus primeros escritos como las grandes limitaciones de la sociedad capitalista: «La inflación es injusta y la deflación ineficaz. De los dos males, quizás la deflación sea el peor, si eliminamos los casos de una inflación crónica como la de la Alemania (de los años veinte), porque es peor en un mundo empobrecido provocar desempleo que defraudar al rentista. Pero no deben contraponerse ni sopesarse entre sí estos dos males. Es más fácil convenir que ambos constituyen peligros que deben evitarse. El capitalismo actual, precisamente porque confía el ahorro al inversor individual y la producción a la empresa privada, necesita y presupone una medida estable de valor, y no puede ser eficaz —ni siquiera sobrevivir— sin ella». Esta opinión de Keynes convirtió a la estabilidad de precios en el otro gran objetivo de la política económica. Un objetivo derivado, como el de la lucha contra el desempleo, de su importancia en la sociedad y en la época en la que Keynes vivió.

Las otras series que los gráficos 1 y 2 recogen expresan los movimientos de los salarios y de los tipos de interés. El comportamiento de los salarios discurre en el tiempo sin asociación perceptible con el desempleo (el salario nominal en Gran Bretaña disminuye muy lentamente, pese a las elevadas cifras de desocupación; en Estados Unidos los salarios monetarios disminuyen, pero los reales no, a consecuencia de la caída los precios). Las fluctuaciones son grandes en los tipos de interés y descuento, apareciendo como hecho más destacado el de que su importante caída en la gran depresión no tuvo efecto positivo alguno sobre el nivel de desempleo, que continuó creciendo.

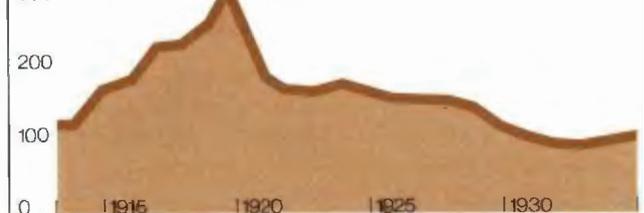
El conjunto de esas observaciones elementales de la realidad económica va a situar al desempleo y a la estabilidad de precios en el primer lugar de la agenda keynesiana, un problema para el que se van a demandar explicaciones y soluciones a los economistas y medidas a los políticos. *¿Cómo conseguir estabilizar la actividad económica a nivel de pleno empleo?* es la gran pregunta que concreta para Keynes el campo problemático de la Economía. Pregunta cuya realización presupone reconocer

### GRAFICO 1 PRINCIPALES HECHOS ECONOMICOS EN EL REINO UNIDO. 1913-1935

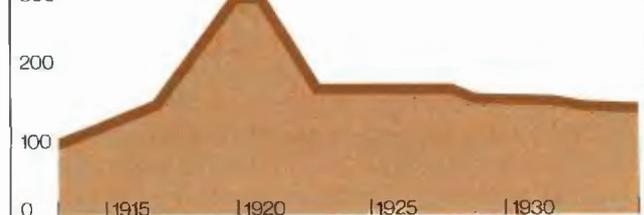
TASA DE DESEMPLEO (porcentaje de trabajadores asegurados en el desempleo)



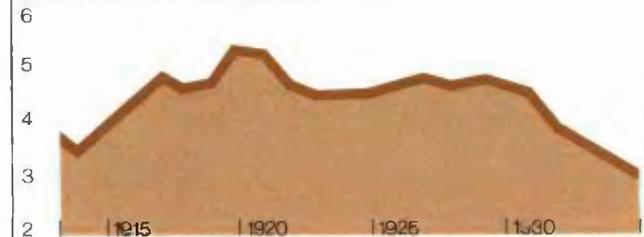
INDICE DE PRECIOS AL POR MAYOR 1914=100



INDICE DE SALARIOS MONETARIOS 1914=100



RENDIMIENTO DE LA DEUDA PÚBLICA CONSOLIDADA



TIPO DE DESCUENTO EN EL MERCADO



que el gran fallo del sistema capitalista reside en su incapacidad para ofrecer empleo y estabilizar los precios a corto plazo. La articulación de la respuesta keynesiana del porqué de ese fallo y la oferta de soluciones para remediarlo es la que le van a llevar desde la economía marshalliana que domina el *Tract on Monetary Reform* en 1922-23, a la *revolución keynesiana* de la demanda efectiva, contenida en la *General Theory*. Un camino teórico que Keynes recorre paralelamente a su peregrinación política por los problemas económicos de la Inglaterra de su época, en la que ofrece y recomienda medidas intuídas como útiles, aunque aún no teóricamente fundadas. Ese doble recorrido —teórico y político-económico— se realiza por Keynes con una clara convicción asentada en sus firmes creencias: la razón puede y debe llevar a soluciones eficientes a los problemas económicos planteados; soluciones que deben saltar, cuando sea necesario, sobre los principios y reglas establecidos (*laissez-faire*, patrón oro, Estado mínimo, presupuesto equilibrado, comercio libre). La aplicación de esas soluciones eficientes deberá encomendarse a la *burguesía educada* «cuyas manos responsables» y «recta intención» evitarían cualquier posible abuso del poder discrecional que se le concediera.

El problema de la estabilización a corto plazo del empleo y los precios es para Keynes el problema en el que se decide la suerte del sistema capitalista y que, consecuentemente, debería monopolizar las reflexiones y el quehacer de los economistas. El contenido de esta peculiar definición del problema económico para Keynes puede apreciarse mejor preguntándose —como lo hace Don Patinkin— por lo que no eran problemas que debieran ocupar la atención de los economistas y por los que Keynes no se preocupó. La gran exclusión keynesiana fue el desarrollo económico a largo plazo. Cuando se publica el *Treatise on Money* o la *General Theory*, esa decisión tenía el evidente fundamento de que, estando ociosa una gran parte de la capacidad productiva existente, no parecía tener sentido preocuparse de cómo desarrollarla. Por otra parte, Keynes pensaba —como indica Smithies— que «si la política económica se ocupaba de resolver los problemas a corto plazo, el largo plazo se ocupará de sí mismo», es decir, que existían fuerzas potenciales suficientes en el sistema capitalista —que el siglo anterior había probado— para garantizar ese crecien-

## GRAFICO 2 PRINCIPALES HECHOS ECONOMICOS EN ESTADOS UNIDOS. 1913-1935

1. TASA DE DESEMPLEO  
(porcentaje de población activa en paro)



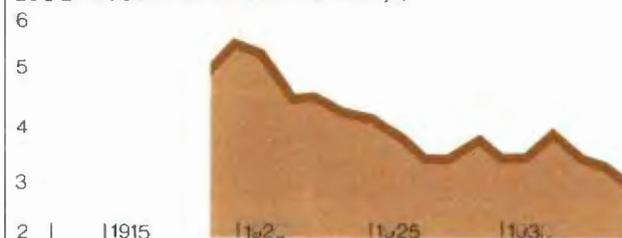
2. INDICE DE PRECIOS  
AL POR MAYOR 1926=100



3. INDICE MEDIO DE SALARIOS  
POR HORA (En la industria). 1926=100



4. RENDIMIENTO DE  
LOS BONOS DEL GOBIERNO (Porcentaje)



5. TIPOS DE INTERES  
A CORTO PLAZO (Porcentaje)



to productivo a largo plazo, fuerzas que actuarían si se sacaba al sistema de sus apuros a corto plazo.

## LOS PROBLEMAS DEL CAPITALISMO: LA VISION DE SCHUMPETER

La definición keynesiana del campo problemático de la Economía desplazándolo hacia el *corto plazo*, el *capitalismo administrado* (o mixto) al que se llegó con ese análisis, su entrega a la *discrecionalidad de los políticos y burócratas* y la desestimación de la importancia del análisis del desarrollo a *largo plazo*, discrepaban abiertamente de la visión schumpeteriana de los problemas económicos de una sociedad.

El enfoque keynesiano, afirmaba Schumpeter, pretende reducir *todo* el problema económico a *una fase* —la depresión— del proceso de desarrollo. Esa permanencia de los problemas a corto plazo no es posible sino merced a la introducción de la hipótesis de la rigidez de precios y salarios que paralice los mecanismos de adaptación del sistema capitalista. Schumpeter creía que: «Los fenómenos permanentes —no los transitorios y temporales— del sistema capitalista y sus verdaderos y definitivos problemas están en las condiciones que determinan la creación y cambio de la estructura productiva que quedan excluidos en el enfoque keynesiano a corto plazo; lo que equivale a decir que en el enfoque keynesiano a corto plazo quedan excluidos todos los fenómenos que dominan el proceso capitalista».

El progreso económico logrado hasta su tiempo por el capitalismo —su gran activo— contaba para Schumpeter con una causa fundamental que debería monopolizar la atención y el análisis de los economistas: la *innovación creadora* de los procesos productivos, realizada por los empresarios en una sociedad capitalista.

La innovación que desata el proceso de desarrollo, afirma Schumpeter, se define por el establecimiento de nuevas funciones de producción que tienen como sujeto activo al em-

presario, como fruto, la realización de beneficios y una motivación final compleja: «La realización del sueño y el deseo de establecer el reino privado», el deseo de conquista, el impulso de lucha, la emulación del triunfo, la ilusión de crear, de ejercitar las energías personales y el ingenio. Para Schumpeter, la innovación empresarial es una decisión que puede tomar cinco direcciones distintas y bien conocidas: introducir nuevos productos en el mercado (o bien nuevas calidades de un producto conocido), adoptar nuevos métodos de producción, abrir nuevos mercados, descubrir nuevas fuentes de oferta de recursos productivos, o ganar nuevas posiciones estratégicas de un determinado sector de la producción (como puede ser formar un monopolio o romperlo).

La función empresarial para Schumpeter se define inicialmente por la capacidad de percepción de las oportunidades de innovación, pero este requisito, siendo, como lo es, absolutamente necesario, no resulta, en absoluto, suficiente. En efecto, toda innovación se traduce siempre por una mayor demanda de bienes de inversión. Han de construirse nuevas plantas y adquirirse bienes de equipo, lo que reclama un tiempo y ocasiona un coste considerable. Esta propiedad de la innovación exige, de quienes pretenden desempeñar la función empresarial, la habilidad precisa para financiar sus proyectos. Schumpeter supone que la capacidad de ahorro que emana de la renta (el ahorro voluntario) no es suficiente para atender al coste de los nuevos proyectos. En consecuencia, éstos han de financiarse mediante la *creación de crédito*. Las expectativas de beneficio permiten a los empresarios pagar un interés, razón por la cual —para Schumpeter— el interés es un fenómeno monetario ligado al proceso de innovación y al beneficio empresarial.

El triunfo de la innovación produce un conjunto de efectos en cadena que Schumpeter analiza detalladamente. El empresario triunfador arrastra a un enjambre de imitadores con evidente impacto sobre la capacidad de compra de la población, pues los recursos reales que precisa la materialización de las innovaciones deben detraerse de sus empleos mediante mayores retribuciones. Por otra parte, son también obvios los efectos de la mayor inversión sobre la elevación de los precios de los bienes de consumo. Esta elevación de precios, conjunta-

mente con la mayor capacidad de compra, proporciona una mejora en las expectativas de beneficios y generaliza una situación de prosperidad económica general. Sin embargo, ésta no es una circunstancia duradera por tres motivos: 1.º Los mayores precios frenan la inversión. 2.º La imitación de los innovadores agudiza la competencia, minorra los beneficios y disminuye la inversión neta. 3.º El reembolso de los préstamos a las entidades bancarias actúa en forma deflacionista, drenando una parte de los beneficios. Estos tres factores explican las situaciones de depresión.

Todo ello quiere decir que el desarrollo económico es para Schumpeter necesariamente cíclico: las situaciones de prosperidad siguientes a una innovación alternan con las depresiones tras de las que la sociedad asimila la innovación definitivamente. Tal es, en síntesis, la respuesta que el sistema schumpeteriano ofrece del proceso de desarrollo bajo el sistema capitalista. Un sistema capitalista que requiere, según Schumpeter, «la coincidencia de tres características: propiedad privada de los medios de producción, beneficios privados y responsabilidad privada para las pérdidas y la creación de dinero por el sistema bancario privado. Las dos primeras características son suficientes para definir la empresa privada. Pero ningún concepto de capitalismo puede ser satisfactorio si no incluye el conjunto de fenómenos típicamente capitalistas que abarca la tercera».

Es del cumplimiento de esas tres condiciones del que arranca el proceso de desarrollo y es de la forma en la que esas innovaciones se producen de las que deriva su secuencia irregular y discontinua el proceso de desarrollo económico, porque las innovaciones «no se distribuyen», decía Schumpeter, «sobre la totalidad del sistema económico. Tienden, por el contrario, a concentrarse desigualmente en determinados sectores en épocas concretas; lo que hace que el desarrollo económico sea discontinuo y desequilibrado por naturaleza y su difusión tenga lugar en forma agrupada, en bloques, porque primeramente algunas y después la mayor parte de las empresas siguen el nacimiento de la innovación fructífera». De esta manera, el proceso innovador rompe el sistema productivo existente ocasionando así una crisis, tras de la que se inicia la recuperación, impul-

sada por los beneficios y las inversiones, que pone en marcha la innovación. El proceso de desarrollo cíclico del capitalismo se configura así como «un proceso de destrucción creadora», gracias al cual se consigue el progreso económico.

En los avances tecnológicos y en los cambios reales de la estructura productiva a largo plazo está el origen del desarrollo capitalista. Son así los factores condicionantes de la producción, de su *oferta*, los que deben jugar el papel decisivo en cualquier interpretación de las crisis económicas y en su tratamiento. Esa naturaleza discontinua y concentrada del proceso de desarrollo explicaba para Schumpeter el carácter cíclico de la evolución del capitalismo, asociado a olas de invención-innovación, seguidas de crisis de los envejecidos sistemas productivos; hecho que explicaba las misteriosas oscilaciones largas (cuarenta-cincuenta años) que las series de datos económicos ofrecían en el tiempo y que habían mostrado —sin probar la causa— las investigaciones de distintos economistas: el holandés Van Gelderen (1913), el italiano Pareto (1913) y el ruso Kondratieff (1923).

El mensaje central del pensamiento keynesiano residió en tratar de variar la atención de los economistas desde esos *factores de la oferta condicionantes del progreso a largo plazo* hacia la *demanda efectiva a corto plazo*, sobre la que hay que volcar la acción de la política económica.

Cuando Schumpeter diseña la respuesta de la política económica a estos condicionantes del desarrollo capitalista acentúa la importancia de las medidas tendentes a crear y preservar el ambiente favorable para la iniciativa empresarial y para fomentar el proceso de innovación. Como ha afirmado Peter F. Drucker, comentando la distinta aproximación de Schumpeter y Keynes al problema económico, esa diferencia puede percibirse por la índole de la pregunta que Schumpeter creía que iba dirigida a los economistas: *¿Existen estímulos y alicientes suficientes para mantener un cambio tecnológico rápido, para innovar y modernizar la estructura productiva?* Una pregunta cuya formulación, sus motivos, su importancia, tiene para Schumpeter tanto o más interés que sus posibles respuestas. Arthur Smithies, atendiendo a los escritos de Schumpeter, ha destacado al menos

algunos ingredientes de esa respuesta: evitar la inflación, aunque sea a través de medidas «manifiestamente impopulares»; excluir de la política los precios, tipos de interés y salarios; conseguir la máxima eficiencia en los programas de gastos públicos y marginar el Estado Fiscal (el sistema impositivo) del gravamen de los beneficios y la riqueza, conservando los alicientes al proceso de innovación e inversión empresarial. Estas no son sino condiciones generales, porque son los economistas los que, en cada realidad histórica, tienen que hacerse la pregunta de Schumpeter y tratar de contestarla.

Frente a esta concepción schumpeteriana, la crisis económica y los peligros del sistema económico los veía Keynes del lado de la demanda disponible a corto plazo, no del lado de las posibilidades de producción y la oferta a largo plazo. Un cambio, como se ve, radical de óptica y de tiempo. Un cambio que obliga a preguntarnos si ese aparente descuido keynesiano de los factores de la crisis del lado de la oferta para interpretar la realidad en la que vivió y dar respuesta a sus problemas fue efectivamente un olvido total o si, por el contrario, ese descuido aparente contaba con motivaciones fundadas.

La respuesta a esta decisiva pregunta se encuentra en la conferencia de Keynes en Madrid.

## LA CONFERENCIA DE KEYNES EN MADRID. EL DESARROLLO CAPITALISTA A LARGO PLAZO

**A**l llegar a Madrid, Keynes quiso prevenir a su auditorio, que quizás esperaba de él un análisis revelador sobre los agobiantes problemas del momento. Keynes acababa de realizar sus extensas sesiones en el Comité Macmillan y estaba corrigiendo las pruebas del *Treatise on Money* que había dejado a Hawtrey para preparar su declaración en el Comité Macmillan, en el convencimiento de que el enfoque de los problemas económicos que en su obra se con-

tenían podía ser de gran utilidad para el hallazgo de soluciones. Esta referencia a los trabajos inmediatos de Keynes y la preocupación por los problemas cambiarios y monetarios en España parecían condicionar el posible contenido de la conferencia de Keynes en Madrid. Hablar de los problemas a largo plazo —«los de nuestros nietos»— parecía constituir una evasión de la realidad. Y así lo reconoció Keynes: «se trata de un tema que pertenece más al dominio de la imaginación que de la ciencia», pero que parece un ejercicio de realización necesaria para saber dónde nos encontramos y lo que no debemos y debemos hacer.

«Las posibilidades económicas de nuestros nietos», constituye, en lo que conozco, la única respuesta keynesiana a la pregunta que Schumpeter dirigió a los economistas: ¿qué factores determinan el desarrollo económico a largo plazo?; ¿existen motivos razonables para el optimismo sobre la solución *actual* de ese problema? Las respuestas que Keynes dio a estas preguntas fueron optimistas, un optimismo que forzaba la atención a los problemas no resueltos —y keynesianos— del corto plazo.

Keynes creía que eran dos las fuerzas que impulsaban el crecimiento económico a *largo plazo* de una sociedad: la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Dos fuerzas cuya acción conjunta es inútil buscar más atrás en la historia del siglo XVIII. «Es en verdad notable —afirmaba Keynes— la ausencia de importantes inventos técnicos entre la era prehistórica y los tiempos modernos. Todo lo que verdaderamente importa y que el mundo poseía al comienzo de la Era Moderna ya era conocido por el hombre en el amanecer de la historia. El lenguaje, el fuego, los mismos animales domésticos que tenemos hoy día, el trigo, la cebada, el vino y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, la piel, el lino y los paños, ladrillos y ollas, oro y plata, cobre, estaño y plomo —y el hierro se añadió a la lista antes del año 1000 antes de Jesucristo—, la banca, el estado, las matemáticas, la astronomía y la religión... No existen datos de cuándo poseímos todas estas cosas por primera vez.»

La ruptura de esta situación histórica la produce la llegada de metales preciosos a Europa tras la conquista española de América. El motivo se halla en la inflación de precios y beneficios

que abrirían una oportunidad excepcional para la acumulación de capital, hecho histórico cuya importancia destacarían las investigaciones de Hamilton, que Keynes conocía. La acumulación de capital, unida a la fuerza del interés compuesto y al *crescendo* acumulativo de la ciencia desde el siglo XVIII, habían producido unos resultados, los que Keynes ponderaba ante su auditorio de Madrid, en forma parecida a como Schumpeter iba a acentuar más tarde ante sus lectores de *Capitalismo, Socialismo y Democracia*: «¿Cuál es el resultado de todo esto? Pues que: A pesar de un enorme crecimiento de la población mundial, a la que ha sido necesario dotar de viviendas y máquinas, el nivel medio de vida en Europa y Estados Unidos ha subido, creo yo, en casi cuatro veces. El crecimiento del capital ha tenido lugar en una escala que está mucho más allá de cien veces de lo que se había conocido en cualquier era anterior. Y desde ahora en adelante, no tenemos que esperar un incremento tan grande de la población».

Estas dos fuerzas que condicionaban el crecimiento económico a largo plazo estaban presentes y podían activarse en las sociedades occidentales desarrolladas que iban a hundirse —¡pese a ello!— en una grave crisis en los comienzos de los años treinta. Una crisis cuya gravedad Keynes diagnosticó muy pronto y a la que se refirió con palabras dramáticas en sus declaraciones a la prensa de Madrid. Una crisis cuyas características importaba conocer, porque, en opinión de Keynes, no se trataba de una crisis de producción debida a una falta de materias primas, ni de progreso técnico ni a una imposibilidad de realizar las inversiones necesarias para materializarlo: «La depresión mundial reinante, la enorme anomalía del desempleo en un mundo lleno de necesidades, los desastrosos errores que hemos cometido, nos ciegan ante lo que está ocurriendo bajo la superficie, impidiéndonos alcanzar la interpretación correcta de los hechos... Disponemos de técnica y de medios para llegar a una nueva era de prosperidad económica». En sus declaraciones a la prensa en Madrid, Keynes insistió en ese mensaje: «Los perfeccionamientos técnicos de estos días y, sobre todo, de los días próximos serán tan extraordinarios que el hombre encontrará a poco coste lo que necesite». A ese margen tecnológico disponible se añadía la disponibilidad a precios reducidos de materias primas y alimentos que garantizaban una etapa de ex-

pansión económica inmediata. Dicho con lenguaje actual: existe una frontera tecnológica aún lejana y una abundancia de materias primas y alimentos que permiten una expansión de la producción y una mejora en el nivel de vida que puede alcanzarse por un proceso de acumulación del capital realizable merced a una política *racional*.

Una política que para ser racional, según Keynes, «requería evitar dos tentaciones: la sembrada, de una parte, por el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que nada nos puede salvar, si no es un cambio violento del sistema económico. Y, por otro lado, la originada por el pesimismo de los reaccionarios, que consideran el equilibrio de nuestra vida económica y social tan precario que no debemos arriesgarnos a hacer cambios y experimentos» que vayan en contra de las tradiciones heredadas —el patrón oro, el equilibrio presupuestario, el gasto público mínimo, la libertad de comercio, las grandes normas de la sociedad victoriana—, que no son otra cosa *hoy* (1930) que corruptelas costosas que hacen imposible llegar a esa era de prosperidad disponible a largo plazo y a nuestro alcance.

Keynes trató de cifrar los frutos económicos de ese paraíso prometido que avalaban tanto la oferta disponible de recursos como los cambios permitidos en la producción por la innovación existente aún no aplicada. Ese cálculo keynesiano —que Samuelson ha calificado como «someros apuntes econométricos»— concluía con una mejora decisiva del nivel de vida en las naciones desarrolladas que se situaba al final del siglo entre cuatro y ocho veces el alcanzado en 1930.

Las posibilidades económicas de esa distante edad de oro permitirían satisfacer con mayor *facilidad* las necesidades *absolutas* y si el hombre fuera capaz de buscar con menos ahinco la atención a sus necesidades *relativas* —cuya satisfacción depende de las posiciones de los individuos en relación con el resto de la sociedad y son, por tanto, de saturación imposible—, el problema económico *podría* dejar de ser el problema prioritario y permanente de la especie humana.

En esa distante edad de oro, prometida por Keynes, no desaparecerían, sin embargo, los

## EL TESORO ESPAÑOL Y LAS TEORIAS DE KEYNES

El gran cambio que define la era moderna se inició para Keynes con la acumulación de capital que comenzó en el siglo XVI, rompiendo la larga era de estancamiento económico de la Edad Media. El origen de ese cambio se encuentra para Keynes en la llegada a Europa del tesoro español de Indias que, a través de Andalucía, difunde sus efectos en los distintos países. El análisis de este proceso lo realiza Keynes en el volumen II del *Treatise on Money* siguiendo las conocidas investigaciones de Earl J. Hamilton. La llegada de los metales preciosos de Indias cubre una larga fase que va de 1503 a 1630 y que tiene en la etapa 1545 a 1560 las fechas de llegada de los más importantes envíos. Los efectos ocasionados por esa llegada de metales preciosos a Europa se acusan en un intenso crecimiento de la inflación, que se conoce como *revolución de los precios* y que van registrando los distintos países europeos a consecuencia de la entrada de los metales en el proceso de circulación económica. Los precios de Andalucía son los primeros que acusan los efectos de la llegada de los metales, un proceso que culmina justamente antes de que el siglo terminara, en 1596, con unos niveles de precios situados cinco veces más altos que los de una centuria antes. Francia se incorporó a este movimiento alcista pocos años más tarde, culminando en las mismas fechas, pero la inflación no llegó a los límites que registró en Andalucía. En Inglaterra el progreso de los acontecimientos fue aún más lento, puesto que el aumento de los precios no se registra sino después de 1550 y no culmina hasta 1650, época en que los precios eran tres veces superiores a su nivel de final del siglo XV.

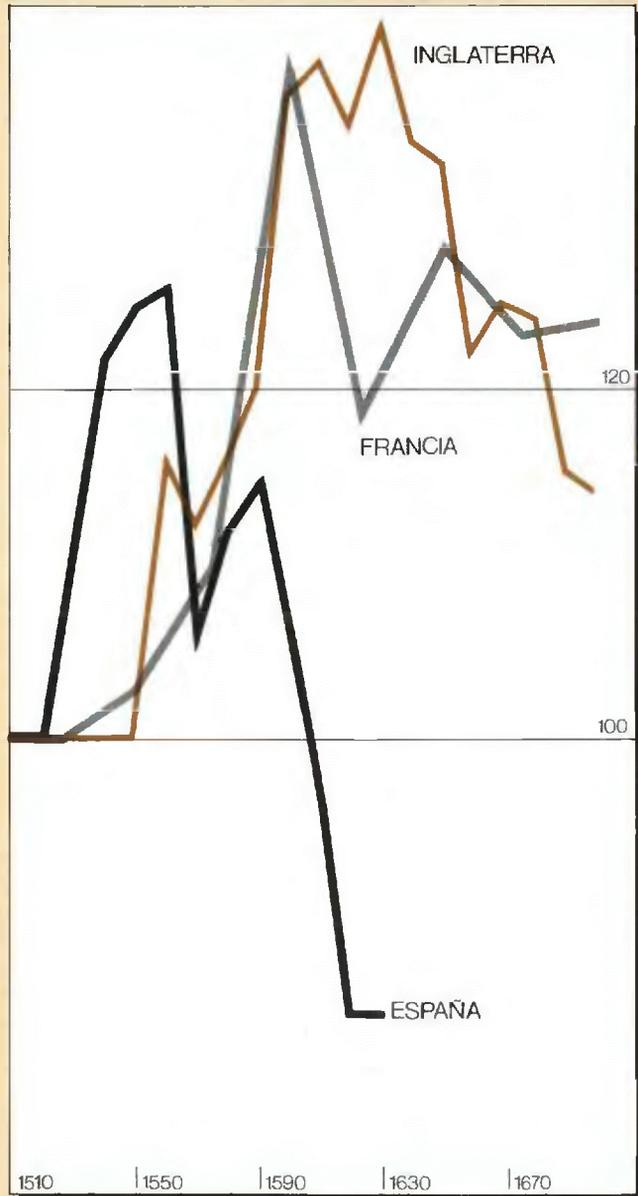
Esta marcha de los precios debe relacionarse con el comportamiento de los salarios para conocer las variaciones experimentadas por los beneficios. Siguiendo las conclusiones de Hamilton, Keynes registra el hecho de que en España esa diferencia se produce fundamentalmente entre 1520 y 1560, decaendo después. La relación precios/costes que se representa en el gráfico, indica, efectivamente, cómo al finalizar el siglo XVI se había perdido el nivel alcanzado a su comienzo y cómo desde 1550/60 la relación fue decreciente. De esta manera, las condiciones para la acumulación de capital en España se perdieron desde esa década, y la curva traduce de alguna manera el proceso de nuestra decadencia histórica. El comportamiento de esa relación precios/costes en Francia y en Inglaterra fue muy distinto del registrado en España. En primer lugar, porque los metales preciosos fueron a parar en nuestro país a manos de la aristocracia, que los gastó en sus atenciones personales, en lujos y servidores para mejorar su nivel de vida. En Europa los metales fueron a parar al comercio exterior privado por el que aflúan a los mercaderes y negociantes, que se encontraron además con que la relación precios/costes les permitía emprender procesos productivos con la segura obtención de las ganancias. Francia e Inglaterra tenían una relación de precios/costes incomparablemente mejor que la española. Cuando en España comienza a decrecer la relación precios/costes aumenta en Inglaterra, alcanzando la mejor etapa para la acumulación de capital de 1550 a 1650 y en Francia de 1530 a 1700 (con una seria depresión de 1600 a 1625). Nunca en los anales

del mundo moderno ha existido una etapa tan prolongada para el empresario y el especulador como ésta. En esta época dorada —concluye Keynes— nació el capitalismo porque se le facilitó una de las bases sobre las que está construido: la acumulación de capital.

Con este ejemplo histórico de la difusión de los efectos del Tesoro español, Keynes intentaba ilustrar su teoría de que la acumulación de capital depende de las expectativas de beneficios de los empresarios y de las posibilidades de financiación de los proyectos de inversión por el sistema monetario y bancario. La inflación de beneficios registrada, tras la revolución de los precios en los siglos XVI y XVII, constituyó al mismo tiempo motivo para invertir y fuente de financiación de las inversiones. Ahora bien, la inflación de *beneficios* que siguió a la llegada del tesoro español no se registró con igual intensidad en todos los países europeos porque, aunque en todos ellos —con diferencias temporales— se produce la *revolución de los precios*, el comportamiento de los costes fue muy diferente, ya que los salarios siguieron pautas muy distintas en Inglaterra, Francia y España. Todo ello dio lugar a la existencia de muy distintas oportunidades de acumulación de capital. En cualquier caso, Keynes subraya, como conclusión de este ejemplo histórico, que sin la inflación de beneficios originada por la llegada del Tesoro español es imposible explicar las diferencias de riqueza acumulada entre 1500 y 1700 en Francia e Inglaterra.

**La relación precios/costes y la inflación de beneficios en España, Francia e Inglaterra**

Los procesos de acumulación de riqueza registrados en Europa en los siglos XVI y XVII fueron motivados y financiados por la gran inflación de beneficios que se registró en esa etapa. Un indicador de esa inflación de beneficios es la relación entre precios/salarios que se representa en el gráfico para Inglaterra, Francia y España, según los datos ofrecidos por Keynes en el *Treatise on Money*, procedentes de las estimaciones de Hamilton y Wiebe. Los movimientos seguidos por la relación precios/salarios expresan la gran diferencia de oportunidades de acumulación existentes entre España, de una parte, y Francia e Inglaterra, de otra. España disfrutó de sus mejores oportunidades de acumulación entre 1520 y 1590 (una etapa breve, cuyo fin anuncia el comienzo de lo que se ha llamado decadencia del imperio español), mientras que Inglaterra tiene de 1550 a 1650 su mejor etapa y Francia de 1530 a 1700. La inflación de beneficios —que traduce la marcha de la curva relación precios/salarios que el gráfico representa— muestra las grandes oportunidades abiertas a la acumulación de la riqueza en Francia e Inglaterra en el siglo XVI de las que España no disfrutó.



problemas económicos, no sólo por el permanente peligro que supone la atención a la satisfacción de las necesidades *relativas*, creadoras incesantes de escaseces, sino porque el progreso tecnológico crearía un grave problema de desempleo y porque además las sociedades opulentas del futuro perderían la fuerte motivación que caracteriza a las sociedades dominadas por la escasez.

Esos serían problemas de los años ochenta —y efectivamente lo son—, pero de esos problemas a largo plazo le separaban a Keynes y a su generación muchos años y la necesaria aplicación de una política.

¿Qué política? La consistente en eliminar dos peligros y conseguir dos objetivos. Los peligros residían para Keynes en evitar las guerras y los riesgos contra la paz civil, de una parte, y dominar el crecimiento de la población de otra. Los dos objetivos consistían en conceder a la ciencia la dirección de los asuntos humanos y favorecer por una política económica *racional* la necesaria acumulación de capital. Las sociedades occidentales no habían cumplido satisfactoriamente con esta última condición en los años veinte y su comportamiento era aún peor en los comienzos de la década de 1930. Ese mal comportamiento de la política económica a *corto plazo* es el que había ocasionado los dos males más graves de las sociedades capitalistas: el *desempleo* con cifras continuadas y sobrecogedoras de dos dígitos, mal que se estaba haciendo endémico y se había agudizado a lo largo del tiempo, y la *inflación*, que había aniquilado el valor del ahorro del pasado y desalentado su constitución en el presente. Keynes pensaba que si se conseguía restablecer la confianza del público en el valor real futuro de sus ahorros (estabilizando los precios en el futuro) y se conseguía reducir el desempleo, el desarrollo a largo plazo volvería a discurrir al ritmo satisfactorio alcanzado en el pasado por los países europeos.

La conferencia de Keynes en Madrid dejaba así despejada y justificada la prioritaria consideración de los problemas de estabilidad a corto plazo tendentes a reducir el desempleo y eliminar la inflación. Unos problemas que habían ocupado la atención de Keynes antes de su venida a Madrid, en junio de 1930, y que iban a recibir en la etapa 1931-36 la respuesta final de la *revolución keynesiana*.

Esa valoración actual de la conferencia de Keynes en Madrid no fue, sin embargo, la que realizó *todo* su auditorio, si se atiende para conocer sus opiniones a las que reflejó la prensa de la época. En efecto, los comentarios a la conferencia de Keynes están realizados en la prosa convencional y en el lugar secundario con los que se reseñan en España actos de esa clase. Tan sólo *El Sol* rompe esta tónica concediéndole más atención. Sin embargo, el contenido de la conferencia de Keynes motivó una crítica muy dura de A. Bermúdez Cañete en *El Debate*, quien esperaba una conferencia de Keynes muy distinta de la que eligió: un tratamiento riguroso de los problemas de aquel tiempo «exponiéndonos sus nuevas ideas en cuestiones monetarias». Al no hacer Keynes nada de esto, Bermúdez Cañete volcó su desencanto en una ácida crónica que *El Debate* publicó el día 11 bajo el título «Sobre la conferencia de Mr. Keynes». Leída hoy esa crítica testimonia tanto una desilusión personal, como una salida temperamental sin mayor trascendencia. Las puntualizaciones de *El Sol* redujeron este comentario —poco habitual en nuestros actos culturales— a sus debidas proporciones.

## EL PROBLEMA DE LA ESTABILIDAD ECONOMICA A CORTO PLAZO: LAS RESPUESTAS POLITICAS Y TEORICAS KEYNESIANAS

### Las tres etapas del pensamiento de Keynes

**L**a formulación de una política y una teoría a *corto plazo* capaz de lograr la estabilización de una economía —evitando la inflación y el desempleo— no se realizó de una manera instantánea por Keynes.

Fue madurando lentamente de 1920 a 1936 hasta culminar en la *General Theory* bajo la presencia de dos premisas, conceptual una, fáctica la otra. La premisa conceptual es por supuesto el contenido de *Las consecuencias eco-*

*nómicas de la paz*. En esa obra Keynes manifestó dos opiniones que iban a orientar su trabajo futuro como economista. La primera fue la crisis en su creencia de que el sistema capitalista pudiera sostener por sí mismo (sin intervencionismos ni ayudas) un progreso económico automático en el futuro. La segunda era que la Primera Guerra Mundial había definido en Europa una nueva situación que rompería el equilibrio de la anteguerra. Se entraba en una era peligrosa y arriesgada en que había de actuarse sin volver la vista atrás, porque el retorno a la «normalidad» de 1913 era imposible.

La fuerza dialéctica y la forma literaria magistral que Keynes logró dar a esa argumentación contenida en *Las consecuencias económicas de la paz* le aseguraron un éxito que no ha igualado ninguna otra obra de Economía. Hay un Keynes *antes* de 1920 y otro *después* de esa fecha. Son muchos los títulos que esa fama mundial adquirida por su obra facilitó a Keynes. Pero para el Keynes posterior el más importante fue la gran *autoridad* socialmente reconocida a sus opiniones. Esas opiniones eran siempre esperadas. Podrían discutirse, pero se temían y se le solicitaban. Estas opiniones, que Keynes elabora tanto en el campo de la política como en el de la teoría, las referirá siempre a la segunda premisa que condiciona su pensamiento: los hechos. La referencia de sus propuestas políticas y teóricas a la realidad económica de su tiempo es constante. Schumpeter ha acertado a decirlo bien: «Keynes busca en toda su obra respuestas y soluciones políticas a los problemas planteados; la política mira siempre por encima del hombro del técnico, contempla la estructura de sus supuestos y guía su pluma». Por estos motivos el esquema con el título «Hechos, políticas y teorías keynesianas» que pretende guiar las siguientes reflexiones parte de esas dos grandes premisas del razonamiento keynesiano: su visión de los problemas definidos en *Las consecuencias económicas de la paz* y su referencia y condicionamiento a los hechos. Ese telón de referencia a los hechos permite dar sentido a la evolución de las ideas keynesianas de 1920 a 1937.

Sin ese telón de referencia a los hechos, no puede entenderse su quehacer de economista. De esa realidad partirían las respuestas keynesianas —que son inevitablemente históricas, como con acierto subraya el profesor Rojo,

y que, en consecuencia, «no pueden aplicarse a situaciones sustancialmente distintas»—. Por lo mismo, esas circunstancias históricas deben constituir la premisa para la interpretación de su pensamiento y para explicar su evolución en el tiempo, ya que los dos grandes males del capitalismo a los que Keynes dirigió su atención fueron revistiendo una importancia cambiante con el paso de los años. La inflación aparece como el gran mal en los años siguientes a la Primera Guerra Mundial, para ganar el desempleo, con la deflación de los veinte y depresión subsiguiente de los treinta, una importancia dominante. Y aún cabría añadir que las prioridades se alterarían de nuevo más tarde, cuando la Segunda Guerra Mundial despierta el viejo mal de la inflación, al que Keynes responde con sus propuestas para financiar la guerra por medios no inflacionistas (*How to pay for the War*, 1940).

A esa premisa mayor de la cambiante realidad histórica bien observada, Keynes trata de dar sus respuestas en dos campos diferentes: en sus propuestas *políticas* y mediante sus propuestas *teóricas*. El Keynes político, guiado por su formidable intuición, corre más que el Keynes teórico. Como se ha afirmado anteriormente, Roy Harrod ya indicó que Keynes consiguió anticipar las medidas políticas necesarias que se requerían para remediar los males en que percibía las debilidades del capitalismo: la inflación y el desempleo. Esta anticipación de la política keynesiana ha creado lo que Patinkin denomina «puzzles» keynesianos; esto es, situaciones dudosas que hay que interpretar coherentemente, pues no son siempre idénticas sus opiniones para combatir los problemas con los que se enfrentaba y, por otra parte, son a veces diversas sus posiciones en el campo de la política y en el de la teoría.

Por todo ello, parece importante distinguir esos dos campos de las propuestas keynesianas a que Harrod se refiere: las propuestas de política económica, contenidas en sus múltiples escritos e intervenciones en comités o en sus consejos y recomendaciones y las propuestas que se realizan en sus obras teóricas. Clarificar esa situación es el modesto propósito al que trata de servir el esquema adjunto que aparece bajo el título: «Hechos, políticas y teorías keynesianas». Tratemos de comentar su contenido.

Los hechos que se refieren en la primera de sus columnas son los que Keynes contempló en su tiempo y que van desde el final de la guerra de 1914-18 hasta 1937. En ese largo período histórico pueden diferenciarse tres grandes etapas. La primera, 1919-25, presidida por las necesidades de la reconstrucción (o regeneración, como gustaba llamarla Keynes) siguiente a la Primera Guerra Mundial. Los problemas van a ser: decidir la política de tipo de cambio conveniente, afrontar la lucha contra la inflación y elegir el nivel al que estabilizar los precios interiores mediante un conjunto de medidas coordinadas. Esos problemas van a encontrar su respuesta política en distintas labores de asesoramiento y en los artículos publicados en el *Manchester Guardian Commercial* en 1922, sobre los que se construye la primera de las tres grandes obras de Keynes en el período 1923-36: el *Tract on Monetary Reform*. Esa etapa se cierra con una decisión política de importancia capital: la vuelta al patrón oro de Inglaterra el 28 de abril de 1925, decidida por Churchill como Canciller del Tesoro y que provoca la dura crítica de Keynes —utilizando el modelo contenido en el *Tract on Monetary Reform*— en tres artículos publicados en el *Evening Standard*, recogidos después en su famoso folleto *The Economic Consequences of Mr. Churchill*.

La segunda etapa va desde 1925 hasta la publicación, en octubre de 1930, de la segunda gran obra de Keynes: el *Treatise on Money*, su trabajo más extenso y el más esperado. Los hechos que dominan esta etapa son los característicos de una deprimida economía británica con graves problemas de reconversión industrial y un paro creciente, la agudización de la vieja disputa sobre las reparaciones alemanas impuestas por el tratado de Versalles, la conmoción de la crisis de Wall Street en octubre de 1929, cerrándose con el abandono del patrón oro por Inglaterra el 21 de septiembre de 1931. Esa etapa se traduce en el quehacer político de Keynes en múltiples trabajos. Destacan entre éstos: sus poco conocidas opiniones en el caso de la industria textil del Lancashire (un ejemplo claro de reconversión industrial), sus artículos sobre las transferencias alemanas en 1929, su folleto con Hubert Henderson sobre la política de obras públicas (*Can Lloyd George do it?*), sus intervenciones en el Comité Macmillan, sus trabajos y declaraciones sobre el diagnóstico y características de la crisis (*The Nation* y decla-

raciones a la prensa de Madrid) y sus importantes trabajos en el Consejo Consultivo de Economía, conocidos hoy por la publicación en sus obras completas, y brillantemente valorados en la destacada e interesante investigación de Susan Howson y Donald Winch (*The Economic Advisory Council 1930-1939. A study in economic advice during depression and recovery*, CUP, 1977).

La tercera etapa que el esquema diferencia es la que, dominada por la gran depresión y la generalización del desempleo, culminará en 1936 con la *General Theory*. Esa etapa se cierra en 1937, año en el que Keynes sufre un grave ataque cardíaco, que le retira temporalmente de toda actividad para volver después a su tarea de Consejero económico, que monopoliza sus actividades hasta su muerte en 1946.

#### La primera etapa del pensamiento keynesiano

La primera de esas etapas recorridas por el pensamiento keynesiano está dominada —como se ha dicho— por los acontecimientos de la primera postguerra mundial: la búsqueda de un patrón monetario que, permitiendo una política monetaria flexible, previniera los riesgos de la inflación y la deflación. Keynes forjó unas respuestas a estos problemas con una interpretación personal de la teoría monetaria de Cambridge que iba a inspirar finalmente al contenido de su obra básica en esta etapa: el *Tract on Monetary Reform*. Los repetidos consejos keynesianos giraron en torno a cuatro puntos: 1.º La necesidad de disponer de un sistema monetario que no debería ser el patrón oro clásico de la anteguerra, sino un sistema monetario regulado, más flexible. 2.º En todo caso, era vital fijar un tipo de cambio realista que pudiera sostenerse en el futuro, sin un costoso esfuerzo de deflación interna. La vuelta a la paridad oro de la anteguerra —alimentada por un deseo nostálgico e irrealizable de recobrar un pasado que no podía sostenerse en el presente— le parecía el mayor de los errores que podían cometerse. Equivalía a confundir argumentos con sentimientos. Keynes insistió siempre a este respecto en su preferencia por la devaluación sobre la deflación a que podría llevar la supervaloración del tipo de cambio. 3.º Cortar

radicalmente las expectativas inflacionistas existentes, tras el fin de la guerra, le pareció un objetivo prioritario que encomendó al tipo de interés. Keynes creía que la inflación estaba producida por un ciclo de crédito que partía de la demanda especulativa de dinero de los empresarios, tendente a acumular existencias en la creencia de una continuada subida de los precios. Detener esta onda expansiva del crédito sería posible con una elevación rápida de los tipos de interés, sostenida durante un plazo dado de tiempo. Cuando llegó la deflación, entrados los años veinte, la política de tipos de interés a corto plazo debería ser la opuesta: reducirlos para salir de una situación peligrosa e ineficiente. 4.º El objetivo de la política monetaria debería ser, pues, la estabilidad de precios, objetivo que tendría que conseguirse con una política monetaria activa dirigida a mantener los tipos de interés a corto plazo en el nivel adecuado. El objetivo de la política monetaria no debería ser nunca estabilizar el tipo de cambio, sino los precios. Conseguir la estabilidad de precios era siempre un objetivo instrumental, el objetivo final residía en evitar la desocupación, la inflación y la deflación.

Estos mensajes keynesianos, difundidos con pedagógica insistencia desde los suplementos del *Manchester Guardian Commercial* y desde sus colaboraciones en *The Nation* y contenidos en el *Tract on Monetary Reform*, no se atendieron por la política monetaria británica que, bajo la dirección de Winston Churchill en el Tesoro, restablece en 1925 el patrón-oro clásico con la vuelta de la esterlina a sus valores de la anteguerra (una libra esterlina = 123,27 gramos de oro fino = 4,86 dólares), cuando el mercado cotizaba el dólar a 4,40 la libra. Esta medida de establecer el cambio a 4,86 encarecía en un 10 por 100 los precios británicos respecto de sus competidores, lo que obligaba a la industria británica a un importante esfuerzo interno de reducción de precios y costes para acceder al mercado internacional. Un esfuerzo de esa magnitud resultaba muy difícil de conseguir porque pasaba por una reducción de salarios y precios impopular y costosa. Keynes vio pronto que las medidas precisas para realizar esa deflación no podían tomarse y, a falta de ellas, la exportación —y la economía— británicas sufrirían sus consecuencias. Volver en estas condiciones a la paridad oro de la anteguerra era una política de orgullo nacional estéril e ineficaz.

La denuncia de estos hechos se realizó por Keynes, con el lenguaje combativo que le caracterizaba, en tres artículos publicados en el *Evening Standard*, recogidos después en una publicación que, bajo el título *Las consecuencias económicas de mister Churchill*, tuvo una difusión resonante y un carácter profético. La primera industria exportadora que sufrió las consecuencias de esa decisión fue la minería inglesa del carbón, que dejó de ser competitiva frente al carbón de las minas del Rhur. Sólo si los salarios británicos se reducían se podría restablecer la competitividad de sus exportaciones. Esa alternativa se mostró inviable, pese a las presiones de empresarios y gobierno, desembocando en la huelga general de 1926, una de las más duras, amargas y costosas que registra la historia contemporánea.

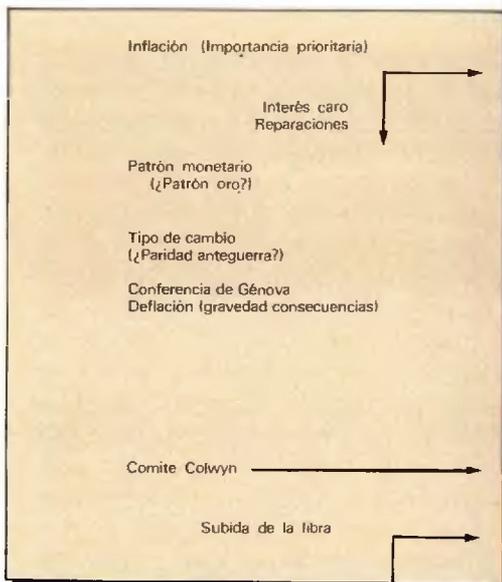
El juicio de estos acontecimientos por Keynes fue durísimo: «Los mineros del carbón (principal actividad dañada por la supervaloración del cambio y el restablecimiento de un tipo de cambio fijo como objetivo de la política monetaria en un sistema de patrón oro) son las víctimas de este error económico. La situación de los mineros representa en vivo los ajustes fundamentales que el Tesoro y el Banco de Inglaterra imponen al país para satisfacer la impaciencia de los padres de la City con el fin de salvar la moderada diferencia entre 4,40 y 4,86 \$ por £. Ellos, los mineros (y les seguirán otros trabajadores), constituyen el moderado sacrificio necesario para asegurar la estabilidad del patrón oro. ... El patrón oro, con su fe en los "ajustes automáticos" y su general despreocupación por sus consecuencias sociales, constituye el emblema y el ídolo de quienes ocupan los lugares directivos de la maquinaria social. Creo que son enormemente inconscientes en su despreocupación social, en su optimismo infundado y en la comfortable creencia de que no va a ocurrir nada realmente grave. Nueve de diez veces no ocurre nada grave —simplemente se produce un poco más de tensión para ciertos ciudadanos o para ciertos grupos sociales. Sin embargo, corremos el riesgo de que ocurra esa décima oportunidad, si continuamos aplicando los principios de una economía que ha funcionado sobre la hipótesis del *laissez-faire* y la libre competencia a una sociedad que está abandonando rápidamente sus supuestos».

# HECHOS, POLITICAS Y TEORIAS KEYNESIANAS

Visión general de *The Economic Consequences of Peace*

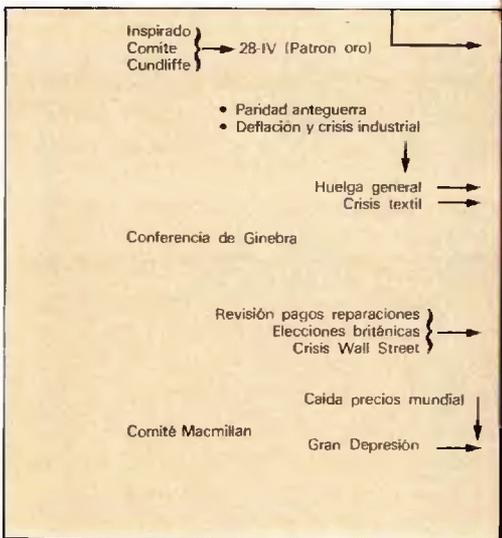
- Crisis de la idea de progreso a través del sistema capitalista
- Crisis del equilibrio económico europeo de anteguerra

FASE I



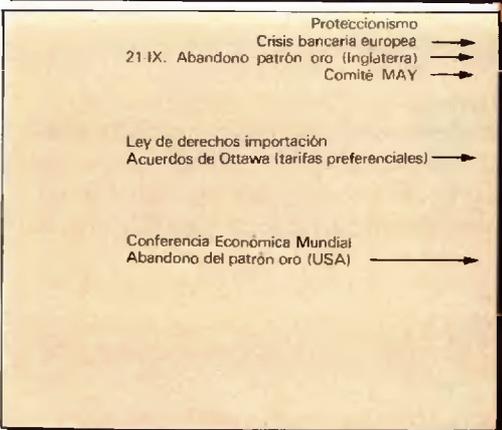
1920. Memorándum al Tesoro sobre inflación. Dinero caro (peligro inflación). No para volver al patrón oro.	1920
1921. Artículos en el <i>Sunday Times</i> sobre reparaciones y política monetaria.	1921 A TREATISE ON PROBABILITY
1922. Suplementos en <i>Manchester Guardian Commercial</i> . Reconstrucción de Europa.	1922 A REVISION OF THE TREATY
1923. Colaboraciones en <i>The Nation</i> (nueva revista semanal/liberal).	1923 A TRACT ON MONETARY REFORM
1924. Declaración sobre Deuda Pública, Fondos Amortización y Deuda a corto plazo. <i>The End of Laissez-Faire</i> . Colaboración en <i>The Nation</i> : Política Obras Publicas. Escuela de verano: inversiones extranjeras.	1924

FASE II



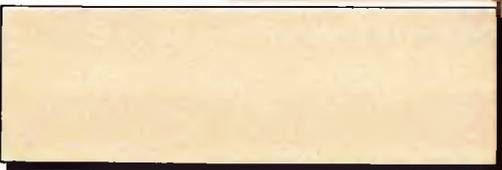
1925. <i>The Economic Consequences of Mr. Churchill</i> .	1925
1926. <i>The Nation</i> : industria textil (crítica a la reducción de jornada).	1926
1927. Intervención en Manchester: «racionalización» (reconversión industrial).	1927
1928. Libro Amarillo Liberal: <i>Britain's Industrial Future</i> . «La balanza comercial británica (1925-27)».	1928
1929. <i>Can Lloyd George do it?</i> (en colaboración con Henderson). Reparaciones: artículo en el <i>Economic Journal</i> . <i>The Nation</i> (Plan Young).	1929
1930. Declaraciones en el Comité Macmillan. Miembro del «Economic Advisory Council». Declaraciones en Madrid. Informe Comité Economistas (situación económica).	1930 A TREATISE ON MONEY

FASE III



1931. Informe minoría Comité Macmillan. Defensa del proteccionismo: <i>The New Statesman and The Nation</i> . Viaje a USA: conferencia en Harris Foundation.	1931
1932. Artículo en <i>Political Quarterly</i> sobre socialismo moderno. Defensa inversión interna sobre inversión exterior: <i>The Economist</i> .	1932
1933. <i>The Means to Prosperity</i> . Propuesta de un Banco Central Mundial. Crítica a la Conferencia Mundial ( <i>Daily Mail</i> ). Defensa protección frente al desempleo (INS & N). Carta abierta en el <i>New York Times</i> a Roosevelt.	1933
1934. Viaje a USA. Entrevista con Roosevelt. «Agenda para un Presidente». Conversaciones Stalin-Wells (oposición al comunismo stalinista).	1934
1935. Carta a B. Shaw (posición sobre el marxismo).	1935

FASE IV



1936. Controversia sobre política internacional ( <i>The New Statesman and The Nation</i> ). Visita a la URSS.	1936 THE GENERAL THEORY OF EMPLOYMENT INTEREST AND MONEY
1937. «Cómo evitar la depresión», artículos en <i>The Times</i> . Crisis cardíaca (verano de 1937).	1937

FASE V

**E** l esquema adjunto divide la vida y obra de Keynes, en realidad, en cinco etapas distintas:

**1** La *formativa* y las *primeras tareas profesionales* como funcionario en el Indian Office, como profesor en Cambridge, como Asesor del Tesoro durante la Primera Guerra Mundial; etapa que se cierra con la publicación de *Las consecuencias económicas de la paz*, obra cuyo éxito y contenido es la premisa de la que parte la vida y obra posteriores de John Maynard Keynes. Desde 1920 la autoridad y popularidad ganadas con *Las consecuencias económicas de la paz* concedieron un gran eco a sus opiniones. También *Las consecuencias económicas de la paz* dividen la vida de Keynes al definir el campo de problemas a los que se referiría su futura tarea como economista: prevenir y remediar las limitaciones del sistema de *laissez-faire* y proponer aquellas medidas que reforzasen el inestable y débil equilibrio económico de Europa tras de la Primera Guerra Mundial.

**2** Los años que van de 1920 a 1925 constituyen la segunda etapa de la vida y obra de Keynes que el esquema adjunto diferencia. La división por la cota del año 1925 no es caprichosa. La avala la propuesta de uno de sus mejores discípulos —Austin Robinson— que se ha aceptado con generalidad posteriormente. Durante esa segunda etapa Keynes aplica para juzgar la situación económica y para su labor de consejero y crítico la teoría monetaria de Cambridge a la que responde el *Tract on Monetary Reform*.

**3** A partir de 1925 se produce el cambio que Robinson destaca. Cambio en la vida personal de Keynes (ya que en 1925 contraerá matrimonio con Lydia Lopokova que supuso una variación importante en su forma de vida). Pero, sobre todo, en torno a ese año se altera su pensamiento económico: Keynes abandona la teoría monetaria de Cambridge defendida por Marshall-Pigou, comenzando a elaborar un pensamiento monetario propio. Los primeros índices de su nuevo trabajo, que había de culminar en el *Treatise on Money*, son de julio de 1924, que va modificando en años siguientes en colaboración estrecha con Robertson, Hawtrey y Ramsey, con interferencia de otros trabajos (principalmente dos referidos a la situación monetaria de Estados Unidos, el segundo de los cuales, el Memorándum titulado «¿Existe inflación en los Estados Unidos?», circuló entre distintos economistas). En 1928-29 Keynes utiliza ya la argumentación del *Treatise on Money* en su polémica sobre las reparaciones alemanas con Ohlin y Jacques Rueff que discurre en el *Economic Journal*. El índice y las pruebas del *Treatise on Money* disponibles en 1929 las enviará Keynes, además de a sus anteriores corresponsales y amigos, a Henderson, Kahn y Sraffa. En 1930, con el *Treatise on Money* finalizado, Keynes comparece ante el Comité MacMillan, utilizando su contenido en sus intervenciones. El 31 de octubre de 1930 se publicaba, por fin, el *Treatise on Money*.

**4** La cuarta etapa que a través del esquema adjunto puede diferenciarse, va desde las críticas del *Treatise on Money* (iniciadas ya en el propio año 1930) hasta la *General Theory* en 1936. Esa etapa se abre, según se acaba de decir, a finales de 1930 con las observaciones críticas de Hawtrey, Robertson, Pigou, Hayek y el entonces estudiante en la London School of Economics Nicolas Kaldor. Paralelamente, la obra de Keynes se discute en el «Circus» de Cambridge, formado, bajo la presidencia de Kahn, por un conjunto de jóvenes economistas que orientan las ideas de Keynes hacia nuevos derroteros. Keynes prepara pronto una nueva obra que comunica a Hawtrey (1932) y manifiesta ya haber empezado a redactar en el prólogo a la versión japonesa del *Treatise on Money*, escrita en 1932. Tras sus lecciones en Cambridge (año 1932) bajo el título «La teoría monetaria de la producción», Keynes elabora el primer índice de su posible obra. En 1933 cambia el título y la obra se denominará *General Theory of Employment*; en el siguiente índice, de mediados de 1934, la obra pasa a titularse definitivamente *General Theory of Employment, Interest and Money*, cuyas primeras pruebas Keynes enviará a Robertson. Tras una larga correspondencia Keynes corrige el primer borrador y envía las galeradas de las segundas pruebas a Harrod, Hawtrey, Kahn y Joan Robinson. Tras una larga correspondencia, especialmente polémica con Harrod (y que éste contará después detenidamente en su *Biografía* de Keynes), y la muy útil de sus apreciados Alexander (Kahn) y Joan (Robinson), Keynes escribirá a su madre el 19 de enero de 1936: «Mi libro está ya en mis manos. Aparecerá el 4 de febrero y el Teatro (el Arts Theatre de Cambridge que Keynes ideó, dirigió y financió) será abierto al público el día 3 de febrero».

**5** A partir de 1937 se inicia la última fase de la vida y obra de Keynes. Su grave ataque cardíaco en 1937 abre un paréntesis de dos años en los que Keynes se ocupa de la defensa de la *General Theory* pero no puede, como programaba en 1937, continuar su trabajo a través de la realización de una nueva obra. Cuando la recuperación parcial de su salud llega, la guerra mundial va a atraer obligatoriamente su atención, y utilizando el pensamiento expuesto en la *General Theory*, va a desarrollar sus tareas al servicio del Tesoro británico con el fin de diseñar la Hacienda de Guerra («How to pay for the war?»), planificando la política interna de posguerra y la financiación externa de la guerra, así como la política económica de financiación exterior en la posguerra, con su contribución al diseño de la Unión Internacional de Compensación que confluiría con el dominante Plan White para definir el orden monetario internacional de Bretton Woods (un tema que se analiza detalladamente en este mismo número de PAPELES en el trabajo de M. Varela y M. J. Molina).

Las tres etapas centrales de la vida y obra de Keynes, que el esquema adjunto presenta con algún detalle, son las que se exponen en el texto. En ellas, como el esquema trata de mostrar, las obras y consejos de Keynes se acotan en un plano marcado por dos ejes: la premisa de su visión contenida en *Las consecuencias económicas de la paz* (eje superior) y la premisa de los hechos (eje de la izquierda), cuya evolución afecta y se relaciona directamente con las políticas y teorías keynesianas.

# MANCHESTER GUARDIAN COMMERCIAL

(Los suplementos económicos del M.G.)

ABRIL 30, 1933

"MANCHESTER GUARDIAN COMMERCIAL"

## REGENERACIÓN DE EUROPA

No. 7



DIRECTOR Y REDACTOR-JEFE:

JOHN MAYNARD KEYNES

PRECIO: UN CHELIN

SE PUBLICA TAMBIÉN EN

INGLÉS, FRANCÉS, ITALIANO Y ALEMÁN

COPYRIGHT EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NOROCCIDENTE AMÉRICA, NEW YORK JOURNAL OF COMMERCE.

En 1922 Keynes estaba convencido de que la solución de los graves y complejos problemas que planteaba la reconstrucción europea necesitaba de un planteamiento adecuado y de un conocimiento y participación ciudadana en todos los países. La economía le parecía un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los políticos, cuya ignorancia económica y falta de responsabilidad siempre criticó. Con el fin de crear una opinión bien informada, programó con el *Manchester Guardian* la edición de los suplementos económicos que se publicarían en cinco idiomas: inglés, francés, español, alemán e italiano. Se aspiraba con ello a construir una opinión europea sobre las principales cuestiones que iban a pedir los esfuerzos y la cooperación de todos. Keynes se encargó de la dirección y solicitó las colaboraciones de los intérpretes más destacados. Los conocimientos personales adquiridos en tiempos de guerra y en la Conferencia de Paz facilitaron el envío de los trabajos solicitados por Keynes. Pidió y obtuvo las opiniones de los primeros ministros de aquel entonces, de los mejores economistas, de destacados empresarios y de conocidos funcionarios. Cuando le fallaba algún colaborador procuró obtener el mejor sustituto: así cuando no pudo llegar a Lenin, recurrió a Gorki; cuando Bergson rehusó, obtuvo la colaboración de Croce. El equilibrio de muestras de opinión fue perfecto y trató de que Rusia y las nuevas naciones estuvieran presentes con sus opiniones. Keynes se tomó todo el interés profesional con el que ejerció su profesión periodística. Cuidó todos los detalles: la calidad del papel, el diseño de los titulares, el interés del material gráfico y la colección de los chistes sobre el coste de la vida en la Inglaterra victoriana y la Francia del siglo XIX, así como los de la Inglaterra, Alemania y Estados Unidos de sus días (país este último para el que se hizo una edición especial). Se ocupó especialmente por sí mismo de la distribución —que consideró el talón de Aquiles de toda publicación— y cuando se celebró la Con-

ferencia de Génova, en 1922, llevó personalmente 50 copias para distribuir las a las más destacadas personalidades.

Keynes escribió 14 artículos, de cuya calidad habla el hecho de que formaran después parte como capítulos de una de sus mejores obras: el *Tract on Monetary Reform*.

Cuando en 1922 finalizó esta experiencia editorial, se había reunido un volumen de más de 822 grandes páginas a dos columnas con más de 200 colaboraciones cuya nómina es apabullante: Asquith Ramsey McDonald, P. Snowden, Cailleaux, Leon Blum, Herriot, Nitti, Melchior, Schacht, Sydney Webb, W. Lippmann, Tawney, Gorki, G. Cassel,

Rist, L. Dickinson, Robertson, Stamp, L. Einaudi, B. de Jouvenel, R. Hilferding, I. Fisher, P. Sraffa, G. M. D. Cole, H. Laski estaban entre los colaboradores de los suplementos. Leídos hoy, los suplementos constituyen un irrefutable testimonio de la laboriosidad y eficacia de Keynes.

## LA CARICATURA Y EL COSTE DE LA VIDA

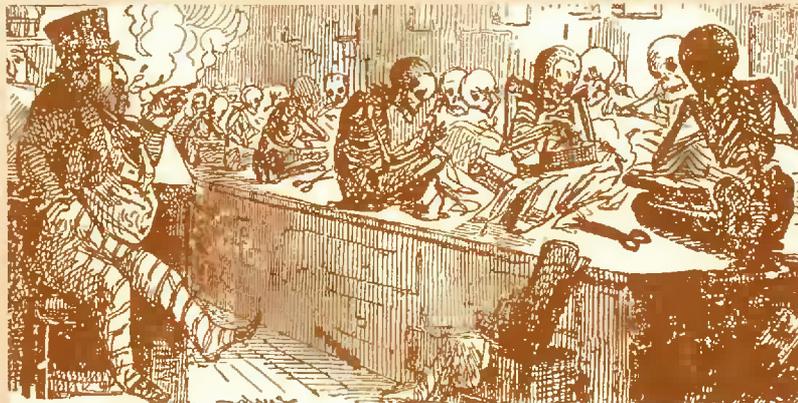


Publicada con permiso especial de los editores del "Punch".  
 "Un saqueador".  
 Cliente: "Los precios al por mayor han bajado. ¿Por que vende Ud siempre tan caro?"  
 Vendedor: "Por este ruido no oigo bien". (Frank Reynolds, 1921).



Estas caricaturas se publican con la especial autorización de los editores del "Punch".  
 "¡Prosperidad de John!"  
 ("Punch", Julio 1872, por Sir John Tenniel).

Keynes coleccionó los chistes que con referencia al coste de la vida fueron apareciendo en la prensa británica, francesa, americana y alemana de los siglos XIX y XX, ofreciendo una selección en los distintos números del *Manchester Guardian Commercial*. Los que aquí se reproducen corresponden al peculiar y distante humor de la época del siglo XIX.



Estas caricaturas se publican con la especial autorización de los editores del "Punch".  
 "Vestidos Baratos".

En esa primera etapa del pensamiento keynesiano se registran también otras aportaciones relacionadas con problemas más concretos: su posición frente al crecimiento de la población (sobre el que Keynes siempre mostró su beligerancia intentando que la política demográfica tratara de moderar el desarrollo natural de la población, como condicionante del bienestar de la sociedad, opinión sobre la que Keynes insistiría en su conferencia de Madrid), sus ideas sobre el problema de las reparaciones de guerra, que habían desempeñado un papel decisivo en dos obras anteriores de Keynes: *The Economic Consequences of the Peace* (1919) y *A Revision of the Treaty* (1922), y sobre las que Keynes mantuvo sus opiniones de su nivel excesivo y la imposibilidad de su pago so pena de los grandes conflictos sociales y económicos que se seguirían de su mantenimiento. A estos argumentos Keynes añadió el perjuicio que la competencia por un mayor mercado para las exportaciones alemanas (inexorable para pagar las reparaciones) supondría para la industria y la ocupación británicas.

Hay dos temas más de atención keynesiana en esta etapa, sobre los que desearía llamar la atención del lector para volver sobre ellos más adelante. Son los que se contienen en su intervención en la Escuela liberal de verano de 1924 sobre las inversiones en el extranjero y su artículo en *The Nation* sobre la política de obras públicas. El tratamiento de estas dos cuestiones, como acentúa con toda verdad Harrod, no se realizó por Keynes con acierto. No se integraban bien en el armazón teórico que Keynes utilizaba en aquel tiempo (la teoría del dinero Marshall-Pigou), lo que dificultaba la transmisión de sus mensajes. Ello explica que los años siguientes, los que van de 1925 a 1930, Keynes los dedicase a la formulación de una nueva aproximación teórica que se contiene en el *Treatise on Money*, un quehacer cuyos hallazgos parciales se van manifestando también en el Keynes asesor de políticos y en el Keynes que escribía en periódicos y revistas para el público.

La economía británica, entre tanto, se fue adentrando en un estancamiento depresivo, consecuencia de su vuelta al patrón oro y de la elegida paridad de la libra, que iban pasando la factura que Keynes anunció a «alguien más» que los «mineros del carbón». La industria tex-

til de Lancashire fue gravemente afectada por esta situación. (Vid. el recuadro «Keynes y la reconversión industrial».)

Si se intentaran resumir las ideas propugnadas por la política económica keynesiana a lo largo de los años veinte, cuatro serían los criterios dominantes: 1.º La devaluación de muchas divisas era tan inevitable como la disminución de las reparaciones. 2.º Son los precios internos —sus niveles— los que hay que estabilizar y no el tipo de cambio. 3.º La racionalización de las llamadas industrias principales británicas en crisis (carbón, siderurgia, textil y naval) es la única vía para su posible salvación. 4.º La población no puede crecer anárquicamente. Necesita una política que modere y ajuste a los recursos disponibles su crecimiento. Por desgracia, la política monetaria británica y su política industrial se mostraron impermeables a los continuados esfuerzos de persuasión de Keynes para que orientaran sus decisiones por esos criterios. Las consecuencias fueron una costosa y prolongada deflación y una crisis industrial profunda.

A los males derivados de la política monetaria británica y de su crisis industrial se iban a añadir, poco tiempo después, los errores de la política monetaria de los Estados Unidos. El origen de esa decisión monetaria estadounidense equivocada se halla en la reducción de los tipos de interés americanos de 1927-29 para favorecer el funcionamiento del patrón-oro en los países europeos. Reducción que provocó una especulación sin precedentes en la bolsa de valores americana, pues el dinero barato sirvió para financiar la compra masiva de acciones en Wall Street. Ese proceso especulativo termina con dos sesiones dramáticas en la bolsa de valores de Nueva York: la del «jueves negro» (24 de octubre de 1929) y la del «martes negro» (29 de octubre de 1929), que señalan convencionalmente el comienzo de la que se ha denominado «gran depresión mundial de 1929», que las distintas economías nacionales padecen en los años treinta.

Cerrando el cuadro de circunstancias adversas, se iba a sumar, ya en 1930, la caída mundial de los precios que, en el ambiente creado por los factores expuestos, deprimiría las expectativas empresariales a niveles aún más bajos del que se encontraban situadas.

## KEYNES Y LA RECONVERSION INDUSTRIAL

La sobrevaloración de la libra tras la vuelta de Gran Bretaña al patrón oro en 1925, fue la causa última de una serie de dificultades de la industria británica. La intensa competencia internacional por la venta de muchos productos industriales, a la que accedían nuevos países en mejores condiciones que Inglaterra, va a ocasionar un problema grave y continuado en la Gran Bretaña de los años 20: la crisis de sus industrias. La minería del carbón, primero, la industria textil más tarde y, finalmente, la siderurgia y la construcción naval atraviesan por difi-

cultades graves de muy distinto origen. El tratamiento de los problemas de la crisis industrial va a mostrarse como uno de los más difíciles, conflictivos y costosos, y en el que se registran más evasivas que compromisos por parte de políticos y economistas. Keynes no se evadió de comprometer sus opiniones en el espinoso tema de la reconversión industrial. La ocasión la iba a proporcionar la crisis de la industria textil de Lancashire en 1926. Esa crisis industrial había recibido un tratamiento que Keynes consideraba inadecuado y que era conse-

cuencia de su consideración como crisis transitoria y el estancamiento, por ese enfoque de sus problemas mediante la introducción de jornadas reducidas de trabajo, tendente a adaptar la capacidad instalada y la oferta a la caída temporal de la demanda. Este era para Keynes en 1927 un diagnóstico equivocado; existía una demanda mundial en expansión de los productos textiles de algodón (no una caída de demanda), expansión de la que no se beneficiaba Gran Bretaña por la falta de competitividad de sus costes y precios relativos. En otros términos: se trataba de una *crisis industrial* que debía tratarse por un proceso de reconversión. Un problema vivo de entonces y bien actual hoy. Ante esa circunstancia ¿cómo era posible que ni empresarios ni trabajadores dieran una respuesta que adaptase las condiciones de oferta y coste a la nueva situación de la demanda?, ¿«qué se ha hecho —se preguntaba Keynes— de la clase empresarial que era mo-



tivo de orgullo británico en otro tiempo?, ¿qué de los trabajadores, de cuya habilidad podíamos presumir?».

Estas preguntas de Keynes se consideraron ofensivas por los empresarios y los trabajadores británicos de la industria textil, quienes le invitaron a que se explicase en el centro de su actividad: en Manchester. Keynes aceptó el reto y compareció ante los indignados empresarios textiles integrantes del Comité General de la Federación. En la discusión, y tras un intercambio de explicaciones, Keynes planteó el problema en sus verdaderas dimensiones: toda reestructuración industrial supone una contracción organizada de la capacidad de producción necesaria para el reajuste de la oferta y los costes con la demanda. Esta contracción organizada es preferible a un abandono de los sectores a la acción de las normas puras del mercado que pueden finalizar en la quiebra de toda la industria. Pero ese ajuste contractivo necesita una disciplina sectorial que

Cree una unidad de reconversión —la Asociación de Hilados de Algodón en el caso del Lancashire— que obedezca a una política de precios mínimos, que concentre la producción en las líneas y explotaciones más viables y mejore su organización (racionalización), cerrando aquellas instalaciones sin posibilidades de competencia. Ese ajuste industrial debe ser precedido de un conocimiento a fondo de la situación del sector, que ha de realizarse por una auditoría inflexible en su aplicación a las distintas empresas y debe contar —una condición sobre la que Keynes insistió especialmente— con una financiación adecuada. El sistema financiero no puede zafarse de sus responsabilidades en este problema, pero esas responsabilidades reclaman una racionalización inflexible de la industria, interpretada por el órgano de reconversión. Esas recomendaciones son las únicas que permiten aconsejar la reconversión de la industria en un cuadro de competencia y libertad, y ciertamente no son

populares. Como Keynes afirmaría ante los algodoneiros de Manchester: «hoy me siento aquí en una posición muy delicada y poco envidiable. No soy algodoneiro. No soy orador profesional. El problema que afrontamos es amplio y difícil y para tratarlo sobran las sutilezas de un economista... porque no hay nada sensacional que proponer, sino tener el valor de actuar. No soy más que un individuo lo suficientemente intrépido o lo suficientemente tonto para ofrecerme al sacrificio y como tal, espero que me aceptéis... Hay que actuar sin demora en favor de una Asociación que racionalice la industria y esta actuación es obligación de todos, pues sin esa actuación de todo el sector, las cosas no podrán arreglarse». ¿No suenan a actuales estas afirmaciones keynesianas oídas en nuestros días desde un país como el nuestro que necesita y demora su proceso de reconversión industrial, cuyas condiciones y dificultades tan bien percibió Keynes hace más de medio siglo en Manchester?

Ante la gravedad de esta situación, Keynes juzgó necesario actuar con la máxima rapidez, transmitiendo sus preocupaciones y ofreciendo como siempre sus soluciones, que buscaban su inspiración en el *Treatise on Money*, incluso antes de publicarse en octubre de 1930.

#### La depresión de 1930 vista por Keynes en sus declaraciones a la prensa de Madrid

Quizás el mejor diagnóstico keynesiano de los problemas económicos a comienzos de 1930 se encuentre en sus declaraciones a la prensa española el 8 de junio de 1930, a las pocas horas de su llegada a Madrid. Los periodistas madrileños quedaron sorprendidos de la rapidez y claridad con las que Keynes les ofreció su diagnóstico de la situación económica. Hay que decir que ese diagnóstico no se había improvisado. Keynes lo había madurado en su pecu-

liar participación en los trabajos de la Comisión Macmillan, ante las que había desarrollado unas exposiciones detenidas (sus intervenciones se parecieron más a los diálogos de un seminario de Economía que a una declaración formal a una Comisión) de los problemas económicos planteados en las sesiones de 1930 (el 20, 21 y 28 de febrero y el 6 y 7 de marzo). Por otra parte, había expuesto su visión de la situación económica ante el Primer Ministro Ramsay MacDonald antes de constituirse, en enero de 1930, el «Economic Advisory Council». Leídos los extensos testimonios keynesianos en esos trabajos previos a su desplazamiento a Madrid, sus declaraciones a la prensa española constituyen un resumen excelente y cauto de sus puntos de vista.

Cinco son las afirmaciones que definen la posición de Keynes frente a la crisis económica cuando llegó a Madrid en 1930:

1.º La gravedad de la situación. Keynes reconoció en seguida que los hechos con los que

se iniciaba la nueva década del treinta eran, por su dimensión y por su acumulación, distintos a los que caracterizaron a otras depresiones del pasado. En sus declaraciones a *El Sol* el 8 de junio de 1930 afirmaría: «El mundo comienza a darse cuenta —desde hace algunas semanas sobre todo— de que estamos pasando por una de las mayores depresiones en la industria que se han conocido. El descenso en los precios es en todos los países uno de los más fuertes y rápidos, con la sola excepción quizás de 1921. Desde principios del presente año, el precio medio de los productos de consumo ha caído en un 12 por 100, y ciertos artículos, tales el cobre, el caucho, la plata, alcanzan su más baja cotización, mientras que otros vuelven a los precios de la anteguerra. En tales circunstancias, es inevitable que se produzca un gran retraimiento en los negocios. Las nuevas empresas se ven detenidas y retrasadas en todas partes del mundo y los comerciantes están sufriendo importantes pérdidas por doquier». Esa amplitud cuantitativa y subjetiva de la crisis en 1930 la hacía —como ha afirmado el profesor Rojo— cualitativamente diferente, porque la crisis de confianza sembrada por las pérdidas empresariales dificultaba —si es que no impedía— las posibilidades de una autorrecuperación.

2.º Esos factores críticos afectaban a *todas* las economías —y desde luego a la de Estados Unidos—: «Este retraimiento empresarial afecta igualmente a los Estados Unidos de Norteamérica; pero ocurre que en aquel país no parecen tomar la situación tan en serio como fuera menester. Y esto constituye, sin duda, un elemento peligroso. En la actualidad, en efecto, Wall Street se ilusiona con la esperanza de que ésta es una de tantas depresiones de menor cuantía, como ocurrió, por ejemplo, en 1924. Creo totalmente errónea semejante interpretación». Esa interpretación errónea estadounidense a la que se refería Keynes en sus declaraciones a *El Sol* y cuyas consecuencias temía, afectaba sobre todo a las autoridades del Sistema de la Reserva Federal que deberían evitar la tentación de aplicar una política monetaria restrictiva. Los temores de esa tentación insinuada por Keynes resultarían desgraciadamente proféticos. Las torpezas de la política monetaria de la Reserva Federal han sido analizadas exhaustivamente en la gran investigación que Milton Friedman y Anna Schwartz le han dedicado y cuyo signo externo más escandaloso es la reducción de la

oferta monetaria en un tercio de 1930 a 1933. Esa política acelera la crisis bancaria de 1930 y de la primavera de 1931, extendiendo un ambiente de deflación y de incertidumbre que, al hundir las expectativas empresariales, iba a envejecer en los años 31 y siguientes todas las soluciones imaginadas hasta entonces para corregir la situación económica, incluidas las que se contenían en el *Treatise on Money*, una obra que, al aparecer a finales de octubre de 1930, ya había sido rebasada, en muchos de sus supuestos, por la marcha acelerada de los acontecimientos.

3.º El reconocimiento de todos estos hechos hacía suicida cualquier pasividad. Esa consigna permanente a la acción que, según Elizabeth Johnson, caracterizó la vida de Keynes—el «no te quedes quieto, haz algo», como su divisa más acusada— tenía plena justificación en aquel momento. ¿Y, qué hacer? Keynes afirma a *El Sol*: Ante todo «el deber de las autoridades financieras en todo el mundo consiste, evidentemente, en acelerar ese retorno a la normalidad. Disponen para ello de varios medios a su alcance, pero los principales son el abaratamiento del crédito y una mayor facilidad en su concesión y el avenirse a hacer uso libre y amplio de sus reservas en oro, a la vez que a no tratar de atraer y atesorar oro cuando no lo necesiten verdaderamente. En mi opinión, en efecto, las causas de nuestras dificultades actuales son, sobre todo, de carácter monetario. Se deben a la política del «dinero caro», que en Europa, y hasta época reciente, ha venido acompañando la lucha para volver al patrón oro, y en los Estados Unidos, la lucha para controlar Wall Street. Estamos sufriendo actualmente las consecuencias de este hecho: que en 1929 el tipo de interés fue en todas partes excesivamente elevado».

Ese primer remedio keynesiano se deducía de la obra ultimada por Keynes —*Treatise on Money*— y aún no publicada cuando vino a Madrid («la tengo casi terminada —dirá Keynes a *El Sol*—. Puede decir que se publicará en otoño; todo lo más durante el mes de octubre —como así sucedió—. El motivo de tan larga demora es que se trata de un libro muy extenso que representa un trabajo considerable»). La elaboración del *Treatise on Money* había llevado a Keynes, efectivamente, mucho tiempo: cinco largos años empleados en un esfuerzo por

ir más allá de la teoría cuantitativa de Cambridge que había informado su pensamiento y sus propuestas en el *Tract on Monetary Reform*.

En esa evolución del pensamiento keynesiano desempeñaron un papel importante los intercambios de ideas con su antiguo discípulo Robertson, que entonces estaba elaborando su obra *Banking Policy and price level*, con frecuente intercambio de impresiones y en relación íntima con Keynes. Esta influencia fue decisiva para distinguir el acto de ahorro del de la inversión (tanto en sus motivos diversos como en sus intérpretes diferentes) y para destacar la importancia de los motivos reales en las oscilaciones de la actividad económica. También se señala con generalidad la influencia sobre la teoría económica de Keynes de las ideas de Wicksell, cuya obra fundamental, *Interés y Precios*, se tradujo al inglés gracias a la mediación del gran economista británico.

Sin embargo, esa variación no afectaba al fin instrumental de la política económica —que seguía siendo la estabilidad de precios— al que tenía que servir la política monetaria. Lo que se alteraba era el camino a través del cual Keynes pensaba que esos efectos de la política monetaria tenían que producirse. Keynes operó a través de lo que creía era la principal aportación del *Treatise on Money* —las ecuaciones fundamentales—, en cuya virtud las variaciones en el tipo de interés que debe pretender la política monetaria han de afectar a las decisiones de ahorro e inversión realizadas por grupos de sujetos diferentes y por motivaciones distintas. El tipo de interés al que son sensibles el ahorro y la inversión es el tipo de interés a *largo plazo*, sobre cuyas modificaciones ha de desplazarse la atención de la política monetaria mediante las necesarias y decididas operaciones de mercado abierto. Esta política monetaria en favor de menores tipos de interés a *largo plazo* para estimular las inversiones tropezaba con una limitación importante: «las complicaciones internacionales», puesto que si esa política no contara con la cooperación internacional, podía ocasionar efectos negativos en la balanza de pagos, al huir los capitales hacia aquellos países que no siguieran la reducción de los tipos de interés. De ahí que la cooperación internacional de los bancos centrales resultara una condición imprescindible para reducir conjuntamente los ti-

pos de interés a largo plazo. Sobre la necesidad de esa cooperación internacional para practicar la política monetaria necesitada por la situación de interdependencia de los tipos de interés, Keynes insistirá en el *Treatise on Money*: «Es la acción de los países prestamistas de todo el mundo la que determina, fundamentalmente, el tipo de interés del mercado y el volumen de inversión. Así, si los principales países cooperaran, podrían hacer mucho por evitar los más importantes desequilibrios de la inversión».

4.º ¿Eran éstos *todos* los remedios keynesianos? Desde luego, eran los más firmemente decididos y respaldados por él. Podía afirmarse que en la defensa de la reducción coordinada por la política monetaria de los tipos de interés a largo plazo coincidían su intuición y su teoría económicas. En los tipos de interés actuales —afirmaba Keynes— existe una clara resistencia a la demanda de crédito. Sin el estímulo directo de una disminución considerable del tipo de interés a largo plazo, no habrá nada que esperar. Esa actuación de la política monetaria constituye la vía para mejorar la situación. Los límites de esa actuación estaban también claros: no resultaba posible —y especialmente en Inglaterra, dada su interdependencia financiera con otros países— practicar una política monetaria independiente y despreocupada de reducción de tipos de interés, puesto que el abaratamiento del dinero en Londres podría llevar a una presión sobre la posición internacional de Gran Bretaña al originar una salida de fondos en busca de mejores colocaciones. Sólo un robustecimiento del superávit de la balanza de pagos concedería mayores grados de libertad a esta política decidida de reducción de los tipos de interés.

De esta manera, el análisis de las medidas de recuperación se desplazaba hacia el de la balanza de pagos, que Keynes había realizado con todo detenimiento en las sesiones del Comité Macmillan antes de su venida a Madrid, y cuyas conclusiones iba a redactar un año después, a mediados de 1931, al elaborar el Informe de la Minoría, firmado con otros cinco componentes del Comité y que se publicaría como Apéndice I al Informe general en noviembre de 1931.

La mejora del excedente de la balanza de pagos —afirmará Keynes— podría conseguirse:

a) Mejorando el saldo por cuenta corriente: *exportando más* (bien porque se reanime el comercio mundial, bien si reducimos los costes internos y hacemos a nuestros productos más competitivos, bien, finalmente, si estimulamos a las exportaciones concediéndoles ventajas especiales) e *importando menos* (bien reduciendo nuestros costes y precios, bien restringiéndolas por medidas protectoras).

b) El excedente de la balanza de pagos puede conseguirse también a través de la balanza de capitales, dirigiendo hacia el interior mayores inversiones, en vez de hacia otros países.

El examen exhaustivo de estas alternativas llevó a Keynes, después de muchos condicionamientos y limitaciones, a recomendar dos medidas —la defensa a corto plazo de un arancel de importación y de subvenciones a la exportación y la interferencia en el libre movimiento de las inversiones en el exterior— que iban contra manifestaciones profusamente difundidas de su pensamiento y sólidamente integradas en la política económica recibida hasta su tiempo. Ello explica que Keynes dedicase gran atención al análisis de las alternativas para exportar más o importar menos, distintas de la subvención o el arancel, y sólo cuando esas alternativas fueron descartadas entró a discutir la conveniencia de interferir el libre comercio. Las alternativas para mejorar la balanza de pagos eran la reanimación del comercio mundial, situada al margen de la decisión de la política económica interna, y una reducción de rentas (en la que desempeñaban el principal papel, aunque no el único, los sueldos y salarios), que disminuyesen, a su vez, los costes internos y mejorasen la competitividad de los productos británicos. Sobre este punto, Keynes mantuvo distintas valoraciones que siempre concluyeron, por diversos motivos, en la misma negación: la política de reducción de salarios no constituía en su tiempo una medida viable o eficaz para combatir el desempleo (*Vid.* recuadro bajo el título «Keynes y la política de salarios», que resume sus opiniones a este respecto). Si esa alternativa de reducir costes y precios internos no resultaba viable o eficaz, parecía indispensable comprobar hasta qué punto la interferencia en el comercio libre daba respuestas eficaces para fortalecer la presión exterior sobre la economía. Keynes partía de una afirmación fundamental: el argumento básico a favor de la libertad de

comercio, si los recursos productivos están plenamente ocupados, es irrefutable. No existe posibilidad entonces de aumentar la producción. En tal supuesto, un arancel/subvención lo que hará es *desviar* la producción hacia otros usos, no *aumentarla*. Ahora bien, si ese supuesto del pleno empleo no se da, ni es probable se dé durante algún tiempo, un arancel/subvención puede aumentar la producción y el empleo. Keynes examinó los pros y los contras de este argumento, concluyendo que unos derechos a la importación y desgravaciones a la exportación bien diseñados contribuirían a un aumento de la producción y el empleo, revitalizando la confianza de las empresas y aliviando la situación del presupuesto estatal.

La situación de la balanza de pagos puede mejorarse también por la interferencia en las inversiones o préstamos al exterior a través de una política fiscal beligerante, medida que suponía variar un comportamiento tradicional de Inglaterra, e iba a recibir, como su defensa de la producción, ácidas críticas.

A ambas medidas se referirá Keynes en sus declaraciones en Madrid, pero en un tono y con unas matizaciones que diferencian claramente estas propuestas de la reducción coordinada de los tipos de interés. Respecto de su negación del principio de libertad de comercio, Keynes es consciente de su impacto, y aún podría decirse, del escándalo público causado por esa negación: «Defender la protección, —afirmará a *El Sol*— es un tema delicado para quien ha sido toda la vida librecambista decidido. Mas no por ello dejo de reconocer que el desarrollo adquirido por la opinión moderadamente proteccionista durante los últimos meses y en todos los sectores es francamente asombroso. Las posibilidades de llegar a una medida proteccionista de carácter general en la Gran Bretaña son hoy mayores que en ninguna época que yo pueda recordar. Dejando por un momento de hablar muy en serio, hay ratos en que imagino que la cuestión decisiva en las próximas elecciones inglesas será esta del proteccionismo... con los tres partidos a favor. Pero volviendo a la formalidad, ocurre que las desventajas del proteccionismo son del orden que los economistas suelen llamar "a largo plazo". Y no cabe duda de que esas desventajas son hoy las mismas de siempre. En cambio, es innegable que en plazo inmediato, un arancel mo-

derado y sensato podría ofrecer ventajas importantes».

Ante la pregunta de si esa defensa no entrañaría el riesgo de rebajar el nivel general de vida, singularmente el de las clases trabajadoras, Keynes respondió rotundamente: «La medida puede adoptarse sin rebajar el nivel de vida, teniendo en cuenta el alivio y la mejora que supondría en la cuestión del paro».

Por otra parte, Keynes también indica, en sus declaraciones de Madrid, que los préstamos e inversiones británicos en el exterior tienen que moderarse en beneficio de su inversión en el interior: «es preciso retener dentro del país una proporción algo mayor que en el pasado de nuestros ahorros anuales», una idea que Keynes había expuesto rotundamente en un artículo en *The Nation* en 1924 y en su intervención en la Escuela liberal de verano del mismo año.

En esa posición se iba a reafirmar Keynes a su vuelta de Madrid a Inglaterra en dos documentos importantes: el Informe de la Minoría del Comité Macmillan y el Informe del Comité de Economistas, concluido en el mes de octubre del 30, a cuyo contenido y a las importantes incidencias que rodearon a su redacción nos referiremos más adelante. Baste adelantar aquí que el Keynes contrario a la libertad de comercio les gustó muy poco a los jóvenes economistas británicos de aquel entonces. Dos muestras representativas de este disgusto las ofrecen los testimonios de Lionel Robbins (que calificaría esa posición de Keynes como «triste aberración de una mente noble») y Roy F. Harrod («Keynes me dijo que nos iba a hablar en Oxford en favor de un arancel proteccionista. Bajé la cabeza y pronuncié unas palabras de desaprobación..., por fin cambió de tema»).

5.º Las declaraciones de Keynes en Madrid sobre las medidas frente a la crisis terminan aquí. Es inútil buscar más propuestas de las que se contienen en la política monetaria, la cooperación de los bancos centrales para su práctica, la protección a las importaciones, la subvención a las exportaciones y la desviación hacia el interior de las inversiones internacionales. Sin embargo, si se atendía a las opiniones anteriores de Keynes y a sus declaraciones, meses antes de su venida a Madrid, al Comité Macmillan, existe un silencio elocuente y poco explicable: *la inversión en obras públicas* como

remedio del desempleo. Una medida que iba a discutirse extensamente en las propuestas de Keynes de esta época.

#### La política de obras públicas en las propuestas de Keynes

**L**a política de obras públicas se propugna por Keynes en esta etapa tanto en sus escritos académicos como en sus ejercicios de persuasión política (bien sea en sus tareas de asesoramiento o en sus trabajos periodísticos). En su obra teórica, la política de obras públicas ocupa en esta etapa un lugar subordinado. Se trata de una última medida que se propugna como tal. El *Treatise on Money* así la situaría: «Finalmente, un país puede conseguir un tratamiento eficiente del paro si la reducción del tipo de interés provocara una salida de oro. Las autoridades públicas, en este caso, deben estar dispuestas, no ya a prestar, sino a pedir prestado. En otras palabras, el Gobierno debe promover, por sí mismo, un programa de inversión interior... Respecto de la aplicación de estas medidas a la posición del Reino Unido en 1929-30, he escrito extensamente en otro lugar y no voy a desarrollar más esos argumentos aquí».

Dos son las ideas contenidas en estas afirmaciones: 1.º Que cuando las alternativas de la política monetaria se cierran, cuando es imposible llevar a cabo una reducción del tipo de interés, entonces, pero *solo entonces*, las obras públicas aparecen en ayuda de la política de desempleo. 2.º Que esa medida ya se había propugnado por Keynes *antes*. Ese alegato era, en efecto, antiguo en los escritos *políticos* de Keynes. Se formuló por extenso en el trabajo de Keynes (escrito en colaboración con Henderson) en apoyo de la política de obras públicas de Lloyd George de 1929: «¿Puede hacerlo Lloyd George?» Y esa misma alternativa keynesiana a la política de gasto público está expuesta mucho antes incluso, en sus comentarios a un artículo de Lloyd George en *The Nation* en 1924. A esa fecha retrotrae Harrod la defensa de Keynes de la inversión pública como medida de lucha contra el desempleo. Esa defensa de *antes* de los programas de obras públicas en escritos políticos de Keynes es mucho

## KEYNES Y LA POLITICA DE SALARIOS

Las tres obras fundamentales de Keynes se publicaron entre 1923 y 1936: El *Tract on Monetary Reform* (1923), el *Treatise on Money* (1930) y la *General Theory* (1936). Las tres difieren entre sí notablemente por su forma y por su fin. Pero coinciden en atribuir una importancia decisiva a un problema: la estabilización de una economía con pleno empleo. Evitar la inflación y el desempleo son los dos grandes objetivos que Keynes tiene presentes a lo largo de esa saga de sus tres grandes obras que constituye su aportación fundamental como economista. Existe también otra coincidencia: en ninguna de esas tres obras defendió Keynes una política de reducción de salarios monetarios para combatir el desempleo. Para conseguir ese objetivo, el *Tract on Monetary Reform* y el *Treatise on Money* defendieron la política monetaria; la *General Theory* añadía como necesaria además la política fiscal. Tal es la conclusión con la que habitualmente se presentan las aportaciones keynesianas.

Existen, sin embargo, en la negativa de Keynes a considerar la reducción de los salarios monetarios como medida frente al desempleo, importantes diferencias entre el *Tract on Monetary Reform* y el *Treatise on Money*, de una parte, y la *General Theory* de otra, que es preciso matizar con algún cuidado. En las primeras obras Keynes, al analizar la reducción de los salarios, afirmaba que esa reducción disminuiría los costes de producción, aumentando, por tanto, los beneficios e incentivando así una mayor producción y más empleo. Ahora bien, al proponerse esa alternativa no podían olvidarse las enormes dificultades de su aplicación en el mundo real,

gobernado como estaba por la gran rigidez opuesta a cualquier intento de reducción de los salarios monetarios. Ello no significa que Keynes no lamentase este comportamiento y que no lo considerase como una de las causas que hacían más difícil la política de ocupación. Lo que sucedía era que para afrontar el problema inmediato de un gran hundimiento internacional existente en 1930 —en la producción, en los precios y en las expectativas empresariales— sería ineficaz intentar reducir rápidamente los costes internos por medidas que actuasen sobre los salarios, en vez de aplicar medidas de política monetaria que restableciesen el equilibrio al *actual* nivel de costes y precios relativos. En definitiva, la diferencia entre estas dos estrategias —política de salarios y política monetaria— suponía elegir la considerada como más adecuada para corregir entonces (1930) los males de la economía. Y Keynes eligió (por esas razones prácticas) a la política monetaria, si bien su objetivo era el tipo de interés a *corto* en el *Tract* y a *largo* en el *Treatise*.

En la *General Theory* la posición de Keynes frente a la reducción de los salarios como remedio del desempleo varía: no es ya sólo una discrepancia de enfoque de los *hechos* (viabilidad o no de la reducción salarial en la vida cotidiana), sino también una diferencia de *método* (forma de considerar dentro de la teoría los efectos de una reducción de salarios). Por este motivo, Keynes estudia ese problema *después* de exponer su teoría de la demanda efectiva, en la que lo sitúa. Una reducción de salarios monetarios equivalía para Keynes a un aumento en

la cantidad de dinero en términos *reales* (pues con ella se dispondría de la misma cantidad de dinero y de menores salarios monetarios y precios). El aumento de la cantidad de dinero provocaría reducciones en los tipos de interés que podrían aumentar la inversión y, con ella, la producción y el empleo. Pero ese camino *indirecto* de transmisión de efectos puede perder sus virtudes en el recorrido, ya que el aumento en la cantidad de dinero en términos *reales*, puede no disminuir los tipos de interés (si aumenta la preferencia por la liquidez) y si esto no sucediera, y los tipos de interés bajarán, puede ocurrir que las expectativas empresariales estén tan deprimidas que la inversión no aumente, aún con tipos de interés menores. No hay, pues, automatismo alguno que garantice por esta vía el restablecimiento del empleo: «no existen razones para mantener la creencia de que una política de salarios flexible sea capaz de mantener una situación continuada de pleno empleo», concluye Keynes. Dificultad que se ve aumentada en el caso de una depresión, en la que la caída de las expectativas empresariales puede ser de tales proporciones que para restablecer la ocupación se precisen reducciones muy considerables de salarios que podrían afectar, hundiéndolas más aún, a las expectativas de los empresarios, originándose de esta manera una situación crónica y acumulativa de desempleo. En tales circunstancias, sólo una actuación vigorosa del Estado podría conseguir que la demanda efectiva reaccionase y restableciera una mejor situación de la economía capaz de elevar la ocupación.

Ese enfoque keynesiano de los salarios en una economía en depresión y paro crónico difiere de la situación en la que una economía sufre *shocks* de oferta ocasionados por elevaciones súbitas, intensas e impuestas del precio de la energía o materias primas. En esas condiciones, si los trabajadores defienden sus salarios *reales* (y mucho más aún, si tratan de aumentarlos) en términos de su capacidad adquisitiva (determinada

por los precios de los bienes de consumo) mientras la renta real del país disminuye por el encarecimiento de la energía o de las materias primas importadas, se producirá un desplazamiento de las pérdidas hacia las rentas y los rendimientos del capital. Esa actitud defensiva ocasionará un

paro clásico que Keynes no analizó y que se debería a la existencia de unos salarios reales situados a un nivel que la demanda de trabajo no puede atender. En esta situación, sólo una reducción de los salarios reales podría mejorar el nivel de empleo. Es el reconocimiento de

esta dura realidad lo que se contiene en la dramática solicitud de los economistas post-keynesianos actuales en favor de una política de rentas o de cualquier otra alternativa capaz de corregir el paro debido a aumentos en los salarios reales, ocasionados por *shocks* de la oferta.

más decidida, menos condicionada que la que se contiene en *Treatise on Money*. Hay incluso quien ha hablado, como Don Patinkin, de la existencia de dos personalidades diferentes: el Keynes político, que propugna la política de obras públicas en 1929, como alternativa principal de expansión económica, y el Keynes académico, cuyo mensaje principal es llamar la atención sobre los deberes de la política monetaria para reducir el tipo de interés a largo plazo y restablecer el equilibrio entre ahorro e inversión interna, sin que el gasto en obras públicas se alegue más que como caso o medida especial y final. El Keynes académico es el que cree haber encontrado una explicación definitiva de la realidad de su tiempo en el modelo del *Treatise on Money* en que se fundamentan sus recomendaciones de política monetaria. El caso especial de las obras públicas entra en el *Treatise on Money* no como lo haría después en la *General Theory* (es decir, como componente de la inversión pública para aumentar el gasto nacional, la producción y el empleo), sino como un caso particular de la aplicación de la política monetaria. Moggridge y Howson han acentuado esta utilización de las obras públicas, en el Keynes del *Treatise on Money*, como un artificio para la reducción del tipo de interés. Al utilizar los fondos para las obras públicas, el Estado aparece como un prestatario nacional al que se le aplica un tipo de interés discriminado y más bajo que el dominante en el exterior.

En 1931 aparece el Informe de la Minoría del Comité Macmillan, que Keynes redacta y que contiene un alegato ordenado —quizás lo mejor del documento— en favor de las obras públicas. En él Keynes contesta punto por punto a las objeciones formuladas en la Comisión por

el representante del Tesoro, Richard Hopkins, contra la política de obras públicas y que había protagonizado una discusión con Keynes que apasionó al presidente de la Comisión, el abogado Lord Macmillan. Keynes en el documento del Informe acentuaba, en primer término, «el error de la afirmación de que existe un fondo fijo de préstamos que puede financiar las inversiones y que se encuentra en todas las circunstancias totalmente empleado, o que la cantidad de ahorro del público se corresponde exactamente siempre con la cantidad de nuevas inversiones realizadas». La validez de ese enfoque que el Tesoro británico pareció defender en otra época, había sido negada en la comparecencia de Richard Hopkins ante el Comité, al que Keynes había arrancado hábilmente el taxativo reconocimiento de que «esa postura no la sostenía ya el Tesoro en los momentos actuales». Por otra parte, resultaba equivocado también creer que esa inversión pública, si se elige adecuadamente, puede competir —en una economía con recursos ociosos— con la inversión privada. Tampoco es razonable suponer que la mayor inversión pública —en una etapa depresiva— puede elevar los precios. La tercera objeción que Keynes rechaza es que la inversión pública suponga una carga adicional de importaciones que afecte al equilibrio exterior, ya que ese alegato puede hacerse para todo aumento de la producción y el empleo y no es una objeción específica para las obras públicas. La objeción tiene validez para no olvidar en todo programa de recuperación los problemas del sector exterior, que pueden y deben tratarse por otras medidas. También es rechazable afirmar —como se había hecho— que el aumento de la inversión pública produciría elevaciones desalentadoras de la presión fiscal, ya que si la producción se eleva y el empleo con ella, habrá

que restar del gasto público los subsidios ahorrados al desempleo y habrá que sumar a los ingresos la mayor recaudación impositiva obtenida, con los mismos gravámenes, de una producción mayor. Una última objeción considerada por Keynes es que las nuevas emisiones de deuda para financiar la inversión pública retrasan la reducción esperada de los tipos de interés; reducción conveniente para el Tesoro británico, en aquel entonces, para convertir su Deuda de guerra. Esa objeción no tiene para Keynes fundamento, pues nada prueba que el tipo de interés vaya a bajar si no se realizaran las nuevas inversiones públicas.

Toda esa argumentación keynesiana fortalecía la oportunidad de la inversión en obras públicas, como medida para la recuperación al debilitar los argumentos que se habían opuesto a ella. Pero Keynes era consciente de que el gran problema de la inversión pública empezaba donde terminaban esas objeciones; esto es, la cuestión era: ¿cómo disponer de planes de inversión pública eficientes, de cuantía significativa y de rápida realización? La respuesta a esta pregunta será crecientemente compleja porque «es probable que durante algún tiempo no nos abandone el problema de encontrar un destino adecuado a una parte sustancial del ahorro corriente». Por este motivo Keynes repasaba las direcciones en que podría discurrir productiva y eficazmente la inversión pública en la Inglaterra de su tiempo (la reconversión de la industria, la reconstrucción de ciudades y centros industriales, la electrificación del sistema ferroviario, constituían otros tantos ejemplos que probaban que era posible encontrar destinos a su propuesta).

Al final del Informe de la Minoría, Keynes, convencido de la validez de su argumentación y de la base de la defensa de la inversión pública interna como remedio al desempleo, afirmaba: «La objeción básica a estas medidas, en quienes no están de acuerdo con ellas, discurre en un plano conceptual distinto. Los objetores consideran que todos estos medios son demoras temporales que nos permiten posponer el problema, que más pronto o más tarde tendremos que abordar: que nuestros costes de producción son demasiado elevados respecto de los exteriores y que debemos reducirlos».

### La Comisión de Economistas y el Informe sobre la situación inglesa

---

**E**sta afirmación no se realizó por Keynes sin motivos. Constituía en realidad la conclusión de la aguda controversia que tuvo lugar en el seno de la Comisión de Economistas que, a propuesta del propio Keynes, había constituido Mac Donald en el verano de 1930 y que había entregado su informe en octubre de 1930, casi un año antes de que se ultimase el Informe de la Minoría del Comité Macmillan (el final de esta tarea discurre en mayo de 1931, según cuenta una carta de Keynes a Kahn). Los trabajos de la Comisión de Economistas creo que sirvieron para perfilar las nuevas ideas de Keynes y para mostrar su diferencia —y abierta oposición en algunos casos— con las de su viejo maestro de Cambridge, Pigou, y con el enfoque dominante en la London School, que llevaría a la Comisión de Economistas Lionel Robbins.

La idea de que un Comité de Economistas ofreciese un diagnóstico de la situación de Gran Bretaña en los comienzos de la nueva década de los treinta le fue ofrecida al Primer Ministro, Ramsay MacDonald, por Keynes en una de las primeras reuniones del «Economic Advisory Council» que —para su asesoramiento— se había constituido el 17 de febrero de 1930. Tras algunas vacilaciones, MacDonald aceptó la propuesta y se seleccionaron los economistas del Comité. Keynes había propuesto a Stamp, Pigou, Henderson, Robbins, Clay y D. H. Robertson. Estos dos últimos no fueron aceptados y el Comité funcionó con los cuatro primeros más Keynes como presidente y R. F. Kahn como secretario. Formular bien las preguntas que el Comité debería contestar era para Keynes el primer trabajo (al que concedió gran importancia —como hacía en otras ocasiones— siguiendo las enseñanzas de Moore, que obligó a todos sus discípulos a atribuir una prioridad absoluta a la buena formulación de las preguntas y a la utilización de un lenguaje preciso al contestarlas). Ese primer requisito lo cumplió Keynes con su rapidez y eficacia acostumbradas. Las preguntas que deberían responderse eran:

«1. ¿De qué modo:

a) el empleo británico;

- b) los precios británicos;
- c) los salarios británicos;

quedarían afectados:

- 1) por un aumento de inversiones:
  - a) en todo el mundo;
  - b) en Gran Bretaña;
- 2) por un arancel;
- 3) por una reducción de los salarios monetarios británicos:
  - a) de carácter general;
  - b) en las industrias que satisfacen remuneraciones relativamente altas?

2. ¿Hasta qué extremo son demasiado altos (en orden de magnitud):

- a) los salarios reales;
- b) los salarios monetarios según el nivel existente de los precios mundiales?

¿Cómo calcula Vd. el aumento:

- a) de los salarios reales;
- b) de la productividad *per cápita* desde 1910-14?

Si su estimación del exceso de salarios reales es mayor que su estimación del aumento de salarios reales por unidad de producto, ¿cómo explica Vd. tal cosa?»

Un cuestionario que Keynes había contestado ya y cuyas principales respuestas contaban entonces con la fundamentación teórica del *Treatise on Money*. Cuando se lee el Informe que la Comisión de Economistas entregó el 20 de octubre de 1930 al Consejo, las distintas posturas y recomendaciones de sus miembros no revelan —con la excepción de Robbins— las profundas diferencias de opinión que se manifestaron en polémicas continuadas con distintos escenarios: en la residencia de Stamp, en Londres y en el King's College de Cambridge. La disparidad fundamental con las ideas keynesianas provenía de la posición de Lionel Robbins, entonces un joven economista de 32 años, discípulo y admirador de Hayek y los austríacos que enfocaban los problemas de la crisis desde las teorías de la sobre-inversión, reclamando en consecuencia que las fuerzas cura-

tivas de la propia crisis cancelaran las inversiones erróneas y que el sistema económico, liberado de las rigideces que ocasionaban su ineficiencia, restableciese la situación. El informe de Robbins, aceptando el diagnóstico de la situación, difería en los remedios. En especial, el estímulo de las inversiones, la política de obras públicas, de nada servirían si la flexibilidad del sistema económico no se restablece; más bien esas medidas constituyen «ayudas a la resistencia de la sociedad a obedecer los buenos avisos del mercado». Sus diferencias eran aún mayores con las propuestas de Keynes tendentes a interferir el comercio y la financiación exteriores. Todo ello le llevó a su Informe minoritario («¿hay precedentes —preguntó Keynes— de un informe de minoría suscrito por un solo miembro?») Ciertamente no lo había hasta entonces en la tradición británica. Robbins rompió esta tradición).

Las discrepancias de Pigou con los razonamientos de Keynes tomaron una dirección menos frontal que la de Robbins. «La rigidez de salarios y el *desajuste* entre la demanda y el precio (salario *real*) que podía pagarse y el que se exigía, originaban el desempleo. Por esos motivos, los artificios monetarios sólo contribuirían a aumentar el empleo si afectaban a los salarios reales o a la productividad de la mano de obra. La aplicación de medidas de política monetaria sólo si logra un descenso de los salarios reales, eliminará el desempleo». A corto plazo, el desempleo era consecuencia de rigideces u obstrucciones al funcionamiento del mercado, lo que sostenía los salarios a un nivel incompatible con el pleno empleo. Dada esa situación, todas las medidas que indirectamente puedan conseguir la reducción de los salarios reales —que es imposible de lograr directamente afectando a los salarios monetarios— deberían defenderse. De ahí su aceptación final de los subsidios a los salarios o su aceptación, con ese propósito de disminuir los salarios reales, de la política monetaria y la de obras públicas (por motivos, por tanto, muy distintos de los de Keynes).

Quizás la mayor sorpresa de las posiciones de los economistas en las discusiones del Comité, la ofrezca Henderson —cuya antigua colaboración con Keynes (*Can Lloyd George do it?*) parecía insinuar un entendimiento inicial. No ocurrió así. Sus diferencias comenzaron un

mes antes de la venida de Keynes a Madrid. En mayo de 1930 Henderson había indicado a Keynes que la política de obras públicas tenía mucho de recomendación académica, distante del realismo administrativo al que siempre habían respondido las propuestas keynesianas. No hay programas locales disponibles para invertir. Es inviable y utópico ofrecer fondos a las autoridades locales, no pueden ni saben gastarlos. En segundo lugar, más inversión pública equivale a agravar el ya grave problema presupuestario. Henderson estaba aterrado por el coste creciente del subsidio de desempleo, por la caída de ingresos por impuestos por la menor producción. Si se añadía la carga de la deuda por las obras públicas, «¿no estaremos arruinando al país por una gran ilusión?» Henderson trató de superar estas preocupaciones insistiendo en una propuesta que trataba de obviar ambos peligros, la de dirigir las inversiones hacia un sector con capacidad y necesidad de absorción: la reconversión de la industria, creando un Fondo de Reorganización Industrial que se nutriría con un arancel del 10 por 100. Propuesta que anticipó al Gabinete y éste no consideró pertinente en su reunión del 4 de junio.

Las discusiones posteriores de Henderson y Keynes testimonian la desmoralización creciente del primero ante la marcha de los acontecimientos y la resistencia de Keynes a asustarse por la adopción de las respuestas racionales que reclamaba el tratamiento del desempleo. Para Henderson las caídas de precios, el empeoramiento de las expectativas empresariales, la apremiante situación presupuestaria, los abusos del gasto público (en especial del subsidio de desempleo), las caídas en los ingresos previstos por impuestos le parecían abrumadoras dificultades que no acertaban a disipar los remedios keynesianos, que le parecían insuficientes y desenfocados: «Creo —afirmaba— que el borrador del Informe, bajo el ropaje de refinamientos complicados, elude la verdad desnuda de la situación que está en el fondo de su diagnóstico; concretamente, que a la vista del cariz que están adoptando los precios mundiales y de las escasísimas posibilidades de una sustancial recuperación, a la vista del hecho de que antes de que se iniciase el hundimiento de los precios, nuestros costes no resultaban ya adecuadamente competitivos, y de que, incluso entonces, hacíamos frente al peligro de una con-

tinua erosión de nuestro comercio de exportación, a la vista de la abrumadora probabilidad de que ahora hagamos frente a una competencia internacional más feroz con unos precios reducidos, y a la vista —por último— de la situación inestable a que hemos llegado en lo tocante a finanzas públicas y a crédito público, no tenemos más alternativa que hacer frente a la situación con las necesarias, reaccionarias y desagradables medidas de reducir los costes (incluyendo salarios) de la industria y reducir los gastos en los proyectos públicos... Lo que digo es la verdad desnuda, tan desnuda como un poste. Indudablemente, resulta en extremo desagradable. Además, esa conclusión es la moraleja derivada por el empresario ordinario, conservador e iletrado, y algunos pueden encontrarla más desagradable de admitir que el propio empresario».

Fue a esas objeciones de Henderson a las que Keynes se refería al redactar en mayo de 1931 el Informe de la Minoría del Comité Macmillan tratando de afirmar, frente a los temores depresivos de Henderson, la validez y la valentía de un diagnóstico sobre el desempleo. Un diagnóstico basado en lo que se ha llamado el «caso especial» del *Treatise on Money*: reducción del tipo de interés a largo plazo y si la interdependencia económica hacía prohibitiva la baja de los tipos de interés, debería actuarse con programas de inversión en obras públicas asistidos por medidas que actuaran sobre la balanza de pagos para reforzar la posición exterior. Es esa la política que Keynes defiende en sus declaraciones al Comité Macmillan, en el Informe de la Minoría de este Comité, en el Comité de Economistas, en la crítica al Comité May sobre reducción de gasto público, en sus observaciones al presupuesto restrictivo de Mac Donald para 1931 y en sus múltiples trabajos de persuasión pública que aparecen entre 1930 y los nueve primeros meses de 1931. Cuando, por el contrario, no existan en un país complicaciones internacionales derivadas de la reducción de tipos de interés a largo plazo, estaríamos en el «caso general» del *Treatise on Money* y bastaría con la política monetaria.

En mayo de 1931 Keynes viaja a Estados Unidos para pronunciar una conferencia en la Harris Foundation. Su postura se decanta, ahora, del lado del «caso general» del *Treatise on Money*,

## LA COMISION DE ECONOMISTAS Y LA POSICION DE ROBBINS

Las deliberaciones de la Comisión de Economistas constituida en 1930 y las discusiones que en ella tuvieron

lugar figuran entre las más interesantes de su época y las más aleccionadoras para comprender las res-



puestas que la profesión daba a la crisis. Keynes había adoptado una actitud dramática frente a los problemas planteados, cuya gravedad y *novedad* respecto a situaciones anteriores denunció abiertamente en Madrid. Cabía, claro está, tomar otras posiciones y contemplar los hechos con la tranquilidad que lo hacia Schumpeter desde la teoría austríaca de la crisis económica: «Nos enfrentamos con problemas que el mundo ha abordado ya en otras ocasiones. En todos los casos el restablecimiento vino por sí mismo.» Esa conclusión, que tenía sus premisas en las teorías austríacas de la sobreinversión, de las que eran principales exponentes Hayek y von Mises, fue la que el entonces joven Lionel Robbins llevó al seno de la Comisión: «para mí ese nombramiento —cuenta en su autobiografía— fue una gran distinción. Era el profesor más joven de Economía del país. Y me invitaba un gran hombre (Keynes) a participar en una empresa en la que tendría la oportunidad de colaborar con otros miembros bien distinguidos. Acepté encantado». Robbins chocó pronto con Keynes. No aceptó que el borrador con las preguntas que la Comisión debería contestar lo redactase R. F. Kahn. Quiso tener un guión propio.

Tras muchos esfuerzos, y gracias a la autoridad y a la habilidad de Keynes, se llegó a un acuerdo en el diagnóstico de la situación. Pero los remedios eran radicalmente distintos en dos puntos: Robbins negó que fuera necesario un incremento en el gasto público durante la depresión y mantuvo la necesidad de practicar un comercio libre, sin las veleidades proteccionistas de Keynes.

Para defender el primer punto, Robbins se apoyó en las teorías austríacas de la sobreinversión que Hayek exponía entonces en la London School. La responsabilidad de la crisis residía en las distorsiones y desequilibrios creados por el auge anterior, unas distorsiones cuya corrección se encomendaba al mercado. Sin esa depuración de los errores del auge no habría recupe-

ración. Todo lo que había que hacer era oponerse a que cualquier estímulo alargase los errores. Y Keynes parecía proponerlo con la política monetaria y las obras públicas. Robbins en su *Autobiografía* confiesa, con un valor y una honestidad que acreditan su gran personalidad: «pienso que entonces estaba equivocado. Esa explicación a lo que sucedía en los años 30 me parece hoy desalentadora. Al margen de cuales fueron los factores que generaron el auge anterior a 1929, sus secuelas en forma de unas inversiones inadecuadas, estimuladas por unas expectativas erróneas, se vieron completamente aniquiladas por unas fuerzas devastadoras que, en forma de una deflación sin precedentes, barrieron cualquier elemento de constancia que hubiera podido ofrecer un marco para una explicación conforme a mi enfoque. La teoría era inadecuada a los hechos... Aun suponiendo que el primitivo diagnóstico de la excesiva facilidad financiera como origen de las inadecuadas inversiones fuese correcto...

tratar lo que después ocurrió del modo que a mí entonces me pareció válido, resultaba tan inadecuado como privar de mantas y estimulantes al borracho que ha caído en una laguna helada, alegando que su problema original era un exceso de calor. Siempre he considerado este aspecto de mi polémica con Keynes como el mayor error de mi carrera profesional, y el libro *The Great Depression*, que escribí poco después, en parte como justificación de mi actitud, es algo que deseo olvidar».

En el segundo punto de la discrepancia Robbins-Keynes, la libertad de comercio, el tiempo parece haber dado la razón al joven profesor de la London School. Keynes, concede Robbins, tenía justificación en un punto: la vuelta al patrón oro con una paridad inapropiada (uno de los errores económicos en cuya calificación y gravedad coinciden todos los economistas de derecha

e izquierda y que cometió un político tan importante como Churchill). Keynes proponía una operación que anulase esa revaluación equivocada de la libra con un arancel a la importación más una subvención a las exportaciones, no protectores, sino simplemente fiscales. Robbins afirmaba que esta operación iniciaría un proceso proteccionista que nadie detendría después. Esta profecía se cumplió. Los hechos probaron hasta qué punto la interferencia con el comercio libre, con intervenciones favorables al mismo de Keynes, empobrecería al mundo por una extensión sucesiva y continua del proteccionismo. «Creo que negarse a aceptar los hechos ineludibles de la interdependencia internacional por torpes medidas protectoras nacionales fue una triste aberración de una mente noble como la de Keynes... Me alegro de haberme opuesto a Keynes en el tema de las restricciones comerciales y siento haberlo hecho en el caso de los estímulos financieros.»

esto es: concentrarse sobre el tipo de interés a largo plazo y el ajuste de la oferta de crédito para las necesidades de la economía y ello por la mayor libertad de que disponía la Reserva Federal, dada la pequeña dimensión relativa del sector exterior americano y la adecuación del tipo de cambio frente al Banco de Inglaterra, dominado por una situación opuesta.

#### La crisis bancaria europea de 1931 y el abandono del patrón oro por Gran Bretaña, caminos hacia la «General Theory»

**A** medida que avanzaba el año 1931, se fue complicando la situación económica: la crisis bancaria en Austria (quiebra del Creditanstalt) y Alemania (quiebra de la banca Danat) precede a la decisión de Inglaterra de abandonar el patrón oro el 21 de septiembre de 1931. Esta fecha señala un cambio en la posición de Keynes, ya que el tipo de cambio de la libra podía ajustarse, sin las limitaciones anteriores, convirtiéndose

así Inglaterra en un país al que se podía incluir en el «caso general» del *Treatise on Money*, con el dinero barato como solución, sin necesidad de la ayuda de la política de obras públicas y la política comercial, características del «caso especial», anteriormente vigente. Keynes retira, en consecuencia, el consejo anterior: ni las obras públicas ni el arancel son cuestiones inmediatas, es la reconstrucción del sistema monetario la que necesita atención, para cuya ordenación Keynes redactó un Memorándum. Los consejos de Keynes se escucharon por el Tesoro y el Primer Ministro, que nombraron a Keynes miembro de la Comisión Asesora de Cuestiones Financieras, alimentando las ideas de Keynes la larga fase de la política de dinero barato vigente en los años siguientes. En ese Memorándum, Keynes sugirió la conveniencia de una conferencia de las naciones que, bien habían ligado sus monedas a la libra esterlina durante el régimen de patrón oro anterior a 1931, o bien habían seguido a la libra esterlina en su abandono del patrón oro, con objeto de que pudieran adoptar, entre ellas, el patrón in-

ternacional que Keynes había defendido en el *Treatise on Money*. El patrón mercancías, definido en términos de los precios de 60 productos intercambiados en el comercio internacional, se dirigía de forma que se recuperaran los precios de esos productos a su nivel de 1929. Ese patrón-mercancías no eliminaba el conflicto entre estabilidad externa e interior, ya que el tipo de cambio elegido para la esterlina podría ser distinto de aquel que favoreciera más los intereses británicos a corto plazo. Sin embargo, la diferencia en los tipos de cambio no sería grande y la esperada prosperidad de las naciones asociadas estimularía las exportaciones británicas.

Esta discusión del patrón monetario y la escuchada recomendación de los bajos tipos de interés borraron momentáneamente de la escena los elementos del «caso especial» del *Treatise on Money* —las obras públicas y la política comercial—. El tipo de interés, presionado por la política monetaria, registra en esta etapa su desplome espectacular, como prueban los gráficos 1 y 2 que se han presentado anteriormente. Sin embargo, esos mismos gráficos hablan con elocuencia de sus negativos efectos sobre el nivel de empleo: un 20 por 100 de la población activa estaba parada a finales de 1932. Esos hechos, tipos de interés menguante y paro creciente —siempre los hechos que Keynes conocía tan bien—, producen un nuevo cambio en sus ideas y propuestas.

#### La economía de la depresión: propuestas políticas y teóricas keynesianas

**E**l cambio se registra en dos ambientes distintos y relacionados en la vida de Keynes: el asesoramiento político y el trabajo académico.

Las ideas económicas de Keynes persuaden a la opinión de los políticos —de 1932 a 1939—, desde la Comisión de Información Económica del Consejo Asesor de Economía, en la que trabaja con Stamp, Henderson, Robertson (a partir de 1935) y con los representantes del Tesoro. La lectura de las obras completas de Keynes y la sugerente interpretación del ensayo de Howson y Winch, al que me referí anteriormente, permite comprobar el papel dominante de las ideas keynesianas. En los Informes de esa Comisión se perfila una nueva defensa por Key-

nes de la política de obras públicas que se manifiesta públicamente en tres sonados artículos en *The Times*, recogidos, posteriormente, en su ensayo *The Means to Prosperity* (1933). Aquí la postura de Keynes en favor de la inversión pública dejaría de ser anglocéntrica para convertirse en general. La inversión pública, en el estado al que habían llegado las expectativas empresariales, era la respuesta eficiente a la situación: «Es improbable —afirmaba Keynes— que la empresa privada vaya a emprender por su propia iniciativa nuevas inversiones en cuantía suficiente. La empresa no invertirá hasta *después* de que haya empezado a obtener beneficios. No se necesitará un capital circulante creciente hasta *después* de que aumente el producto...; por consiguiente, el primer paso ha de darse en estas circunstancias por la autoridad pública. Esa inversión ha de ser en gran escala y organizada con resolución, si es que quiere romperse el círculo vicioso de la depresión... Alguien con espíritu cínico que haya seguido el argumento hasta aquí puede llegar a la conclusión de que nada, excepto una guerra, puede terminar con una depresión larga. Y es que, hasta el momento, los Gobiernos han considerado que sólo una guerra constituye el único objetivo respetable para un gasto financiado a déficit. En todos los gastos de paz, los Gobiernos se consideran tímidos, suplicantes, timoratos, sin perseverancia ni determinación, pensando en la deuda como una obligación y un pasivo, y no como un eslabón más en la transformación del exceso de recursos parados y derrochados en su pasividad».

Keynes abandonaba así su confianza en la potencia recuperadora inicial de la política monetaria, que había mantenido en el *Tract on Monetary Reform* y en los dos casos —«general» y «especial»— del *Treatise on Money*. La política monetaria conservaba, sin embargo, su utilidad y validez cuando, cubiertos los estadios iniciales de la recuperación, los bajos tipos de interés ayudasen a sostenerla.

Esos puntos de vista keynesianos de 1933 se ratificaban por su trabajo aparecido en *The New Statesman* en el mes de abril sobre «El multiplicador», que enlazaba el quehacer político con el académico y permitía vislumbrar el primer brote de las ideas de la *General Theory* que se venían fraguando desde tiempo atrás en Cambridge, en colaboración con el «Circus».

También reaparece ahora el viejo proteccionismo keynesiano (desgraciadamente, en opinión de algunos de sus discípulos) para reforzar la política de empleo (artículos publicados en *New Statesman and The Nation* en julio de 1933) y que Harrod trata de justificar por el profundo disgusto que a Keynes le causó el fracaso de la Conferencia Mundial de Economía, sobre el que publicó acerbas críticas, recogidas en la prensa española de la época.

En cualquier caso, y detenidos los hechos en 1933, la política monetaria quedaba situada en la posición que la colocó *The Means to Prosperity* y que enlazaría a su vez con la posición en que se situaba en la *General Theory*. Debe acentuarse, sin embargo, que la política monetaria se situaba en esa posición por el crítico estado de las expectativas empresariales a corto plazo, manteniendo su importancia a largo plazo. El reparto de los papeles entre política monetaria y fiscal va a realizarse por Keynes con el sentido cambiante que se deriva de la variable situación de la economía, tal y como ésta puede interpretarse desde el modelo analítico de la *General Theory*.

Por otra parte, las políticas fiscal y monetaria podrían ser asistidas por la política comercial. Keynes no depositó esperanza alguna en que la Conferencia Económica Mundial de Londres de 1933 lograra reducir la protección y liberalizar los intercambios exteriores, lo que podría no resultar además conveniente. Lo que en aquella situación se necesitaba era un desarrollo simultáneo de la inversión en los principales países que sacase al mundo de la depresión y era natural y defendible —en su opinión— que los países conservaran la garantía de la intervención en los intercambios, como medio de prevenir situaciones de debilidad de la balanza de pagos que podían acortar o arriesgar las posibilidades de una política continuada de bajos tipos de interés y gastos de inversión pública, imprescindibles para conseguir la ansiada recuperación duradera de las distintas economías.

La Conferencia Económica Mundial probó a Keynes que la política de Gran Bretaña no respaldaba en absoluto sus posiciones. La condena terminante de Runciman —portavoz del Gobierno británico en la Conferencia Económica Mundial— de la eficacia de las obras públicas como remedio al desempleo cerraba el paso

a la principal medida propuesta por Keynes. Esta actitud británica y el fracaso general de la Conferencia obligaron a Keynes a buscar otro asilo para sus propuestas y creyó encontrarlo en Estados Unidos y en el presidente Roosevelt a quien dirigió una carta abierta publicada en *The New York Times* (31-12-33). Keynes destacaba el valor de liderazgo americano en la política de recuperación e instaba al presidente Roosevelt a separar las dos partes de su política económica —la recuperación y la reforma— acentuando la urgencia de la primera, lograda mediante una inversión pública vigorosa, financiada con deuda y asistida por una política monetaria de dinero barato que aumentase y prolongase los efectos favorables sobre la producción y el empleo de las inversiones públicas. (Vid. el recuadro «Roosevelt y Keynes».)

La política de reforma que contenía el *New Deal* le parecía perturbadora en cuanto introducía una incertidumbre importante sobre la inversión privada, al confundir el sistema económico con un intervencionismo carente de claridad y sistemática. Extender la propiedad pública, sin más y sin definir hasta qué límites llegaría en el futuro, equivalía a arriesgar la confianza de los empresarios, quienes podrían adoptar una «actitud arisca, distanciada y aterrorizada», con daño irreparable para el proceso de recuperación.

Keynes viajó de nuevo a Estados Unidos a mediados de 1934, para recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Columbia y aprovechó el viaje para realizar una campaña de persuasión pública de sus ideas. De esa campaña formó parte su entrevista con el presidente Roosevelt, que no constituyó precisamente un éxito. La excursión de Keynes a Estados Unidos y el simultáneo desarrollo de la política del *New Deal* han extendido, sin embargo, el infundado tópico, que todavía se repite, de que la política económica que Keynes propugnaba inspiró el contenido del *New Deal*. Tópico erróneo como han probado los muchos trabajos realizados sobre esa experiencia histórica. La influencia de Keynes iba a ser más tardía: hay que esperar al fracaso del presupuesto estabilizador de Morgenthau de 1937 para que se abran paso las ideas keynesianas, que habían prendido ya en miembros destacados de la Administración Pública estadounidense cuando Keynes visitó el país en 1934, pero que iban a re-

forzar su presencia, ganando las esferas universitarias, al aparecer la *General Theory*. Era a ese trabajo de ofrecer una respuesta académica a la depresión existente al que iba a dedicarse Keynes a su vuelta a Inglaterra a mediados de 1934.

La respuesta académica de Keynes a los problemas de un tiempo crítico, que se contiene en la *General Theory*, no puede desligarse de la circunstancia histórica en la que se produjo. Se ha dicho que esa circunstancia puede concretarse en tres hechos: 1.º Una economía en profunda y prolongada depresión, que reclamaba respuestas urgentes que Keynes ensayó continuamente desde 1930. Las políticas que fueron brotando del pensamiento keynesiano, presionado por el estímulo de las dificultades económicas, anticipan la solución a los problemas antes de encontrar fundamento teórico a la misma. Hay, por decirlo así, en la obra de Keynes una etapa de política de pleno empleo sin teoría (1930-36) y otra distinta y sucesiva en la que la teoría (el modelo analítico de la *General Theory*) sirve de apoyo a una política de pleno empleo. No puede entenderse la segunda etapa sin la primera. Fue a través de un largo proceso que asocia cambios y enseñanzas de la *realidad económica* → medidas *políticas* para afrontar el desempleo → elaboración *teórica* adecuada para tratar una economía en depresión, como Keynes llegó al modelo interpretativo que contiene la *General Theory*. 2.º La crítica académica al *Treatise on Money* de los economistas de la generación madura, F. A. Hayek, Dennis Robertson y A. C. Pigou. Aunque a Keynes le disgustaron algunas de esas críticas, tuvo que admitir dos cosas: la falta de claridad de muchos pasajes de su razonamiento y la existencia de errores en la formulación de las ecuaciones fundamentales para tratar las variaciones en el producto, que motivaban inconsistencias entre los razonamientos del texto y sus ecuaciones fundamentales. 3.º El estudio crítico del *Treatise on Money* iniciado a comienzos de 1931 y realizado por un conjunto de jóvenes economistas de Cambridge, grupo que se conocería como el «Circo» e integrado por R. F. Kahn, Piero Sraffa, Austin y Joan Robinson y J. E. Meade. Este grupo se reunía con Kahn y comunicaba a Keynes sus conclusiones. Como Meade ha afirmado, «Keynes era una especie de dios ante nosotros por su constante presencia general y ausencia real.

Nos comunicamos con él a través de un ángel mensajero que era Kahn».

La historia de cómo el pensamiento keynesiano se va forjando lentamente a través de esas influencias ha sido contada muchas veces y cada cronista ha ofrecido de ese proceso su propia valoración personal. Todas las valoraciones de la historia de su pensamiento entre el *Treatise on Money* y la *General Theory* coinciden en afirmar que Keynes estuvo pronto convencido —tan pronto como en 1932— de que la evolución de sus ideas le obligaba a abandonar el *Treatise on Money* y a escribir un nuevo libro para exponerlas. En una carta a Hawtrey en 1932 así lo manifestaba y aún sería más taxativo al prologar la edición japonesa en abril de 1932 del *Treatise on Money*: «Después de un año y medio de nuevas reflexiones y después de haber obtenido las ventajas que se derivan de una crítica amplia y una discusión intensa de mis teorías, debería *añadir* y *enmendar* muchas cosas a cuanto sigue. Sin embargo no es mi intención revisar el texto de este *Treatise on Money* en un futuro inmediato. Me propongo más bien publicar un libro breve de un carácter puramente teórico, corrigiendo y ampliando los fundamentos teóricos de mis puntos de vista según se expone... a continuación». ¿En qué había cambiado el pensamiento de Keynes?

#### El mensaje central de la «General Theory»

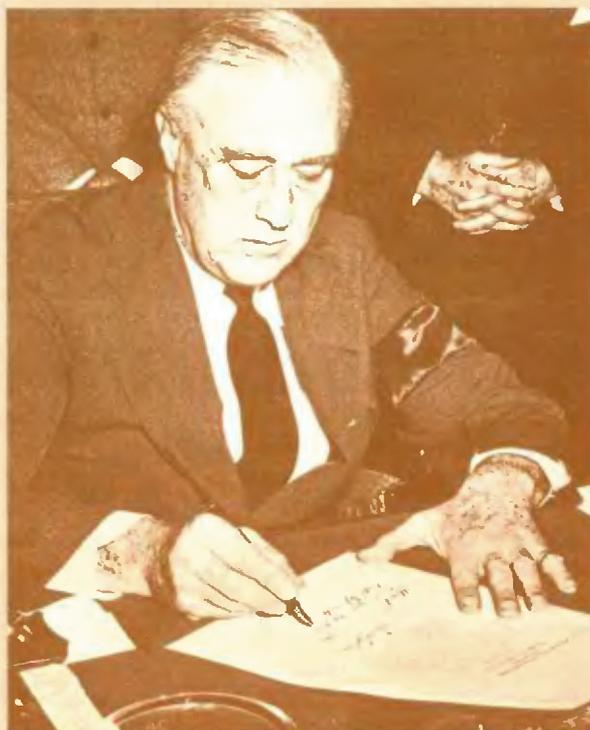
**K**eynes concedió creciente importancia a las fuerzas que determinan las variaciones del producto y el empleo totales y no, como había hecho en el *Treatise on Money*, a las variaciones en los precios. Es este acento colocado sobre las variaciones del producto y ocupación totales el que lleva finalmente a Keynes a imputar esas variaciones del producto total y la ocupación a la *demanda efectiva* en la que personalmente hará descansar lo que él estimaba como el *mensaje central* de la *General Theory*. Las cartas de Keynes a Lerner y Harrod prueban que es la teoría de la *demanda efectiva* la que él deseaba situar en el mismo centro de la escena económica para destacar la validez interpretativa del modelo que contiene la *General Theory*. Keynes dirá así a Harrod: «Vd. no men-

## ROOSEVELT Y KEYNES

Keynes tuvo una entrevista con Roosevelt en el mes de junio de 1934. Había acudido a Estados Unidos a recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Columbia de Nueva York y, a través de Frances Perkins, secretaria de trabajo durante los años de Roosevelt, se convino un encuentro con el Presidente. Los simpatizantes de las ideas de Keynes en América concibieron grandes esperanzas ante ese encuentro. Pero, si hay que atenerse a los testimonios que de esa entrevista han quedado, no puede decirse que la misma fuera un éxito. Roosevelt no había entendido las ideas keynesianas porque le faltaba formación económica y porque sus fugaces antecedentes calvinistas habían creado en él una prevención ante cualquier aumento del gasto público. En 1932 su pensamiento al respecto era bien antikeynesiano «la contribución más efectiva que cualquier gobierno puede hacer a la economía es reducir el gasto federal».

El diálogo estuvo obstaculizado no sólo por la falta de información en Economía de Roosevelt, sino por una de las manías más conocidas de Keynes: tratar de conocer el carácter de sus interlocutores fijándose en sus manos. Y Roosevelt quedó descalificado para Keynes por esta manía personal. El mismo Keynes lo ha contado: «... Pero al principio, por supuesto, no me fijé detenidamente en estas cosas. Porque, como es natural, mi atención estaba concentrada en sus manos. Más bien decepcionantes. Firmes y bastante fuertes, pero no inteligentes ni finas, uñas cortas y redondas como las de los dedos de un hombre de negocios. No puedo dibujarlas bien, y sin embargo, aunque no son distinguidas (a mis ojos), no

son comunes. En todo caso, son extrañamente familiares. ¿Dónde las había visto yo antes? Me pasé diez minutos por lo menos buscando en la memoria un nombre olvidado, sin darme apenas cuenta de lo que yo estaba diciendo sobre la plata y los presupuestos equilibrados y las obras públicas. Al fin di con ese nombre. Sir Edward Grey. Un Sir Edward Grey más sólido y americanizado. Esta idea les desorientará a ustedes probablemente, pero hay en ella un grano de verdad significativa. Mucho más inteligente, mucho más fecundo, sensible y permeable, pero en todo caso algo que correspondía a aquellas uñas y que me llevó a Sir Edward Grey».



FRANKLIN D.  
ROOSEVELT  
(1882-1945).

Cuando la conversación concluyó, los dos hicieron comentarios que probaban su falta de entendimiento mutuo. Roosevelt comentó a Miss Perkins: «Vi a su amigo Keynes. Me dejó un verdadero galimatías de cifras. Debe ser matemático más que economista.» Keynes confesó: «Había supuesto que el Presidente era más culto en materia económica».

No puede extrañar por ello que Roosevelt cometiera la torpeza de aprobar el presupuesto restrictivo de Morgenthau de 1937 que produjo la recesión que Keynes había pronosticado. Fue entonces cuando Roosevelt se acordó de las obras públicas de Keynes. El episodio presupuestario 1937-38 hizo mucho más por la penetración de las ideas keynesianas que la visita de Keynes a Roosevelt. Por aquel entonces ya Hansen preparaba la revolución keynesiana en Harvard, que fue el auténtico camino por el que penetrarían las ideas del gran economista británico en Estados Unidos.

ciona (en el artículo que Harrod escribió comentando la *General Theory*) la *demanda efectiva* o más concretamente la estructura de la demanda del producto total... Para mí el hecho más singular y extraordinario al contemplar la historia del pensamiento económico, es la completa desaparición de la teoría de la demanda y oferta totales, esto es, la teoría del empleo, después de haber sido durante un cuarto de siglo el tema más discutido de la Ciencia Económica. Para mí uno de los cambios más importantes, tras haber publicado mi *Treatise on Money*, es el haber adquirido conciencia clara de este hecho de forma súbita. Me di cuenta de ello tan sólo después de haber enunciado la ley psicológica de que, cuando la renta crece, aumentará la diferencia entre renta y consumo, una conclusión de enorme importancia para la formación de mi pensamiento. A partir de ahí y bastante más tarde, me di cuenta de que el interés no era sino la consecuencia de la preferencia por la liquidez. Por fin, después de una gran cantidad de borradores y de continuas ideas obtuve una definición adecuada de la eficacia marginal del capital, con todo lo cual pude unir los distintos elementos de mi teoría».

A ese testimonio directo y personal de Keynes se añade el que ofrece la propia estructura de la *General Theory*, pues, como afirma Don Patinkin, basta realizar una lectura atenta —lo que Keynes ciertamente no facilitó— para encontrarse con lo que promete el autor en el Prólogo: la obra es «principalmente, un estudio de las fuerzas que determinan los cambios en el nivel total de producción y de empleo». El título del libro I es: «El principio de la demanda efectiva», que desarrolla en la obra y que enfrenta al lector con su mensaje central: la demanda efectiva determina la producción de equilibrio y los cambios en la producción total; actuando estos cambios (ajustes) como fuerzas equilibradoras de la economía. Todos los manuales introductorios de Economía enseñan que esa fuerza equilibradora que es la demanda efectiva posee una estructura compuesta de cuatro bloques distintos: la propensión al consumo, el multiplicador, la demanda de inversión y la demanda de dinero. A esos cuatro bloques constitutivos de la teoría de la demanda efectiva se añadían las discusiones sobre la determinación de los precios, los efectos de los cambios en los salarios monetarios sobre la ocupación y los precios, y los motivos y causas de

las oscilaciones en la actividad económica. Discusiones importantes resueltas por Keynes con la ayuda de los elementos integrantes del bloque de su teoría. Ese bien conocido modelo teórico keynesiano y sus añadidos se construyó incorporando otras importantes novedades, entre las que destacan:

- El conjunto de decisiones y elecciones de los agentes económicos está dominada por la *incertidumbre* sobre el futuro, entendida en el «sentido (netamente keynesiano) de que no hay base científica sobre la que calcular una probabilidad razonable de la marcha de los acontecimientos». Todo lo cual origina alteraciones y cambios constantes en las expectativas sobre el futuro, con perceptible influencia sobre la actividad económica, que no puede ignorarse por cualquier modelo que pretenda interpretarla.
- Esa elección en condiciones de incertidumbre afecta de forma decisiva a la demanda de dinero (condicionante para Keynes del tipo de interés). A la pregunta de sus críticos de ¿por qué la demanda de dinero reviste tanta importancia? Keynes tuvo una respuesta muy clara: «Porque en parte sobre una base razonable y en parte también instintiva, nuestro deseo de retener dinero como una fracción de la riqueza acumulada es un barómetro del grado de desconfianza de nuestros cálculos respecto al futuro. La posesión de dinero pacifica nuestra inquietud y la prima que exigimos por sacrificar la posesión del dinero constituye la medida del grado de nuestra inquietud sobre el incierto futuro».
- También es novedad en la *General Theory* —derivada de la incertidumbre que afecta a las decisiones económicas— el supuesto que Keynes introduce sobre el comportamiento de los agentes económicos, consistente en convenir en la constancia de ciertas variables, convirtiéndolas así en datos para facilitar sus decisiones. Entre esos datos convenidos pueden estar los precios, con lo cual su constancia a corto plazo tendría como consecuencia acentuar la importancia de las variaciones en otros parámetros de acción distintos como serían la producción y el empleo.

## ¿COMO EXPLICAR LA REVOLUCION KEYNESIANA?

«¿Hubo alguna vez una revolución keynesiana y, en caso de que la hubiera habido, en qué consistió?» Contestar a esa pregunta de forma que tenga interés para quienes *no son economistas* es el arriesgado ejercicio que ha realizado el profesor J. E. Meade y que resumiremos en esta nota. Digamos, para los que no son economistas, que es —como decimos— a quienes esta nota se dirige, que el profesor J. E. Meade ha sido Premio Nobel de Economía en 1977 y fue integrante del grupo que colaboró críticamente con Keynes en el proceso de elaboración de la *General Theory*. Se trata, pues, de un intérprete a la vez arriesgado y competente.

La respuesta a esta pregunta que Meade se hace es que hubo no una sino *dos* revoluciones keynesianas: la *teórica* (Análisis económico) y la *práctica* (Política económica).

¿En qué consistió la revolución *teórica*? He aquí la sorprendente respuesta del profesor Meade: «En hacer cambiar a los economistas su forma de pensar sobre cómo las cosas suceden en la realidad, de forma que no es un perro que llamamos *ahorro* el que mueve su rabo que llamamos *inversión*, sino que es un perro llamado *inversión* el que mueve el rabo llamado *ahorro*».

Antes de la revolución keynesiana las cosas se veían así: una sociedad a partir de la *renta* que recibe decide gastar una cantidad en bienes de consumo y *ahorra* el resto. Esos *ahorros* fluyen hacia los mercados de dinero y capitales, constituyendo la oferta de fondos que las empresas demandan para invertir de nuevo en nuevo capital

real (edificios, maquinaria, instalaciones). Si el ahorro aumenta se dispondrá de más fondos en el mercado de capitales, lo que abaratará su precio, extendiendo con ello la demanda de fondos por las empresas para financiar nuevos proyectos de inversión, lo que creará nuevo y más capital para el país. Dicho en menos palabras: si el público no se decide a aumentar sus *ahorros* no será posible que aumenten las *inversiones*.

Keynes —afirma Meade— partió en 1930 del otro extremo. Olvidemos el supuesto de que exista un nivel de producción *dado*. Supongamos que el proceso se inicia con un aumento *autónomo* de la inversión. Esta mayor inversión originará, a través de los distintos proyectos en que se materializa, pagos por salarios a los trabajadores que en ellos intervienen, pagos por intereses, beneficios. Todos los que trabajan en los nuevos proyectos de inversión que perciben estas rentas ahorrarán parte de las mismas, pero otra parte la gastarán en bienes de consumo. Los empresarios que fabrican y venden estos bienes de consumo obtendrán al venderlos una renta adicional, parte de la cual ahorrarán, otra la gastarán nuevamente en bienes de consumo que dará lugar a una nueva renta y así sucesivamente.

Todo este proceso generará una serie convergente de oleadas de gasto continuamente decreciente y que dará lugar a una demanda de bienes y servicios para cubrir tanto la demanda de inversión original como las subsiguientes demandas inducidas de bienes de consumo. El nivel de actividad económica que así se origina puede o no ser sufi-

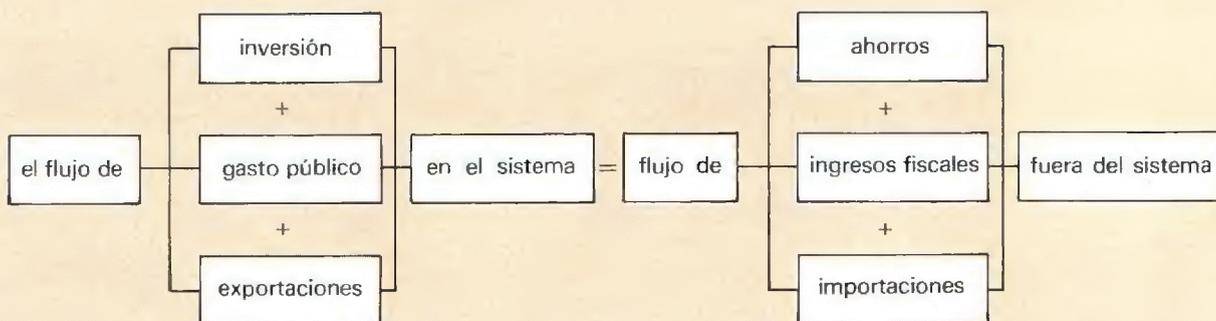
ciente para proporcionar el pleno empleo de los recursos productivos de los que la sociedad dispone. Si esto es así, ¿por qué no hacer algo para aumentar la inyección en el sistema económico por medio de una inversión continua?

Tal es el proceso del que parte el famoso multiplicador keynesiano, que considera la renta total obtenida en él como un múltiplo de la inversión autónoma inicial. Esta relación, indica Meade, podría contemplarse de otra forma: como si el gasto de inversión fuera un flujo de poder adquisitivo introducido en un sistema generador de renta y los ahorros una fuga de poder adquisitivo en ese sistema generador de rentas.

Ahora bien, la inversión privada no es el único elemento de la demanda de bienes y servicios que puede considerarse como una inyección exógena al sistema generador de renta, y el ahorro tampoco constituye la única fuga de poder adquisitivo posible.

El gasto público en bienes y servicios de todas clases supone también una inyección de poder adquisitivo en el sistema que puede determinarse de forma exógena por medio de la política presupuestaria; y, correspondiendo a esta inyección, existe una fuga de poder adquisitivo del sistema generador de renta en forma de los impuestos directos e indirectos que el público debe pagar como consecuencia de las crecientes rentas y gastos.

De la misma manera, la demanda de exportaciones de un país puede ser considerada como determinada fundamentalmente por lo que sucede en el resto del mundo y, por ende, puede ser contemplada como otra inyección de poder adquisitivo al sistema realizada desde fuera, encontrándose en correspondencia una fuga de poder adquisitivo del proceso generador de renta de un país en tanto en cuanto sus ciudadanos gasten sus rentas en importaciones, más bien que en bienes producidos en el país. Podemos considerar esas relaciones de la forma siguiente:



El término de la izquierda es el perro keynesiano y el de la derecha el rabo del perro keynesiano. La entrada representada en el término de la izquierda, a través de una serie de repercusiones, aumenta la demanda de bienes de consumo hasta que se obtiene un nivel de renta tal que se produce una salida igual por el término de la derecha.

La gran contribución de Keynes —concluye Meade— fue comenzar con la inversión moviendo a la producción, la renta y el ahorro y construir variaciones sobre ese modelo en vez de empezar, como se había hecho hasta ese tiempo, al revés, esto es, comenzar por el ahorro para continuar por el proceso de las inversiones.

La otra revolución keynesiana a la que Meade se refiere se registró en el terreno de la política económica. Keynes nos enseñó que para entender la situación de un país hay que preguntarse por la *demanda efectiva*. Debemos conocer si hay o no hay demanda suficiente para crear los empleos que queremos y, si la demanda no es adecuada, deberíamos estimular las inyecciones que la hiciesen suficiente, esto es, deberíamos estimular la inversión, el gasto público, las exportaciones o bien remediar las fugas, esto es, el ahorro, los impuestos y las importaciones.

Si, por el contrario, la demanda efectiva es excesiva la política económica deberá reducir las inyec-

ciones y estimular las fugas. Esta contemplación de la situación económica desde la perspectiva de la *demanda efectiva* y el diseño de la política económica para su tratamiento constituye la revolución de la política económica keynesiana.

La tarea de la política económica debe ser pues la de mantener la demanda efectiva de bienes y servicios de suerte tal que se logre el pleno empleo de los factores productivos. Pero nunca debe irse más allá pues entonces se generaría una inflación. Este es en síntesis el mensaje que Keynes predicó para tratar los problemas de las sociedades de su tiempo.

Sin embargo, y por desgracia —afirma Meade—, tal y como hemos aprendido de la amarga experiencia de los últimos años, esta no es toda la historia. En las condiciones de organización industrial moderna y sindicación actuales, tal nivel de demanda efectiva *real* ha ido habitualmente acompañado de un alza inflacionista de costes y de precios.

Keynes debiera haber vivido lo bastante para ejercitar su ingeniosa y fértil intuición y ofrecernos las propuestas para resolver el problema que el éxito indiscutible de su construcción ha contribuido en gran medida a crear. Ese problema no es otro que lograr un nivel de actividad económica *real* elevado y hacerlo compatible con una contención de la inflación de precios y de los salarios *monetarios* (que son tan

demandados y tan rápidamente concedidos en condiciones keynesianas de un nivel alto y sostenido de demanda de bienes y servicios, lo que alimenta la inflación). Un problema que aún no hemos aprendido a solucionar satisfactoriamente.

J. E. MEADE



- También es novedad de la *General Theory* la importancia del dinero en un mundo incierto a la que ya se ha aludido; ésta llevaba a considerar a Keynes que las variaciones en su cantidad tuvieran efecto sobre las variables *reales* del sistema económico. El dinero no era un *velo* sin papel alguno en las relaciones determinantes del comportamiento real de la economía, como se había contemplado tradicionalmente, sino algo más sustancial y distinto.

Todas estas novedades acompañan a lo que con indudable acierto —en mi opinión— llama Don Patinkin el *mensaje central* de la *General Theory* que constituye su descubrimiento científico: el principio de la *demanda efectiva*. Keynes afirmó explícitamente ese mensaje, tanto en el prefacio, como en la introducción y en la estructura de la *General Theory*. Lo ratificó —como hemos indicado— en su correspondencia con Harrod, y trató de aplicarlo a la realidad de su tiempo con la insistencia y persuasión que le caracterizaban. Ese *mensaje central* se entiende con toda claridad tanto en el contexto interno de su obra como en el contexto externo (los acontecimientos históricos a los que se refería).

En el contexto interno, porque todo el esfuerzo analítico que precede a la *General Theory* en la etapa 1930-36 no es otra cosa que el esfuerzo denodado de Keynes por forjar las piezas de su modelo de demanda efectiva. Como él cuenta en su carta a Harrod, llegar al bloque de la demanda efectiva que contiene la *General Theory* constituyó un largo recorrido personal que se inicia ocho meses después de la publicación del *Treatise on Money*, que se manifiesta en las lecciones sobre «Teoría Pura del Dinero» en Cambridge en 1932, que se trabaja en el verano de 1931 («he escrito, dirá a su madre, la tercera parte de mi nueva obra»), que recibe la benéfica influencia crítica del «Circo» y en particular la decisiva de R. F. Kahn, que aparece imperfectamente aún en el curso del año 1933, según testimonian los apuntes de su alumno R. D. Bryce, que se halla prácticamente formulado cuando Keynes viaja a Estados Unidos en 1934 y expone sus ideas en el Political Economic Club con Schumpeter, Mitchell, Clark y Hansen como testigos y que se discute en su formulación final con Hawtrey, Harrod, Kahn y Joan Robinson. En febrero de 1936 ese mo-

delo de la *demanda efectiva*, lentamente madurado, aparecía al público al editarse la *General Theory*.

Como Keynes afirmó, su obra ofrecía un modelo teórico que trataba de interpretar la situación de la economía con carácter general a partir de la *demanda efectiva*, y por ese carácter la política y medidas aplicables no se exponen con gran detalle. Sin embargo, la posición de la *General Theory* respecto de la estrategia de la política económica más conveniente queda diseñada breve pero claramente y se concreta en tres puntos: 1.º Su rechazo de una política de reducción de salarios como remedio del desempleo por razones *teóricas* (véase el recuadro «Keynes y la política de salarios»). 2.º Su escepticismo sobre la política monetaria: «por mi parte, me siento ahora algo escéptico sobre el éxito de una política monetaria tendente a influir sobre el tipo de interés. Creo que será el Estado, que se encuentra en situación ventajosa para estimar la eficacia marginal del capital, con una visión de largo plazo y en aras del beneficio social, el que acentúe su participación en la inversión total del país, ya que parece probable que las fluctuaciones en la estimación por los empresarios de la eficiencia marginal de las distintas inversiones, son demasiado grandes para poder ser contrarrestadas mediante variaciones en los tipos de interés». 3.º Su acentuación en la importancia de la política fiscal: «el Estado tendrá que ejercer una influencia orientadora en la propensión al consumo, mediante distintas medidas: en parte, mediante el sistema fiscal; en parte, mediante la fijación del tipo de interés, y en parte, de otras formas más directas. Parece poco probable que la influencia de la política monetaria sobre el tipo de interés baste por sí misma para lograr el índice óptimo de inversión. Creo, por tanto, que una socialización de la inversión total resultará el único medio para asegurar una aproximación satisfactoria a la situación de pleno empleo, aunque esta política no deba ni tenga por qué excluir la adopción de toda suerte de compromisos y de instrumentos mediante los cuales el sector público coopere con la iniciativa privada».

La conclusión a la que inclinan los puntos anteriores no es otra que la defensa de la política fiscal como instrumento de estabilización y lucha contra el desempleo. Una conclusión

que se ha destacado como la principal aportación de la *General Theory* a la política práctica. Esa valoración política del contenido de la *General Theory* no puede aceptarse sin grandes reservas. En efecto, el *mensaje central* de la *General Theory* es la teoría de la *demanda efectiva* cuya estructura trata de ofrecer una interpretación de la realidad económica. Y eran los supuestos de esa realidad los que concedían a las variables del modelo keynesiano unos valores que efectivamente llevaban a esa conclusión de adelantar a la política fiscal como respuesta eficiente para remediar una situación de depresión prolongada. El acento de Keynes sobre la política fiscal discurre paralelamente a la caída de las expectativas empresariales, lo que hacía que ninguna reducción practicable en los tipos de interés fuese suficiente para estimular a las empresas a la realización de las inversiones necesarias con las que llegar al pleno empleo.

Es sobre ese comportamiento de las expectativas empresariales sobre el que recientemente ha puesto un acento de insistente importancia la interpretación de Alan Metzler de la *General Theory*. Reducir la inestabilidad de la economía eliminando/reduciendo los elementos de incertidumbre que afectan a las expectativas empresariales constituye el motivo que justifica las intervenciones del Estado. Keynes prefería —como manifestó a Josiah Wedgwood del Banco de Inglaterra— que la acción del Estado favoreciese en el futuro las inversiones frente al consumo, y las inversiones, al ser dependientes de las expectativas, aconsejaban la intervención pública para reducir la incertidumbre y los niveles de riesgo que condicionaban el crecimiento continuo y necesario de las inversiones. Por este motivo, Keynes consideraría que la intervención del Estado tendría una acción más estimulante sobre la inversión que cualquiera otras decisiones (política de salarios y política monetaria). Es esta estimación de la situación de la economía y su intrínseca inestabilidad la que decide la interpretación de la *estructura* de la demanda efectiva en el Keynes de 1936 y años posteriores.

El *mensaje central* de la *General Theory* cerraba una larga etapa histórica, cuyo origen último hay que encontrarlo, como acentuaba Schumpeter, en la *visión* keynesiana del pro-

blema de su tiempo: un problema al que el mundo desesperado de los años treinta buscaba una explicación y una respuesta —el contexto externo de la obra keynesiana— y que no era otro que la aterradora y continuada depresión que había extendido, hasta límites no imaginables, el desempleo, el mal más grave y costoso originado por la inestabilidad del sistema capitalista. Un mal que llenaba de miseria a las sociedades de aquellos años y amenazaba su propia estabilidad política. Keynes había percibido la importancia de ese problema, concediéndole la atención del *mensaje central* de su teoría. La inestabilidad del sistema capitalista, manifestada en el desempleo, podía explicarse por su modelo teórico de la *demanda efectiva*, según el cual, la caída en la producción y el empleo generaba, por sí misma, unos efectos acumulativos que, en último extremo, terminaban por eliminar el exceso de producción (oferta total) sobre la demanda total, extendiendo ese ajuste inevitable el paro forzoso.

La *revolución keynesiana* no se quedó sólo en esa correspondencia entre la *visión* del problema económico y el modelo para su solución. Motivó y urgió, al mismo tiempo, la *revolución estadística* para dar contenido a los conceptos operativos del modelo keynesiano, desarrollando la contabilidad nacional, lo que obviamente permitía transmitir el *mensaje central* de la teoría al público y aumentar su impacto entre los economistas.

La expresión de la *revolución estadística* ha sido propuesta con toda propiedad como un complemento decisivo de la *revolución keynesiana* por Don Patinkin y discurre paralelamente a la larga búsqueda de Keynes de los elementos integrantes de su *demanda efectiva*. Esa *revolución estadística* tiene dos intérpretes destacados: Simon Kuznets en Estados Unidos y Colin Clark en Gran Bretaña. Las aproximaciones a los cálculos de las magnitudes macroeconómicas son diversas en ambos países. En Estados Unidos, la fuerza impulsora va a ser la búsqueda de las razones capaces de explicar las oscilaciones en la actividad económica y, fundamentalmente, de la magnitud que presentaba mayores fluctuaciones: la inversión. En Gran Bretaña los trabajos pioneros de Arthur Bowley y Sir Josiah Stamp, habían abierto la investigación estadística con la pretensión de calcular la magnitud de las rentas personales en relación

con el problema de la pobreza. Colin Clark cambia el enfoque dominante en esos y otros trabajos británicos, para estimar las magnitudes keynesianas del *Treatise on Money* (ahorro e inversión, básicamente, y el resto de las implicadas en las ecuaciones fundamentales). La *General Theory*, al hacer girar sobre la *demanda efectiva* la determinación de las variaciones del producto, dio un impulso adicional y decisivo para presentar las estimaciones de renta nacional por la suma: Consumo + Inversión + Gasto Público = Renta Nacional. La *revolución estadística* adelanta más en Estados Unidos que en Gran Bretaña, al darse carácter oficial a los cálculos de las grandes magnitudes económicas por el Ministerio de Comercio, que encomendó su dirección a Kuznets. En Gran Bretaña habrá que esperar más tiempo para superar la soledad de Colin Clark en sus investigaciones estadísticas de los años treinta. No será hasta comienzos de la década de 1940 —concretamente en 1941— en que aparecerá el libro blanco que oficializaba los cálculos de renta nacional bajo la dirección de dos keynesianos: J. E. Meade y Richard Stone.

Contar esta historia de la *revolución estadística* más detenidamente es tarea que han realizado Studenski y Don Patinkin magistralmente en trabajos llenos de interés, cuyas principales incidencias son imposibles de resumir aquí, pues llevarían más espacio del que podríamos dedicarle. Baste consignar que esa *revolución estadística* constituyó una premisa, cuya importancia es difícil de exagerar, para la penetración y arraigo en la política económica derivada de la *revolución keynesiana*.

La aparición de la *General Theory* conmocionó la actividad y la dedicación de los economistas. Y, como todas las revoluciones, la keynesiana también dividió a quienes debían recibir sus mensajes, interpretarlos y aplicarlos. Esa división adoptó, con algunas excepciones, un límite divisorio generacional. Samuelson afirma «que haber nacido como economista en 1936 fue un destino afortunado. Pero no el haber nacido demasiado antes», ya que, en efecto, «pudo comprobarse que los economistas que iniciábamos entonces nuestra profesión nos vimos atacados por la *General Theory* como si se tratase de una virulenta e inesperada enfermedad tropical que dieztaba nuestras filas haciéndonos a todos keynesianos». Esa pene-

tración fue más intensa y rápida en Estados Unidos que en Gran Bretaña, aunque en ningún caso fue completa, pues los economistas de generaciones anteriores a la de Samuelson no fueron tan sensibles a la «virulencia» del keynesianismo.

La penetración de la revolución keynesiana fue aún mucho más lenta entre los políticos y el público. En esa tarea —que Keynes consideró siempre prioritaria— él no iba a estar presente. En efecto, la *General Theory* se publicaba, según se indicó antes, el 4 de febrero de 1936. El mismo mes Keynes había coronado otra gran obra: el «Arts Theater» de Cambridge, que abría sus puertas el día 3 con el Vic-Wells Ballet, y en el que se representarían, poco tiempo después, en primer lugar, las obras de Ibsen, que Keynes tanto apreciaba —«Casa de Muñecas» y «El arquitecto Solner»—, con intervenciones destacadas de Lydia Lopokova, que demostraba así su talento y versatilidad artísticas. El año 1936 marca, por todo ello, un hito singular en la vida de Keynes. A ese mismo año corresponde la biografía de un economista que Keynes estimaba singularmente, William Stanley Jevons. Visita en el verano Rusia de nuevo y desarrolla en la BBC sus charlas sobre el Arte y el Estado. De comienzos de 1937 son sus artículos en el *Times* resumiendo los consejos de política económica contenidos en la *General Theory*, acondicionándolos para la Gran Bretaña de la época. Contesta a las críticas de la *General Theory* y da su curso de lecciones en la primavera del 37 con el tema «Notas al pie de la *General Theory*», programando con ese título una nueva obra. Esa actividad constante y febril de Keynes habría de registrar una brusca interrupción en el verano de 1937 al sufrir un infarto del que logró sobrevivir gracias a los cuidados del Dr. Plesch y de Lydia Lopokova. Aunque Keynes se repuso y volvió a la vida activa en 1938, lo hizo para otras labores distintas al servicio de su país en la guerra y del mundo occidental para preparar la paz. *How to Pay for the War* es su última obra: una aplicación ingeniosa y brillante —como suya— para financiar la guerra sin inflación. El resto de su vida se lo llevaría la definición del orden monetario de la posguerra, sus inestimables servicios al Tesoro británico durante el conflicto y la agotadora negociación del préstamo de Estados Unidos a Inglaterra para su transición a la economía de la paz. Cuando la paz llegó,

## KEYNES Y EL AUMENTO DE LA INVERSIÓN

De los dos caminos para elevar el nivel de ocupación —el del consumo y/o el aumento de la inversión—, Keynes no tuvo dudas al manifestar sus preferencias: el aumento de la inversión le parecía por el momento (un largo momento porque se refería a un período de veinte años) mejor que aumentar el consumo. El propósito fundamental de la política económica debería ser así el de favorecer la ampliación de las dotaciones de capital productivo de la sociedad («hasta que éste deje de ser un factor escaso»). Keynes declaraba con ello sus preferencias en cuanto a la *estructura* conveniente de la demanda efectiva. Para favorecer una mayor producción y más empleo es preciso aumentar las inversiones, cuya tasa de crecimiento debe mantenerse a niveles elevados y continuados en el tiempo. El problema se desplaza así a tratar de responder a la pregunta: ¿cómo aumentar de forma importante y duradera las inversiones? Sobre este punto se han tejido —a partir de diversos pasajes de la obra de Keynes— diversas interpretaciones del pensamiento keynesiano, no siempre coincidentes en cuanto a la identificación de los problemas relevantes y de las medidas de política económica mejores para resolverlos.

Como es bien conocido, Keynes supone en su obra que la inversión está protagonizada por la empresa privada y que su realización depende de la relación entre el coste en que haya de incurrirse para su financiación y la tasa de rendimiento esperada de la inversión. Si se precisa un aumento continuado de las inversiones éste no se producirá sin una mejora continuada, también,

en las expectativas de la corriente de rendimientos futuros de la inversión o bien sin una reducción del tipo de interés esperado. Esos dos cambios son, a su vez, imposibles sin una reducción en el riesgo real y percibido por los agentes de la economía. Keynes distingue tres tipos de riesgos: el inherente a la incertidumbre bajo la que discurre el proceso económico (un riesgo que no puede ser eliminado), el riesgo derivado de las pérdidas de capital (por cambios en el valor real de los activos financieros) y el «riesgo del prestamista» (derivado del incumplimiento de los prestatarios). El coste de este último riesgo se añade por lo general por duplicado al calcular los tipos de interés: lo calcula y carga el prestamista (tratando de cubrir la compensación por el riesgo de incumplimiento); pero lo carga también el prestatario (quien exigirá una compensación que le induzca a invertir). La cuantía de ese *coste* debido al cálculo del riesgo tiende a situarse a niveles bajos en etapas de expansión, lo que conducirá a un aumento de las inversiones y a la expansión de la economía. Por otra parte, la eficacia marginal de capital está determinada por las expectativas de beneficios, dominadas por la incertidumbre (derivada de la que Keynes llamaba «sicología desobediente e incontrolada del mundo mercantil»).

En definitiva, el aumento continuado de las inversiones, necesario para aumentar el empleo, aparece condicionado por la *incertidumbre* que domina a una sociedad capitalista en la decisión de invertir. La *incertidumbre*, al condicionar las expectativas que deciden las inversio-

nes, limita las posibilidades de conseguir un aumento del empleo por un aumento continuado de la inversión total. De ahí que si se desea lograr una mayor inversión y un nivel de empleo más elevado deba favorecerse toda decisión (de la política monetaria o de salarios) que reduzca los tipos de interés a largo plazo, pero dado que sobre los tipos de interés cargados a la inversión tiene una influencia importante «el riesgo del prestamista», esa política tiene unas limitaciones claras en la *incertidumbre* de prestamista y prestatarios que fijará un suelo a los tipos de interés del que es imposible bajar. La única manera de hacerlo es atribuir las decisiones de invertir a *alguien* que no esté afectado por «la sicología desobediente e incontrolada del mundo mercantil». Ese *alguien* es para Keynes el Estado: «la inversión es un asunto que no puede dejarse solo en manos privadas», si quiere aumentarse el empleo. La defensa de la participación de las inversiones públicas se apoya en la dificultad de conseguir, en un sistema capitalista, la reducción de la incertidumbre que permita el aumento de la inversión privada y con ella un mejor empleo.

Ese enfoque keynesiano de la política de empleo se ha interpretado, con generalidad, como una defensa de la inversión pública que admite a su vez dos alternativas distintas, según se piense que las expectativas se beneficien sean decrecientes a largo plazo y con ellas la eficacia marginal del capital (tesis del estancamiento), o bien que esas expectativas tienen vitalidad cambiante que hace enormemente fluctuantes las decisiones de inversión privada, sufriendo con sus vaivenes el nivel de empleo (lo que justifica su estabilización por los programas de inversión del Estado). A esas dos interpretaciones ha venido a añadir Allan Metzler recientemente una tercera, consistente en afirmar que lo que Keynes propugnaba para aumentar la inversión y hacer el sistema económico más estable es reducir la *incertidumbre*, y que esa reducción de la *incertidumbre* pue-

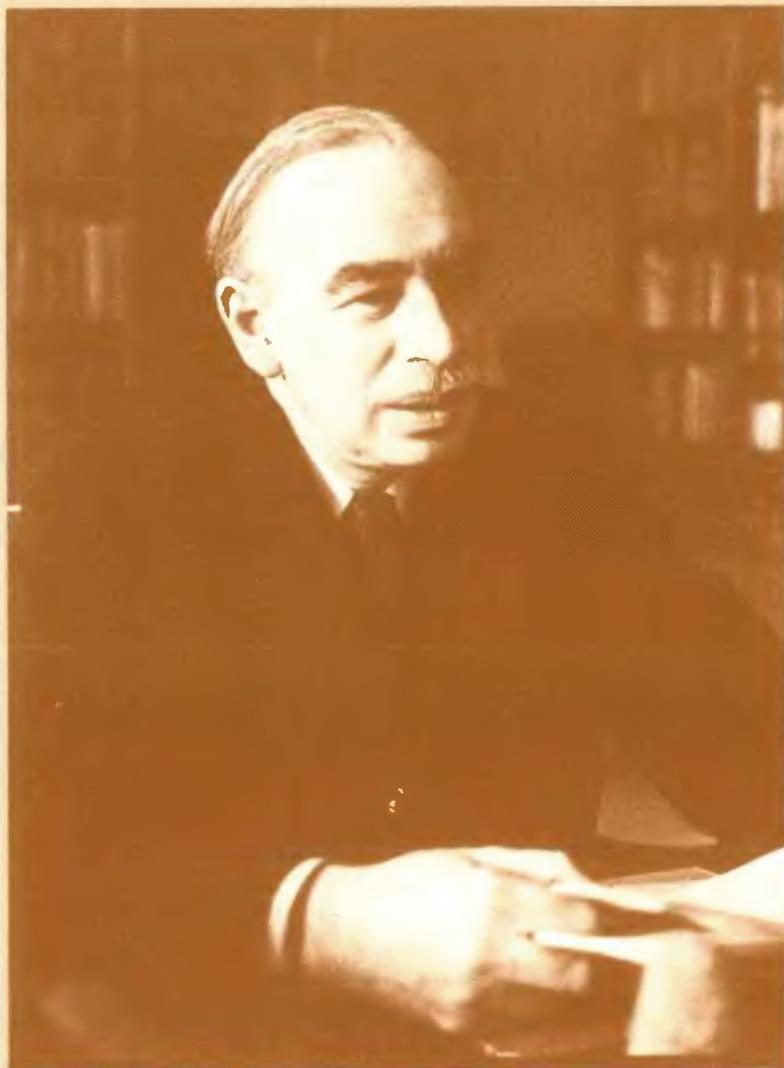
de lograrse merced a la intervención pública. El Estado debería estabilizar la tasa de inversión a través de una mayor participación de la inversión pública en las inversiones totales, con lo que se reduce el coste social de la *incertidumbre* en un sistema capitalista al reformarlo (convirtiéndole en más mixto). Pero puede también el Estado —afirma Metzler— «reducir el riesgo de las inversiones privadas al nivel mínimo, creando instituciones sociales que aumenten la estabilidad de la economía a largo plazo». Esta alternativa orientaría la política económica hacia la definición de un cuadro institucional que reduzca el riesgo de las inversiones empresariales y favorezca el crecimiento de la inversión privada. Keynes no desarrolló esta alternativa, si bien defendió la existencia de una Junta Nacional de Inversiones, que permitiese una programación de las mismas para reducir así la incertidumbre de los empresarios. Se ha destacado por algunos comentarios que lo que Keynes tenía *in mente* en estas propuestas fue algo parecido a lo que iba a plasmarse en Francia a través de Jean Monnet en la planificación indicativa en la primera etapa. Meltzer —en su interpretación del pensamiento keynesiano y en especial en su polémica con Don Patinkin sobre la misma— acentúa más bien el componente institucional de esa idea keynesiana, destacando la aportación que algunas instituciones económicas pueden tener para reducir la incertidumbre a largo plazo y cita como ejemplo el FMI o el GATT. En cualquier caso, en su opinión, estas actuaciones de la política económica se diferencian de las dirigidas a aumentar las inversiones públicas y reducir, por esta vía, la incertidumbre.

Por el contrario, Don Patinkin insiste en el hecho de que Keynes empleó los términos «intervención pública para promover las inversiones», «socialización de la inversión», «control público de la inversión», «desarrollo nacional» con significados equivalentes para referirse a las distintas formas en que el gobierno

pueda afectar de forma directa la cuantía de las inversiones en la actividad económica nacional.

Es evidente que estas dos interpretaciones pueden justificarse con los textos del Keynes de la *Teoría General* y de los años inmediatamente posteriores. Quizás una de las principales causas de las interpretaciones polémicas de Keynes sea la polivalencia de significados que puede encontrarse en la *General Theory* y las aplicaciones concretas y posteriores de los principios de su teoría para inspirar —de forma variable— sus consejos de

política económica. En cualquier caso, cabe poca duda de que en 1936 Keynes defendió, a partir de la situación depresiva de la economía, un conjunto de actuaciones que giraban en torno a la demanda efectiva. Y es también cierto que Keynes manifestó sus preferencias sobre la *estructura* de esa demanda efectiva: al favorecer el aumento de la inversión sobre el del consumo.



una paz cargada de problemas económicos, alguno de los cuales Keynes contribuyó a resolver con su habitual eficiencia, Keynes no pudo disfrutarla: el 21 de abril de 1946 un ataque cardíaco iba a acabar con su vida al bajar desde la cumbre de Firlie Beacon en Sussex Downs, un mirador desde el que se contemplaba la campiña inglesa, su casa de Tilton y el mar. Keynes no pudo ni vivir ni interpretar (verbos que, conjugados por él, casi siempre eran sinónimos) la era keynesiana: para él y para el mundo occidental fue una era tardía.

#### La era keynesiana: una era tardía

La visión y el modelo que Keynes acertó a formular en 1936 después de una larga saga de tres obras —el *Tract on Monetary Reform*, el *Treatise on Money* y la *General Theory*— con el propósito común de dar respuesta al que estimaba el principal problema económico del capitalismo, situado en el corto plazo de la estabilización y el desempleo, con el fin de abrir la era de prosperidad y de progreso a largo plazo que Keynes veía posible en su conferencia de Madrid, no fue una realidad inmediata.

John Richard Hicks ha afirmado que un hecho elemental y, al mismo tiempo, dramático, tiene que ser explicado: la enorme diferencia temporal que separa el mensaje central de Keynes y lo que hemos dado en llamar era keynesiana. Keynes expone sus ideas en el segundo cuarto de este siglo. La *era keynesiana* —que por fin llegó— se sitúa en el tercer cuarto de siglo.

¿Por qué se recibió tan tardíamente el mensaje de Keynes? ¿Por qué las ideas de Keynes para combatir el desempleo fueron aceptadas a partir de 1946, y no en los años treinta, cuando se formularon y se necesitaban angustiosamente?

Son éstas preguntas abiertas a muchas interpretaciones posibles y bien difíciles de contestar en cualquier caso. Hay respuestas para esas preguntas de todo tipo y condición. Hay, en primer lugar, respuestas económicas que miran al carácter polémico y agresivo con el que se escribió la *General Theory*. La agresividad del estilo de Keynes era proverbial: «Las palabras», afirmó en una ocasión, «deberían ser

casi salvajes, porque son un asalto permanente a quienes no quieren pensar». Keynes pareció pensar, en la *General Theory*, que los economistas no pensaban. Y redactó contra ellos un alegato, injusto en muchas ocasiones y exagerado en otras —con gran disgusto de Harrod y de Pigou—, todo lo cual no facilitaba, ciertamente, la difusión y aceptación de su mensaje teórico. Por otra parte, está la oscuridad del mensaje de la *General Theory* —una de las pocas obras de Keynes ambigua y críptica— la cual abría el gran problema de su *interpretación*. ¿Qué dijo Keynes?, ¿qué debió decir Keynes?, son las preguntas más repetidas y contestadas por los economistas de 1936 hasta 1976. Desde entonces se ha añadido una pregunta más: ¿qué hubiera dicho Keynes ahora? Las dos primeras preguntas son las que plantean el problema de la interpretación de la respuesta keynesiana. Un problema que podía resolverse en muchos sentidos distintos y que inevitablemente difería tanto su aceptación como su aplicación en el tiempo.

Hay también, inevitablemente, respuestas políticas para esas preguntas, porque ninguna teoría se convierte en política aplicable si no se acepta por eso que llamamos —con lenguaje evasivo, para entendernos sin compromiso— el *establishment*. Y el *establishment* de derechas y de izquierdas entendió tarde y parcialmente el mensaje keynesiano. Ante todo, era claro que las circunstancias excepcionales que habían convertido una deflación prolongada en una profunda depresión obligaban a una vigorosa acción restauradora que, empleando medidas de política monetaria y fiscal, fuera capaz de poner en marcha los motores de la demanda efectiva para tirar de la producción interna. Esas medidas enérgicas solicitadas por Keynes pedían que la acción discrecional del Estado saltara por encima de los dogmas establecidos —el *laissez-faire*, el patrón oro, el Estado mínimo, el equilibrio presupuestario, el comercio libre—, cuya larga vigencia en el tiempo los había convertido en costumbres respetadas. Al ir en contra de esos dogmas y costumbres establecidos, el keynesianismo se consideró por muchos como una propuesta que trataba de legitimar una conducta pública impropia, favoreciendo una bastarda e indeseable deshonestidad política, inaceptable para amplios núcleos sociales, que creían y practicaban conservadoramente la tradición establecida.

## KEYNES, ROBERTSON Y SRAFFA

La fotografía está tomada en 1927, en la finca que Keynes compró en Tilton (Sussex). A su derecha está Piero Sraffa (1898-1983), quien acababa de llegar a Cambrid-

ge para ocupar un puesto de *Lecturer* de Economía y se había ganado en seguida la simpatía y la admiración de Keynes; a su izquierda aparece Dennis Holme Robert-

son (1890-1963), antiguo alumno y amigo de Keynes, con quien éste venía manteniendo una colaboración fructífera en temas de economía monetaria desde los primeros años veinte. Keynes era *Fellow* del King's College desde 1909; Robertson lo era del Trinity College desde 1914 y Sraffa lo sería también del Trinity College poco tiempo después. Tal vez pueda decidirse, con la perspectiva que proporcionan los años, que la fotografía reúne las tres mejores cabezas económicas de que dispuso Cambridge en aquel periodo. Aquí acaban seguramente las coincidencias.

Sraffa era un socialista de Turín, amigo de Gramsci —cuyos *Cuadernos de la cárcel* consiguió salvar del fascismo—, que había profesado en las Universidades de Perugia y Cagliari y que fue llamado a Cambridge en 1927. Ya para entonces había publicado uno de sus trabajos seminales: «The law of returns under competitive conditions» (*Economic Journal*, 1926), una crítica decisiva de la teoría de la empresa representativa y del modelo de competencia perfecta de Marshall que constituye el punto de partida de las teorías de la competencia monopolística y de la competencia imperfecta que desarrollaron otros en los años siguientes. Esto fue característico de su obra: publicó muy pocos trabajos, pero cada uno de ellos contenía una crítica teórica precisa y profunda de un ámbito importante del pensamiento económico recibido y abría cauces a importantes avances que otros se encargaron de desarrollar. Dedicó muchas horas de su vida a preparar la edición ejemplar de las *Obras y correspondencia de David Ricardo* (11 volúmenes, 1951-1973), en colaboración con M. Dobb y, a partir de la obra de Ricardo, elaboró pausadamente el esquema teórico de una economía transformadora de bienes físicos en bienes físicos, con la aplicación de trabajo homogéneo, que permitía estudiar la formación del excedente y su distribución entre salarios y beneficios. Sraffa inició este trabajo teórico a mediados de los años veinte, ofre-



ció avances de su contenido en la *Introducción* a los *Principios* de Ricardo (1951) y presentó el resultado final en el librito *Producción de mercancías por medio de mercancías* en 1960. Pocas obras económicas han tenido tan largo período de maduración; pero la espera se vio justificada por la importancia del resultado. Sraffa indicaba que la teoría presentada en el libro había sido elaborada para servir de base a una crítica de la teoría marginalista del valor y la distribución; y los desarrollos críticos han sido importantes, en especial, por lo que se refiere a la teoría del capital —a la medición del capital y al uso de funciones agregadas de producción—. Al mismo tiempo, el pensamiento neorricardiano de Sraffa permitía revisar la teoría del valor de Marx, expresar el análisis en términos de precios de producción, presentar el «problema de la transformación» como un falso problema y mostrar que las condiciones técnicas de producción no permiten determinar las proporciones en que se reparte el excedente, que existe una relación inversamente proporcional entre salarios y tasa de beneficio y que la formación y distribución del excedente pueden explicarse desde las mismas consideraciones históricas y sociales utilizadas por Marx sin necesidad de utilizar la teoría del valor-trabajo y el concepto de plusvalía. El marxismo «ortodoxo» aún no ha comprendido, y menos aceptado, la relevancia y la profundidad de la crítica sraffiana.

Sraffa era un científico paciente, riguroso, perfeccionista y erudito; en muchos sentidos, todo lo contrario que Keynes. Tal vez por ello, Keynes sentía una simpatía y un respeto profundos hacia Sraffa. Este formó parte —con Kahn, Meade, Joan Robinson, Tarshis y otros economistas jóvenes— del grupo (*circus*) formado en 1930 para comentar y discutir el *Treatise on Money* de Keynes, que acababa de publicarse. Las críticas de ese grupo fueron importantes para la evolución del pensamiento de Keynes y para su formulación de la «teoría

de la demanda efectiva», que constituye el núcleo innovador de la *Teoría General*. Pero la participación de Sraffa en el grupo fue secundaria. La única colaboración personal entre Sraffa y Keynes fue resultado de la afición bibliófila del último.

Su hermano Geoffrey —también bibliófilo notable y especialista en William Blake— le regaló un raro folleto del siglo XVIII del que sólo se conocían tres ejemplares: *Abstract of Hume's Treatise of Human Nature*, que se había venido atribuyendo a la pluma de Adam Smith. Keynes pidió la ayuda de Sraffa. Ambos demostraron que el folleto lo había escrito el propio Hume y lo publicaron en 1938 con una introducción escrita en colaboración.

La amistad de Sraffa y Keynes se mantuvo hasta el final. En la Segunda Guerra Mundial, Sraffa fue uno de los economistas residentes en Gran Bretaña pero procedentes de países enemigos a los que Keynes más se esforzó en poner al abrigo de toda molestia utilizando sus influencias en el Gobierno.

Dennis H. Robertson era un hombre de carácter afable y tímido, de amplia cultura y de mente sutil y profunda en temas económicos. Había iniciado sus estudios universitarios en el campo de la filosofía y las lenguas clásicas, pero en 1910 se había pasado a los estudios económicos y se había convertido en un economista importante con increíble rapidez. Había estudiado con Pigou, su supervisor había sido Keynes y en 1914 había sido nombrado *Fellow* del Trinity College merced a una tesis espléndida que se publicó el año siguiente con el título *A Study in Industrial Fluctuations*. Había sido educado en la escuela de Marshall y siempre defendió por convicción una tradición que no le impedía avanzar en nuevas líneas de análisis.

Su campo de estudio preferido fue la economía monetaria. En 1922 publicó la primera edición de *Dinero*, un libro de texto innovador, penetrante y —como todas sus

obras— excepcionalmente bien escrito, que había de convertirse en un manual clásico en sus ediciones sucesivas. En los años siguientes, Robertson y Keynes colaboraron estrechamente. Ambos querían suavizar las fluctuaciones económicas y ambos creían que ese objetivo debería buscarse a través de una política monetaria que buscara la estabilidad del nivel de precios. Robertson se diferenciaba de Keynes en que insistía más en el componente real de las fluctuaciones y en la inevitabilidad de éstas para el avance del capitalismo, de modo que no creía que una adecuada regulación monetaria pudiera eliminarlas totalmente —y tampoco pensaba que su objetivo debiera ser el lograrlo—. Robertson estaba, sin embargo, dispuesto a compartir las propuestas monetarias básicas de Keynes en aquellos años; como estuvo dispuesto a compartir la oposición al restablecimiento del patrón oro en 1925 a la vieja paridad y la recomendación de acometer obras públicas para combatir el paro. Los dos trabajos más importantes de Robertson en los años veinte fueron *Banking Policy and the Price Level* (1926) —su libro más innovador— y el artículo «Theories on Banking Policy» (*Economica*, 1928). En el prólogo del primero, Robertson indicaba que su continuo intercambio de ideas con Keynes le hacía difícil precisar hasta qué punto el contenido del libro debía atribuirse a uno o a otro. Robertson estaba ocupado en el estudio de las condiciones del «equilibrio monetario en el tiempo» y estaba utilizando, para ello, el análisis secuencial y la discusión del significado de las igualdades y desigualdades entre ahorro e inversión. Probablemente, en el momento en que se tomó la fotografía que sirve de referencia a estas líneas, Robertson iba por delante de Keynes en la apertura de nuevas líneas de investigación.

El distanciamiento entre ambos economistas comenzó con la publicación del *Treatise on Money* (1930), aumentó en los años siguientes y se ahondó tras la apa-

rición de la *Teoría General* (1936). Los comentarios críticos de Robertson al *Treatise* irritaron a Keynes, quien los interpretó como un deseo de Robertson de aferrarse al viejo significado de los términos. Sin embargo, las diferencias entre ambos no eran sólo de palabras y terminología; y ello se hizo ostensible a lo largo de los años treinta.

Robertson consideraba que la Gran Depresión se diferenciaba de las contracciones anteriores por el colapso monetario —en Estados Unidos y en el sistema monetario internacional—; y esto es lo que la hacía excepcional y lo que justificaba recomendar la adopción de medidas excepcionales para combatirla. Pero Robertson entendía que la actitud adoptada por Keynes llevaba a hacer normal lo excepcional o, para utilizar sus palabras, llevaba a borrar la distinción entre los alimentos y las medicinas. Esta discrepancia se acentuó en la medida que, con el paso de los años treinta y el aumento del pesimismo de Keynes sobre el futuro de las economías industriales maduras, éste pasó a considerar que la política de tipos de interés bajos debería adquirir un carácter permanente y que la política de «socialización de la inversión» podría hacerse normalmente necesaria para mantener altos niveles de empleo. Para Robertson, el intento de hacer normal lo excepcional sólo llevaría a la inflación endémica y a una mala asignación de los recursos productivos.

Estas discrepancias en las descripciones de política económica estaban relacionadas, naturalmente, con discrepancias en las respectivas aproximaciones teóricas. La concentración de Keynes en el equilibrio a muy corto plazo difería de la preocupación de Robertson por un «equilibrio en el tiempo», período tras período, que era precursor del «equilibrio sostenido» de las posteriores teorías del crecimiento; y Robertson entendía que la obstinación de Keynes con el corto plazo era responsable de propuestas que no contemplaban sus efectos con un horizonte más largo. Por otra parte,

Robertson denunciaba —con razón— el imperfecto uso por Keynes y los keynesianos de primera hora de los conceptos de ahorro e inversión, sin distinguir adecuadamente entre los conceptos «planeados» y los «realizados»; y atacaba la consiguiente tendencia a sugerir que el hecho de que el aumento de la inversión generase un aumento del ahorro por la misma cuantía *ex post* eliminaba los problemas de inflación y financiación mientras no hubiese pleno empleo. Robertson criticaba también la presentación por Keynes del tipo de interés como un fenómeno exclusivamente monetario, una crítica que Keynes hubiera debido aceptar si hubiera interpretado (correctamente) el sistema de la *Teoría General* como un modelo de equilibrio general en el que el nivel de renta y el tipo de interés se determinan conjunta y simultáneamente —y una crítica cuya aceptación hubiera evitado la prolongación durante muchos años de la estéril polémica entre los defensores de la «teoría de la preferencia por la liquidez» y la «teoría de los fondos prestables». Finalmente, Robertson consideraba que Keynes, para ofrecer una presentación más efectiva de sus ideas, había maltratado innecesariamente e incluso distorsionado las posiciones de sus maestros, Marshall y Pigou.

Seguramente Robertson no captó todo lo que había de innovador en el desarrollo de las ideas de Keynes; pero sí advirtió que las pretensiones de novedad eran exageradas y que, a menudo, respondían a errores teóricos. Y también comprendió que las ideas generales de Keynes podían traducirse en políticas económicas peligrosas.

Lo que Robertson fue progresivamente aprendiendo a su costa es que, en el clima sectario que rodeó a la «revolución keynesiana», el distanciamiento de Keynes podía hacerle la vida muy difícil en Cambridge. Tan difícil que, en 1938, decidió presentar su candidatura a la Cátedra de Dinero y Banca de la London School of Economics.

Obtuvo el puesto y abandonó las habitaciones del Trinity College, donde había vivido desde 1914.

La Segunda Guerra Mundial le aproximó de nuevo a Keynes: primero, como asesor económico del Tesoro ocupado de las balanzas de pagos de Gran Bretaña con los países no pertenecientes al bloque de la esterlina; después, en relación con la negociación de los acuerdos *Lend-lease* y, finalmente, como miembro de la delegación británica en Bretton Woods. Fue la intervención de Keynes —capaz de imponerse a sus seguidores más sectarios— la que le proporcionó, después de la guerra, la Cátedra de Economía de Cambridge, que habían ocupado Marshall y Pigou. Pero la muerte de Keynes le dejó sin protección y, hasta su jubilación en 1957, se sintió solo e incómodo en un ambiente dominado por un sistema que —para utilizar sus palabras— «había cristalizado en una ortodoxia no menos rígida que aquella contra la que se había revelado». Sus *Lecciones sobre Principios de Economía* (tres volúmenes, 1957-1959) recogen las explicaciones de cátedra en sus últimos años y contienen un esfuerzo de síntesis y dosis muy elevadas de buen juicio económico en un período dominado por una interpretación de Keynes que hoy está completamente superada.

Robertson estaba más cerca de Keynes en numerosos puntos básicos de lo que puede sugerir la desafortunada evolución de sus relaciones. Si la tendencia de Keynes a impacientarse con sus críticos y la propensión de bastantes de sus seguidores inmediatos a politizar la discusión científica y a trazar distinciones amigo-enemigo no hubieran interrumpido el diálogo, los resultados habrían sido mejores para todos.

Por otra parte, el mensaje de Keynes difícilmente podía escucharse por quienes desde la izquierda consideraban liquidado el capitalismo y pedían una revolución que redistribuyera la renta e instaurara la propiedad pública de los medios de producción. Stuart Holland ha descrito y calificado el ambiente del partido laborista británico de los años treinta como claramente antikeynesiano. El partido laborista estaba dominado en esa década por la corriente ideológica del «Left Book Club», del que eran figuras destacadas Gollancz, Laski y John Strachey, con orientación marxista y furibundamente antikeynesianos. La actitud del propio matrimonio Webb, simpatizantes del marxismo y del socialismo stalinista en los años treinta, y la postura marxista del influyente pensador G. D. H. Cole, cerraron el paso a cualquier acogida de la revolución keynesiana por el laborismo británico. La simpatía con las ideas expuestas por Keynes en esta etapa quedaron reducidas a una minoría —Oswald Mosley y Ernest Bevin entre los políticos consagrados y Hugh Dalton, E. F. M. Durbin y Douglas Jay entre las jóvenes promociones—. Sólo el entusiasmo juvenil de D. Jay fue capaz de iniciar en este ambiente la preparación de un programa socialdemócrata entendido y expresado en términos keynesianos. Vistas las cosas así desde la cota de los años treinta, el cambio del laborismo hacia el keynesianismo, que se produjo en la década del sesenta, fue tan espectacular como inesperado. En 1936 las argumentaciones keynesianas triunfantes en 1956 y 1962 de Anthony Crossland, quedaban muy lejos, la conversión al keynesianismo de Strachey y de G. D. H. Cole habrían de reclamar mucho tiempo, pues no llegan hasta casi los años sesenta. El Bad-Godesberg de la socialdemocracia alemana, en fin, era también imprevisible.

La derecha conservadora tampoco aceptó el mensaje keynesiano. Fue Keynes el que anunció ya que «los dirigentes capitalistas de la City y del Parlamento eran incapaces de diferenciar las nuevas medidas de protección al capitalismo (esto es, el keynesianismo) de los que ellos denominaban bolchevismo». Quizás el caso que mejor ejemplifica este proceso de lenta maduración (y adaptación) del keynesianismo para su asimilación por ideologías conservadoras sea el de cómo la *General Theory* terminó aceptándose por la política americana. Ese proceso, que Galbraith y Scitovsky han visto con ojos ra-

dicales y críticos y Herbert Stein con mirada más objetiva, tiene un conjunto de secuencias muy ilustrativas de las dificultades que Keynes tuvo que vencer para llegar a América. Ese proceso se inicia con la llegada de Hansen a Harvard en 1937 y su seminario de política fiscal que logra una convocatoria excepcional de futuros economistas. Hansen será, con Samuelson y Seymour Harris, quienes convertirán a Harvard en lo que Galbraith ha llamado «la avenida principal a través de la que pasaron a Estados Unidos las ideas de Keynes». Pero al atractivo de esas ideas keynesianas para los economistas que las siguieron no era sólo económico. Había un Keynes radical (el de la imposición redistributiva, el de la gran inversión pública) y un Keynes rentable profesionalmente, en cuanto defendía la dirección de la economía por los economistas; factores que, sumados todos ellos, explican el éxito de la conversión generalizada de los jóvenes economistas americanos al keynesianismo. Ese keynesianismo radical es el que se recoge en el manifiesto de los economistas de Harvard y Tufts sobre el contenido de la nueva política económica: enérgica expansión del gasto público, fuertes aumentos en la progresividad impositiva, crecimiento sin temor de la deuda pública, programas de bienestar bien articulados. Al atractivo de esta interpretación del keynesianismo se sumó la presencia de Lancelin Currie que, desde 1939, se convirtió en el asesor principal de la Casa Blanca e incorporó a los discípulos de Hansen a la Administración Pública.

El primer capítulo del proceso de recepción de las ideas keynesianas se cierra con los presupuestos expansivos de 1939 (tras el fracaso y la recesión siguientes a los presupuestos restrictivos de 1937-38) y la llegada de la Segunda Guerra Mundial.

El siguiente capítulo es el de la experiencia de la política económica en tiempo de guerra, en la que la administración se dirige por el enfoque keynesiano que elabora y aplica los instrumentos de «bache inflacionista» y supone la incorporación de más economistas al gobierno. El éxito de esta política económica se resume en el pleno empleo de los recursos productivos. Un logro que mostraba que ese objetivo era viable y podía alcanzarse —con programación suficiente— por la economía en tiempos de paz.

Es al llegar la paz cuando se inicia una tercera

parte del proceso histórico, que registra la aparición de las fuerzas conservadoras, temerosas de que el contenido futuro de la política económica fuera el del manifiesto de Harvard y Tufts. La voz cantante en esta fase la va a llevar el Comité para el Desarrollo Económico, presidido por Beardsley Ruml como «puente entre el pensamiento de los economistas en la política fiscal y el pensamiento de los hombres de negocios». Surge así la idea de los «estabilizadores automáticos» como lugar coincidente de las especulaciones de los economistas keynesianos y de los intereses empresariales. La política fiscal keynesiana no tiene por qué constituir una amenaza para la empresa privada y la libertad individual. El presupuesto debe equilibrarse con pleno empleo. Los impuestos deben fijarse de forma que en esa situación de pleno empleo atiendan a los gastos públicos, y establecerse un conjunto de estabilizadores automáticos en gastos e ingresos que empujen — ante cualquier caída de la economía — hacia ese techo productivo. La política monetaria debe ayudar a caminar en esa dirección y si la productividad del sistema económico aumentase, el equilibrio presupuestario de pleno empleo podría lograrse con más gastos públicos o menos impuestos, un ajuste que debería tener una clara elección: *menos impuestos*. Esa política fiscal automática keynesiana permitía una restauración de viejos dogmas y nuevas ambiciones y fue aceptada.

La cuarta y última etapa de ese largo proceso de aceptación de la política keynesiana la ocupa la reducción tributaria de 1964, preparada por el Consejo de Asesores Económicos del Presidente Kennedy. La reducción fiscal se propugna como alternativa para lograr la expansión continua de una economía en crecimiento. Una idea de cuya conveniencia Walter Heller, Arthur Okun y James Tobin persuaden al Presidente Kennedy que, a su vez, se encargará de persuadir a los empresarios americanos.

Ese largo proceso — contado con precipitación y sin detalles — que llevó a la adopción del keynesianismo, pidió *tiempo* y adaptación de los programas a la ideología dominante de la sociedad en que debían aceptarse. Visto con ojos radicales, podría preguntarse si la sociedad estadounidense que asoció Kennedy a Keynes, se convirtió al keynesianismo o si utilizó al keynesianismo después de algunos años.

El lento cambio de actitudes e ideologías políticas de la izquierda y de la derecha — coincidentes en la necesidad de aplicar la política keynesiana en los años sesenta — fue posterior, y no anterior, a la Segunda Guerra Mundial.

De esta manera, el presagio de Keynes se cumplió: una gran depresión parece demandar una guerra para terminarla. Y cabe poca duda de que la guerra mundial tuvo una gran importancia para facilitar la adopción del mensaje keynesiano al crear la atmósfera adecuada para su aplicación, al aglutinar a las clases sociales en un espíritu de unidad y al producir un sector público de dimensiones suficientes para llegar a la economía mixta — mitad mercado, mitad Estado — que pedía la aplicación eficiente de la economía keynesiana. Finalmente, la guerra desplazó la frontera tecnológica, permitiendo una ola de innovaciones facilitadas a los procesos de inversión que se añadían a las disponibles ya en 1930 y a las que Keynes se había referido en su conferencia de Madrid. A los bienes de consumo duraderos, a los vehículos, se habían añadido las innovaciones disponibles de la industria química y petroquímica, materiales sintéticos y electrónica. Esa oferta tecnológica mejoraría sus posibilidades de utilización por la caída de los precios de los alimentos, de las materias primas y, sobre todo, de la energía, haciendo casi inevitable la anunciada prosperidad keynesiana de Madrid. Bastaba sólo que el keynesianismo empujase, con sus motores de consumo e inversión, el gasto nacional para desatar el crecimiento de la producción. Puede muy bien afirmarse que el keynesianismo de la segunda posguerra mundial no hizo otra cosa que aprovechar las oportunidades de la oferta existente. Toda onda larga de expansión económica (lo que algunos economistas denominan ciclos largos de Kondratieff) necesita un conjunto de innovaciones y recursos productivos disponibles y un entorno de política económica y social favorable. La onda larga de prosperidad que va de 1951 a 1973 contó para su materialización efectiva con esas dos condiciones: con la innovación tecnológica y los recursos productivos necesarios — las fuerzas de la oferta a las que se había referido Schumpeter —, y con el entorno social y económico necesario para aprovecharlas creado por la fuerza y poder de la *demanda efectiva* que había expuesto Keynes.

Cabría desatar una polémica sobre la interpretación de esa ola de prosperidad que el mundo desarrollado industrial vivió desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 1973, preguntándose si fueron las fuerzas de la oferta o las de la demanda efectiva las que multiplicaron la producción y redujeron el desempleo. Los días de feroz antikeynesianismo que hoy vivimos han favorecido, no sólo la duda, sino la afirmación del carácter inevitable de ese prolongado proceso de progreso económico, atribuyéndolo, no a la adopción tardía de una política keynesiana, sino a un auge cíclico y autónomo de la inversión privada, una interpretación que Robin Matthews propuso ya en 1968 para Gran Bretaña y en la que coincidía con la apreciación de Dow, para quien la política keynesiana no había hecho sino perturbar un proceso que estaba teniendo lugar espontáneamente. Es difícil aceptar la validez de estas afirmaciones que, por otra parte, no han conseguido alegar —como confiesan sus formuladores— pruebas suficientes. Tampoco es posible negar la oportunidad que a la política de la demanda efectiva concedía la frontera tecnológica disponible en la era keynesiana y los favorables precios relativos de materias primas y capital que en ella se registraron. Keynes era un especulador y, como tal, trataba de conocer las oportunidades favorables al desarrollo a largo plazo que proclamó en su conferencia de Madrid y se propuso aprovecharlas a favor de las sociedades de su tiempo con la especulación del modelo de la demanda efectiva contenido en la *General Theory*.

Nuestros días y nuestro tiempo son los que Keynes consideraba como el mundo de sus nietos. El keynesianismo nos ha traído hasta aquí, y su promesa de prosperidad —juzgada por los «someros apuntes econométricos», que, como indica Samuelson, contiene su conferencia de Madrid— se ha cumplido.

Todas esas afirmaciones sobre la era keynesiana están redactadas en pasado y no por casualidad. Porque, efectivamente, la era keynesiana de larga prosperidad es pasado e historia. La realidad actual vuelve a ser crítica.

### Los problemas actuales y las limitaciones de la visión y el modelo keynesianos

«Nadie debería tratar de defender a Keynes al pie de la letra o aplicar sus escritos literalmente a los problemas de hoy». Estas palabras de Joan Robinson transmiten la principal diferencia entre el mundo de Keynes y nuestra era postkeynesiana. La *visión* y el *modelo* de Keynes están inevitablemente asociados a la realidad en la que él vivió, muy distinta de la nuestra.

El gran acontecimiento histórico que define nuestro tiempo y le separa de la era keynesiana es la radical y súbita modificación de los costes y precios relativos que se va fraguando en la segunda mitad de los años sesenta y que, empujada por la incontrolada inflación estadounidense (pese a las advertencias preventivas de los economistas keynesianos), asociada a la guerra del Vietnam, va a estallar con la crisis energética de 1973. La conmoción en la relación real de intercambio constituye el origen de una serie de efectos que están hoy presentes en la crítica situación de las distintas economías: desequilibrios de las balanzas de pagos y crecimiento de la deuda exterior; efecto depresivo sobre la producción industrial y comercio mundial; obsolescencia técnica de los equipos instalados, prematuramente envejecidos a consecuencia de la modificación radical de los precios de materias primas, energía, trabajo y capital; traducción inflacionista de esa conmoción de precios relativos en el interior de las distintas economías nacionales, traducción dependiente de la cuantía de las importaciones y, sobre todo, de las reacciones de mercados y productos frente a la pérdida nacional impuesta por la caída en la relación real de intercambio.

La suma de todos esos efectos concede una prioridad absoluta a los ajustes productivos de una economía para adaptarla a los nuevos datos definidos por la crisis. Dicho en otros términos: los problemas económicos actuales se centran en esa adaptación a los *shocks* procedentes del lado de la oferta y los precios relativos. Es esta nueva y compleja situación económica la que obliga a definir una política económica distinta de la que dominó la era keynesiana que discurre hasta 1973. No bastan ya las medidas de ajuste global tendentes a regular la demanda agregada

## KEYNES, CAMINO DE LA ERA KEYNESIANA

Si hay ocasiones en que la certeza de que una imagen vale más que mil palabras, pocas pueden igualar a la que ofrece la comparación de dos imágenes casi idénticas pero distantes en el tiempo. Esa comparación que se sugiere al lector es enfrentar la portada que el diario *ABC* de Madrid publicaba el 3 de enero de 1946, con la que páginas atrás se ofrece en PAPELES del matrimonio Keynes llegando a España el 8 de junio de 1930. Entre esas imágenes median dieciséis años llenos de historia y de trabajos keynesianos. La de 1930 nos presenta a un Keynes lleno de vida, en la mejor etapa de su creación intelectual. Un Keynes que en plena depresión mundial, cuando el presagio de una crisis y caída final del capitalismo se agitaba con fuerza, trae a España un mensaje de esperanza. No hay decadencia a la vista afirmará Keynes: hay una oferta tecnológica importante (la fuerza del crecimiento a la que se refería Schumpeter), hay materias primas, alimentos y energía baratos (con precios derrumbados por la depresión iniciada en los meses finales de 1929 y en el primer semestre de 1930). ¿Qué esperamos entonces para que la *demanda efectiva* actúe como timón que dirija una nueva singladura camino de la prosperidad de la economía mundial? Esa fue la gran pregunta que Keynes dejó hecha al auditorio de los universitarios que le escucharon en la Residencia de Estudiantes de Madrid.

La historia tenía reservada a la pregunta keynesiana una respuesta terrible y contundente a la vez: esperamos una guerra mundial para sacar al mundo de la depresión de

los años treinta. El pleno empleo se va a lograr en las economías industriales de Occidente a toque de clarín y cañonazos. En esa lección, costosa como pocas, de la Segunda Guerra Mundial se enseñaba, sin embargo, una enseñanza que Keynes luchó por divulgar antes de que fuera tarde: es posible el desarrollo de la producción, de la renta y del empleo en una economía de paz, si somos capaces de articular una política *racional* en la posguerra. Para ganar esa batalla de la paz era necesario contar con instituciones y decisiones que garantizaran la construcción del mundo libre, la reconstrucción de una Europa asolada por la guerra que precisaba de la ayuda americana, y era también requisito indispensable definir un orden económico internacional que sirviera de base a un desarrollo de los intercambios, convirtiendo a la multiplicación del comercio mundial en fuente de progreso.

A esos requisitos —la reconstrucción de Europa y del orden económico internacional— dedicó Keynes la poca vida que le quedaba y que los cuidados impagables de su mujer Lydia Lopokova y del doctor Plesch habían conservado. Keynes aparece en esa portada de *ABC* a cuatro meses de su muerte, cansado y amargado de negociar con Estados Unidos el préstamo americano a Inglaterra, convencido de que por esa ayuda pasaba la reconstrucción de su país pero también la de Europa. El convencimiento americano de la necesidad de esa ayuda propuesta por Keynes tardaría en producirse. Habrá que esperar dos años más para que el general Marshall apoye decidida-

mente la reconstrucción europea con su ayuda. Keynes había participado y luchado también por definir el orden monetario de la posguerra negociando con White las bases de los acuerdos de Bretton Woods que dejaron fuera —para su desilusión y amargura— muchos consejos constructivos de Keynes, olvidados que se pagarían muy caros más tarde.

Sin embargo, ese Keynes prematuramente envejecido dejaba además de esas contribuciones para construir la paz sus *ideas*, las ideas que resumen su política de la demanda efectiva que se habían articulado en el armazón de la *General Theory* y que iban a servir de base para definir, por fin, la estrategia de la política económica de los distintos países occidentales. A partir de esa estrategia se preparó la ola de prosperidad que iba a levantar la producción, la renta y el empleo en los países del mundo libre de manera espectacular entre 1951 y 1973. Hay motivos fundados —que tienen que mantenerse con firmeza en estos años de antikeynesianismo que vivimos— para calificar esa larga etapa de desarrollo (la más prolongada que se ha vivido en la historia del mundo occidental) como una era keynesiana, pues, como con razón se ha preguntado Roy Jenkins, «¿qué política que no fuera la de mirar a la economía desde la perspectiva de la demanda efectiva —que Keynes nos descubrió— se aplicó en estos años?»

La aproximación central a los problemas económicos, sociales y políticos que domina esa larga era de prosperidad, que va desde 1951 a 1973, respondió a un conjunto de rasgos básicos en los que parece difícilmente discutible la presencia de las ideas keynesianas. El profesor Rojo ha resumido con acierto los rasgos básicos de esta aproximación central en cinco fundamentales: la defensa de sociedades pluralistas, democráticas y liberales; la confianza en el papel de la discusión racional y la transacción política como forma de acotar y resolver los conflictos en sociedades

abiertas; la creencia en la mejora del bienestar a partir de un capitalismo reformado que, reconociendo la primacía de la iniciativa privada, señale las limitaciones del mercado para asignar recursos y estabilizar la producción, lo que otorga un papel limitado, pero importante, al Estado y la política económica; la confianza en que una actuación de la política económica mantenga sin grandes fluctuaciones el desarrollo de la renta y el empleo; el entendimiento, en fin, de que ese crecimiento sostenido concede una oportunidad singular para hacer más profundos los derechos de ciudadanía: mejorando y extendiendo los sistemas educativos, la participación en el crecimiento de las rentas salariales, el aseguramiento de los estados de necesidad por los sistemas de seguridad social.

Esa aproximación central a los problemas económicos, sociales y políticos de las sociedades occidentales que dominó la era keynesiana, y que recibió su inspiración en muchas de las ideas de Keynes, se iría resquebrajando perceptiblemente desde el comienzo de la década de 1970. El orden monetario internacional, concebido con limitaciones denunciadas por Keynes desde la primera hora, sería la primera víctima. Y por culpa ciertamente de desoír los consejos dados por Keynes sobre cómo financiar la guerra (contenidos en *How to pay for the war?*), que siempre debería atender a la imperativa necesidad de cubrir sus gastos por medios no inflacionistas, se desataría la inflación de los setenta que preludió el comienzo de la crisis actual. La financiación inflacionista de la guerra del Vietnam produjo, en efecto, la gran inflación de los setenta que, transmitida por el déficit de la balanza de pagos americana, provocaría expansiones monetarias en todos los países occidentales que se estrellarían en los mercados de materias primas, alimentos y energía, ocasionando el vuelco espectacular de la relación real de intercambio entre: materias primas + alimentos + energía/productos industriales, alterando súbita y brutalmente así los

precios relativos y abriendo con ello la era de estancamiento con inflación que desde entonces vivimos y que señalaría el fin de la era keynesiana.

Encontrar desde entonces el camino de una recuperación duradera constituye una búsqueda en la que se han agotado todas las estrategias disponibles, sin que hasta el momento existan garantías de haber hallado el camino. Celebramos así hoy el centenario de Keynes

con otra crisis muy distinta de la que él vivió, pero no menos preocupante. Una crisis que reclama para su tratamiento medidas diferentes de las keynesianas. No deja de ser una ironía del destino, ha denunciado James Tobin, que la economía en la que hoy se anuncia una recuperación más espectacular —la estadounidense— presente rasgos que son sorprendentemente keynesianos. Las medidas fiscales americanas tienen una influencia expan-

MADRID DÍA 3 DE  
ENERO DE 1946.  
DIARIO ILU-  
TRADO

DIARIO ILU-  
TRADO DE IN-  
FORMACION  
GENERAL

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA



**El "hombre del día" en Londres**

Lord Keynes es la figura de actualidad en el mundo anglosajón, el blanco impasible de las críticas de financieros y economistas conservadores de Gran Bretaña; la columna militar de la post-guerra económica, para sus seguidores Lord Keynes es el hombre que más decidida influencia ha ejercido en 1946 a la fecha, en la política económica británica. Su cambio al haberse de Sir John Wood; el que ha reunido el espíritu norteamericano, el que ha fundido, en su filosofía una profunda teoría, la teoría de Keynes; el que ha marcado el rumbo que ha de tomar, en los años críticos que se aproximan, la vida económica de Gran Bretaña. Su nombre grabado aparece con su mujer, Lady Keynes (Sigrida Lapokova), que fue, en otros tiempos, famosa bailarina rusa. (Foto Ortol).

siva innegable sobre la demanda efectiva. ¿Cuáles son si no los efectos de las reducciones fiscales en el impuesto sobre la renta? ¿Cuáles son las consecuencias de los déficits del presupuesto impulsados por las reducciones fiscales y por los crecimientos de los gastos de defensa? Son, se quiera o no, medidas keynesianas disfrazadas con argumentos de la economía de oferta, con independencia de la valoración que de ellas se haga por sus efectos sobre la distribución de la renta y la asignación de los recursos. La recuperación de la economía estadounidense es una criatura con ras-

gos inconfundibles transmitidos por la expansión de la demanda efectiva.

Son precisamente esas características de la recuperación americana las que siembran preocupaciones fundadas sobre su posible transmisión a otras economías y sobre su posible duración en el tiempo. Porque nuestros problemas de hoy necesitan tratamientos distintos que no se encuentran en una simple expansión de la demanda, sino en el remedio de desajustes productivos que reclaman reasignaciones importantes de recur-

sos que la mayoría de las economías no han realizado. Precisan dominar los crecimientos de rentas para moderarlos de acuerdo con las posibilidades de crecimiento de la producción y exigen contenciones del gasto y el déficit públicos, sin los cuales los problemas reales que tenemos planteados no se resolverán.

Keynes nos llevó a una era keynesiana que él no iba a vivir. Pero la era keynesiana se ha cerrado en 1973, reclamando una nueva política económica que es urgente definir y aceptar.

nominal y mantener, con ello, la expansión equilibrada de las distintas economías nacionales. Es necesario además —y sobre todo— ajustar la producción de los distintos sectores y empresas para responder a las nuevas condiciones de costes y precios relativos.

En los actuales supuestos de la economía mundial, la asignación de recursos mediante variaciones de precios y costes relativos no constituye, como afirmó Keynes en su tiempo, «un ejercicio para escolares». Se ha convertido en el asunto básico del sistema económico que debe condicionar la *visión* del problema económico en las sociedades actuales. Para conseguir los ajustes productivos pedidos por la crítica situación presente, la demanda efectiva, el gran timón keynesiano que pudo gobernar la marcha de la economía para sacarla de la depresión, ha perdido gran parte de su capacidad orientadora por la rigidez de las economías actuales en las que debe actuar. Empujar la demanda, sin corregir los costes y precios relativos y sin adaptar la oferta y demanda de las distintas producciones, equivale a consolidar los niveles alcanzados de costes y precios y a revalidar estructuras productivas desajustadas en los distintos mercados. Es decir, equivale a negar los ajustes demandados por los datos firmes en que la crisis actual está sólidamente cimentada.

Tibor Scitovsky ha llamado la atención de los economistas sobre los peligros del sistema ca-

pitalista en una circunstancia en la que la flexibilidad de costes y precios está exigida como condición primera para responder eficientemente a la crisis actual y en la que esos mecanismos flexibles de asignación eficiente se ven cegados por la creciente arterioesclerosis que ha invadido a los mercados de factores y productos. En tales circunstancias, las actuaciones sobre la demanda total para mantener un nivel elevado de producción y empleo, no harán otra cosa que impulsar una capacidad de compra que se estrellará en las rigidices del sistema económico, convirtiéndose en precios mayores y en desajustes crecientes de la economía a largo plazo.

Los economistas de la mejor tradición keynesiana reconocen estas limitaciones del modelo de la *General Theory* para tratar los problemas económicos actuales, problemas que reclaman nuevas medidas y políticas. James Tobin, al abrir un foro recientemente celebrado en la Universidad de Hofstra sobre «Las consecuencias políticas de John Maynard Keynes», afirmaba: «necesitamos algo más que políticas fiscales y monetarias para afrontar nuestros problemas. Podemos y debemos impulsar medidas capaces de reducir el valor esperado de la tasa de desempleo no aceleradora de la inflación (TDNAI, siglas por las que puede traducirse el concepto de NAIRU). Estas medidas incluyen actuaciones en el mercado de trabajo, mano de obra y capital humano. Es preciso actuar sobre las medidas

legislativas heredadas como tabúes que establecen mínimos salariales o precios mínimos en ciertos mercados, que constituyen trampolines que favorecen el lanzamiento de los precios ante los estímulos de la demanda agregada. Esas medidas incluyen también la negociación de nuevos acuerdos sobre retribución del trabajo que eviten las percepciones rígidas sobre el producto derivadas tan sólo del poder de negociación y, asimismo, son precisas medidas que hagan más sensible la negociación colectiva a las situaciones de desempleo. Pero incluso si todo eso se realiza en esos frentes en el grado en que sea política y económicamente realista, hay que afirmar que necesitamos además una política de rentas en nuestro arsenal de medidas. Nuestro reto es diseñar políticas en que capital y trabajo acepten decisiones en el interés de una mejor administración de la economía nacional, políticas que no tengan un impacto rígido y negativo que suponga pesados costes en la asignación de recursos en los distintos mercados». Cómo lograr esas políticas es un tema abierto a las propuestas de los economistas, pero el reconocimiento de su necesidad prueba la peculiaridad de los problemas económicos actuales y las limitaciones y fracasos registrados para resolverlos.

Otro campo en el que la era keynesiana —y no tanto el modelo teórico contenido en la *General Theory*— ha creado problemas actuales que reclaman nuevas soluciones es el del crecimiento acelerado de los gastos y el déficit públicos que se han adueñado hoy de casi todas las economías. El intenso crecimiento económico de la etapa 1951-73 permitió financiar crecimientos del gasto público (en seguridad social y en inversiones públicas) sin precedentes en el pasado, al mismo tiempo que crecía el gasto privado de consumo y de inversión. Cuando las economías se han adentrado en la crisis, con tasas de desarrollo que nada tienen que ver con las del pasado, se plantean problemas de elección inevitables que tienen que realizarse con un criterio de eficiencia. Revisar las elecciones del gasto público para ajustarlas a ese criterio no resulta una tarea sencilla, porque las expectativas sociales, magnificadas a lo largo de los años prósperos, dificultan la adopción de decisiones guiadas por el principio de racionalidad y economía, porque las sociedades, especialmente las occidentales desarrolladas, no aceptan el cambio de perspectiva. Schlesinger ha

afirmado con fortuna: la crisis económica exige una adaptación social a expectativas de renta decreciente, pero nadie está dispuesto a aceptarlas con resignación y disciplina. Simplemente, los ciudadanos no admiten las consecuencias de la crisis porque se han adentrado en ella de espaldas, mirando hacia atrás con ira, aferrados a unas esperanzas que no pueden, por el momento, materializarse, sino al coste de un creciente desequilibrio del sector público.

El déficit público, acompañante de la crisis, encuentra, en este desajuste entre expectativas con base económica ayer y sin ella hoy, una de sus consecuencias y, al mismo tiempo, uno de los motivos de su generalización y su agravamiento. No es posible, sin una conciencia social clara de esa causa de la crisis y sin su incorporación a la política económica, lograr una recuperación prolongada.

En esa tarea, erizada de dificultades, se registra el ostensible envejecimiento de la aproximación keynesiana implícita en los que se han denominado supuestos de Harvey Road. Keynes creyó, en efecto, que no habría peligros en abrir, sin límites previos ni reglas fijas, en una democracia, las elecciones públicas sobre el gasto y el déficit. Que la «burguesía ilustrada» constituía una garantía para la formación de una opinión interna que evitase los peligros de la arbitrariedad y persuadiera a la opinión externa a comportarse racionalmente. Esa fe keynesiana en un Estado racional ha sido desbordada por los acontecimientos. Roy Harrod ya lo anticipó cuando afirmaba los peligros de abrir las puertas de la decisión pública a la presión de los intereses que podrían convertir el gasto y el déficit públicos en alternativas posibles para la obtención descontrolada de ventajas particulares. Toda la teoría moderna de la «Public Choice» no ha hecho otra cosa que explicitar los fundamentos de la afirmación de Harrod, mostrando hasta qué punto los supuestos políticos keynesianos sobreestimaban la capacidad de un Estado democrático para dirigir racionalmente la economía. El enfoque alternativo de Schumpeter fue en este punto más realista que el de Keynes, al considerar la competencia democrática en todo semejante a la competencia de mercado. El político negocia en votos de la misma forma que un empresario siderúrgico se ocupa de la venta de acero. Vende políticas por votos y al tratar de atraérselos puede perjudicar

la adopción de decisiones racionales en una democracia. Por esta causa, Schumpeter propuso el cumplimiento de condiciones previas y fundamentales para que la democracia representativa pudiera funcionar, aislándola de las fuerzas económicas que podían perturbar la racionalidad de sus decisiones. Keynes no explicitó estas condiciones, aunque su razonamiento las supusiera. En todo caso, la apertura a la manipulación de la política económica del gasto y del déficit, eliminando los viejos dogmas del gasto mínimo y el equilibrio presupuestario, comportaba peligros ciertos que nuestro tiempo ha registrado con elocuencia.

El tercer campo en que la crisis reciente ha descubierto defectos importantes en la aproximación keynesiana a los problemas económicos está en lo que Christopher Freeman llama con ironía «el *divertido descuido* de las políticas de demanda de la situación de la tecnología», que constituye un dato del que depende la reversión de la situación crítica actual y que debe figurar, por tanto, entre las medidas integrantes de la política económica. «Esta conclusión surge de anteriores experiencias sobre la recuperación de la situación depresiva semejantes a la que hoy nos enfrentamos y de la más reciente experiencia japonesa. Particularmente importante sería la innovación con amplias posibilidades de adaptación que podría ofrecer una combinación de mayores beneficios de productividad y mejorar la rentabilidad existente». Como Christopher Freeman indica, el intento de favorecer la adaptación de nuevas tecnologías e incluso de hacer problema de esa situación en la industria no fue un tema que preocupó al pensamiento keynesiano. Keynes consideraba a la frontera tecnológica como distante en el tiempo. Existía, por así decirlo, un horizonte dilatado que recorrer antes de agotar las posibilidades existentes que las fuerzas de la oferta (tecnología, dotación de recursos y precios de los mismos) ponían a disposición de los distintos países a comienzos de 1930. Es la variación de este escenario la que hoy se registra. Las nuevas posibilidades abiertas por la tecnología piden un contexto social distinto, para su incorporación al proceso productivo, del que Keynes nos ofreció con la demanda efectiva.

Esas tres grandes modificaciones que la realidad económica actual registra —variación de los precios relativos y desajustes en la oferta

productiva, crecimiento no dominado del gasto y del déficit públicos, favorecido por la ruptura del keynesianismo con las normas presupuestarias convencionales establecidas, y el cambio del panorama tecnológico y la necesidad de recorrerlo con nuevas pautas, distintas de las keynesianas, constituyen tres grandes campos que varían de forma importante la visión de los problemas de nuestro tiempo y las respuestas acertadas de la política económica.

Jugando una vez más ese juego postkeynesiano que tanto ha entretenido las especulaciones de los economistas en la crisis actual, podríamos preguntarnos ¿qué hubiese dicho Keynes hoy si hubiera tenido que repetir su conferencia de hace 53 años en Madrid? ¿Habría reafirmado su ciega confianza en la garantía del desarrollo a largo plazo, despreocupándose de los problemas que plantean las urgentes y laboriosas adaptaciones de costes y precios relativos y los desajustes de las distintas producciones? ¿No habría acentuado la importancia de la reestructuración de la oferta (principalmente de la desajustada oferta industrial) que tanto le preocupó cuando se embarcó, con su coraje singular, en la reconversión de la industria textil de Lancashire? ¿No habría aceptado y destacado la necesidad de flexibilizar el mercado de trabajo y disponer de una política de rentas como instrumento necesario para dar eficacia a la política monetaria y fiscal que tan claramente apunta en el Informe de la Minoría del Comité Macmillan? ¿No habría reconocido que sobreestimó las posibilidades de una acción racional del Gobierno en una democracia y que el trabajo de los economistas para forjar instituciones que disciplinen el comportamiento social debe llevarse más horas y atención de las que él les dedicó? ¿No habría acentuado los peligros actuales de la inflación sobre cuyas consecuencias dejó escritas mejores páginas que ningún otro economista contemporáneo? ¿No se habría sorprendido por la creciente presencia de las necesidades relativas, que plantean, pese a la mejor satisfacción de las necesidades *absolutas* que hoy se ha logrado, una permanente excepción dilatoria para la llegada de ese tiempo anunciado en Madrid en el que el «hombre pudiera dedicarse al cultivo de sus verdaderas aficiones (la literatura, el arte, la filosofía, la religión)? ¿No hubiera destacado la necesidad de disponer de un nuevo orden monetario in-

ternacional que reconstruyera el actual como principio para una recuperación duradera?

Todas esas preguntas — y otras mil más que podrían hacerse — Keynes no puede contestarlas, ni tampoco encuentran satisfactoria respuesta en la teoría y política postkeynesianas disponibles. Son preguntas distintas de las que Keynes se hizo y respondió en su tiempo, pero todas están planteadas tras el fin de la era keynesiana y la era de progreso disfrutada. Son las preguntas que se hacen desde unos niveles de renta y desarrollo que Keynes ayudó a elevar y que tienen que contestar los economistas actuales para tratar la crisis con la que celebramos este centenario de su nacimiento. Para hallar las respuestas que hoy se necesitan, es preciso cultivar la gran virtud de Keynes, que han tratado de mostrar las páginas anteriores, y que residió en su permanente disposición de ánimo para adaptar sus razonamientos a los hechos. La fiel ejecutoria de Keynes a este principio es la que nos obliga hoy a reconocer, como punto de partida de nuestros deberes de economistas, las grandes diferencias existentes entre su tiempo y el nuestro.

### III

## John Maynard KEYNES Y LOS PROBLEMAS ESPANÓLES

**E**n la extensa obra de John Maynard Keynes son contadas y excepcionales sus incursiones sobre problemas españoles. El carácter anglocéntrico de su pensamiento económico constituye una propiedad prácticamente sin excepciones. El núcleo básico de los problemas económicos españoles de los años treinta quedó marginado en la obra de Keynes, pues esos problemas eran los de un país en desarrollo, con baja renta, reducida inversión, abundante mano de obra y poblado de los «círculos viciosos» a los que se referiría la literatura del desarrollo económico de los años cincuenta y sesenta, que Keynes no impulsó. Como indica Harry Johnson: «Keynes se preocupó sólo por los problemas de la economía británica. Su único trabajo importante de lo que hoy se llamaría

económica del desarrollo fue “Indian Currency Reform”, basándose en las ideas adquiridas en la Administración Pública británica». Y aún cabría decir que esa incursión de Keynes no supuso, propiamente, un abandono de su campo de observación propio, pues, como subraya Don Patinkin, de lo que esa obra trató es de contrastar en una realidad económica distinta sus ideas sobre el sistema monetario. La pluma poco piadosa de Harry Johnson atribuye esta exclusión keynesiana de la problemática de los países en vías de desarrollo «a su pertenencia a la clasista sociedad británica, que le llevó a considerar esos problemas como fáciles y rápidamente solubles a través de la acumulación de capital». Esta extensión analógica de su pensamiento, forjada bajo hipótesis y en ambientes diferentes, demostraría ser errónea. Cuando los discípulos de Keynes intentaron aplicar su modelo para promover el desarrollo económico en otras partes del mundo distintas de Inglaterra, se encontraron con una realidad diferente en sus supuestos que no hacían fecundo el modelo keynesiano. Cualesquiera que sean los motivos de esta orientación de la visión y modelo de Keynes, es evidente que al referirse monopolísticamente a las economías desarrolladas de su tiempo, las distanciaba de la realidad económica española de aquellos años.

Quedan, por tanto, sólo en la obra de Keynes referencias episódicas a los problemas españoles. En lo que conozco, esas referencias se limitaron a tres: su consideración de los efectos del tesoro americano de Indias, tras su venida a España y difusión por Europa, en la que Keynes, siguiendo los trabajos de Hamilton, trató de evaluar sus consecuencias sobre la acumulación de capital (tema que ya antes se ha comentado: *vid.* «El Tesoro español y las teorías de Keynes»); sus opiniones políticas sobre la guerra española en *The New Statesman* (*vid.* el resumen de estas opiniones en el recuadro «Keynes y la guerra civil española») y las que la prensa española le arrancó en su visita a Madrid. Estas son, sin duda, las más extensas y las de más interés. Guiado por su formidable intuición, Keynes opinó con indudable acierto en cuatro puntos en los que valoró la situación española y en los que ejerció con su maestría habitual su oficio de consejero. Son a estos mensajes keynesianos sobre cuatro problemas españoles a los que me referiré seguidamente.

## Los cuatro mensajes keynesianos sobre los problemas económicos españoles en los años treinta

Cuando Keynes llegó a Madrid, la economía española parecía estar viviendo con un solo problema: la caída del tipo de cambio de la peseta. Fue esa preocupación la que brotó en las preguntas que los periodistas le hicieron a Keynes, reclamando sus respuestas y soluciones para remediar esa caída, al parecer inexorable, de la cotización de nuestro signo monetario. La sensibilización de la sociedad española ante el problema del tipo de cambio contaba ya con años cuando Keynes llegó a Madrid. El lector de este número de PAPELES tiene a su disposición la historia de ese proceso en el trabajo en que Pablo Martín Aceña resume algunas de las principales conclusiones de su tesis doctoral y que constituye un telón de fondo excelente para calibrar y valorar las opiniones de Keynes a este respecto. Como podrá comprobarse por su lectura, son tres los hechos que configuraron la obsesión de la sociedad española por la devaluación de la peseta:

1.º Su indudable existencia. La peseta, que al término de la Primera Guerra Mundial se cotizaba a 20,2 centavos de \$, pasaba en junio de 1930 a 11,75 centavos de \$, acusando una depreciación del 41,8 por 100.

2.º Esa caída de la cotización había recorrido muy distintas etapas, apuntando una esperanzadora recuperación en la primavera de 1927 que alegró el ánimo del jefe del Gobierno español, que lo manifestaba con escandalosa ingenuidad: «cuando vimos subir la peseta a poco más de veintisiete la libra esterlina, se nos llenó el ojo y alegró el ánimo y la vanidad nacional nos hizo soñar unas horas el alcanzar la paridad. ¡La peseta oro! ¡Viva España!» Pocos textos expresarán con tan breve e impulsiva sinceridad esa asociación, de la que participan todos los gobiernos autoritarios, entre prestigio nacional y nivel de cotización de la moneda.

Cabía formular, a partir de ese grito patriótico, una política de deseos: conseguir una estabilización del cambio al soñado nivel de paridad oro de la ante-guerra (la vuelta a una peseta fuerte) y establecer el patrón oro. En ese imposible objetivo se iban a fijar las ilusiones del dictador, de las que trató de hacerse partícipe al país, concibiéndose para lograrlo una operación

económica con tres etapas: *reevaluar* la peseta (que se creía depreciada pues se aspiraba a la mítica cotización de la par fijada en 1868), *estabilizar* la cotización de la peseta a ese nivel y hacerlo instaurando el *patrón-oro*. En esa operación se jugaba —para quienes dirigían al país— algo más que objetivos económicos: era el propio prestigio del régimen y de los ministros responsables de la gestión de la economía los que se ponían sobre el tapete. Por ello, se comprende la gran inquietud y desilusión políticas que acompañaron a la constante caída de las cotizaciones de la peseta a partir de 1928 y 1929. Una caída que intentó detenerse por todos los medios y con el mayor empeño sin éxito.

3.º El fracaso reiterado en el tiempo de ese objetivo imposible no llevó a su revisión. Se hereda y se confirma por los Gobiernos Berenguer y Aznar y, curiosamente, como afirma Pablo Martín Aceña, ese objetivo de la política del «antiguo régimen» no se altera con la llegada del nuevo régimen republicano. Todos los ministros de Hacienda republicanos padecieron el síndrome de la cotización de la peseta —con la notable excepción de Carner—, como si éste fuera el único objetivo por el que juzgar su gestión y al que todo debiera subordinarse.

Los mejores economistas españoles de la época habían tratado de plantear los problemas del país con otro enfoque diferente. El mundo en el que entonces se vivía, dominado por una caída brutal de los precios internacionales, constituía un ambiente peligroso para estabilizar el cambio de la peseta y ligarlo al oro. Estabilizar el cambio en esas condiciones equivalía a aceptar un proceso de deflación interior, tanto más costoso, en términos de producción y empleo, cuanto más cayesen los precios internacionales y menos flexibles fuesen los costes y salarios internos. Hay que optar en un mundo gobernado por esas condiciones entre estabilizar los cambios o estabilizar los precios y es evidente, como afirmaba el buen criterio de Germán Bernácer en 1930, que «a la vista de esta opción, los males de la inestabilidad de los cambios son preferibles a los de la inestabilidad de los precios».

Abandonar «la quimera de la paridad oro de la anteguerra» constituía para Tallada una urgente necesidad y también lo era —afirmaba Olegario Fernández Baños— «no dejarse sedu-

## KEYNES Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Aunque Keynes se refiere a la guerra civil española, en varios artículos publicados en *The New Statesman and Nation*, durante los años 1936, 1937 y 1938, lo hace desde el punto de vista de los intereses británicos y de la política exterior de su país, y sólo desde ese ángulo debe ser entendido su análisis de nuestros problemas.

En lo que respecta a la política exterior inglesa, su artículo más completo es el publicado el 10 de julio de 1937, que contiene las siguientes ideas:

Por un lado, está en desacuerdo con aquellas tendencias que intentan convertir el enfrentamiento entre democracia y dictaduras en una nueva guerra santa y que piensan que es obligación de Inglaterra acudir a cualquier lugar del mundo en el que sus ideales estén siendo amenazados. Para Keynes este planteamiento es erróneo, dado que, aunque el resultado de este conflicto fuese victorioso, nada se ganaría con el tiempo, puesto que resultaría ciertamente injusto el que los vencedores impusiesen su ideología a los vencidos. Por ello considera que el objetivo primordial de la política exterior debe ser el evitar la guerra. Es importante observar que cuando Keynes habla de conseguir la paz, habla de la paz a corto plazo, es decir que la tarea de los encargados de la política exterior es prolongar esta paz día a día, tanto como se pueda.

Por otro lado, hay veces en que la guerra no puede ser evitada o aplazada por más tiempo. De ahí

que el segundo objetivo de la política exterior sea intentar que, si la guerra se declara, ésta se plantee en las circunstancias más favorables posibles para la propia causa, lo cual supone, en 1937, ganar tiempo para que Francia y Rusia aumenten su potencial bélico y para que se consume el desprestigio internacional de Alemania e Italia.

Por otro, Keynes no critica la política de Mr. Eden, pues su gestión, aunque no sea brillante, resulta consistente con los objetivos propuestos.

Estas afirmaciones generales sobre la política exterior inglesa se plasman, en lo referente a la guerra civil española, en un deseo de no alineación de Inglaterra, como expone Keynes en la carta enviada al editor de *The New Statesman and Nation* el 8 de agosto de 1936, y en posteriores cartas publicadas en ese diario, en las que hace frente a las críticas de ciertos sectores al gobierno por no tomar una posición clara acerca del conflicto. Se decanta, cada vez más claramente, hacia la no intervención en la guerra civil, pues considera que la no alineación de Inglaterra con ninguno de los bandos significa dejar abiertas vías de negociación entre las potencias, que, en el futuro, podrán permitir el evitar un conflicto generalizado. Considera, por lo tanto, que la política de Mr. Baldwin, que se basa en observar los acontecimientos de la guerra civil, sin dejar que las impresiones recibidas de esos acontecimientos en un momento dado cristalicen en forma de decisiones concretas, constituye un rasgo de sabiduría política.

Defiende, pues, esa política exterior, aunque se muestre partidario, por otro lado, de que el gobierno efectúe una declaración clara respecto de sus simpatías en el conflicto español y también de estrechar relaciones con Francia y Rusia. Según él, la política de Baldwin respondía al deseo del pueblo inglés, cuyo amor por la paz era aún mayor que su odio por el fascismo.

Además de ello, Keynes acepta la iniciativa individual que se produjo en Inglaterra en defensa de la democracia española, pero le parece inadmisibles que aquellos que promueven la acción individual se proclamen portavoces de la mayoría, puesto que el pueblo inglés, apoye o no la democracia española, está, ante todo, en contra de la guerra.

La evolución del pensamiento de Keynes acerca de la guerra española culmina con el artículo publicado en *The New Statesman and Nation* el 25 de marzo de 1938. En él, Keynes se muestra partidario de un pacifismo positivo, que actúe para conseguir la paz, sin limitarse a la no intervención. Para ello, propone la creación de una nueva Liga Europea de naciones y, en primer lugar, como paso previo, la pacificación de Europa poniendo fin al conflicto español. Ello supondría la elaboración, por parte de Inglaterra y Francia, de un plan de paz, que, caso de no ser aceptado por las fuerzas contrarias, provocaría la intervención directa de Inglaterra, apoyando con toda su fuerza al bando aliado con Francia y Rusia y poniendo fin a la política de no intervención.

La postura de Keynes respecto a la guerra civil española podría, pues, resumirse de la forma siguiente. De un lado, su opinión no tiene mucho que ver con su definición ideológica (liberal) sino con la defensa de los intereses del Imperio Británico. Puede, además, observarse que esa opinión varía, con el tiempo, desde la defensa del apaciguamiento hasta la búsqueda de un pacto que evite la guerra mundial: la posibilidad de la misma, en la que no había creído en 1936 y 1937,

cobra fuerza en 1938. En tercer lugar, y como ya se ha señalado, el conflicto español —un enfrentamiento ideológico que apasionó a toda una generación de intelectuales británicos— no le interesa por sí mismo; es, simplemente, un acci-

dente de la política que puede turbar la paz y, de esa suerte, afectar a los intereses británicos. Por último, y como puede fácilmente advertirse leyendo su plan de paz, Keynes no entendía nada de la guerra civil española ni de los problemas espa-

ñoles. Su acusado «anglocentrismo» le impide interesarse a fondo por un problema muy cercano en el espacio pero muy apartado de su cuadro personal de valores, y su brillante prosa no puede ocultar la frivolidad de su tratamiento.

cir en la elevación del tipo de cambio por motivos de prestigio nacional que obligasen a un costoso reajuste de costes, rentas y precios internos»; reajuste que resulta difícil de realizar en todas las economías y, como acentuaba Luis Olariaga, «mucho más en aquellas en que las carencias de capital no permiten la necesaria flexibilidad del proceso de adaptación». Los peligros de sostener un cambio sobreevaluado, es decir, situado por debajo del que marcaba la línea de nivel relativo de precios, constituía para la Comisión del Patrón Oro que presidió en 1929 el profesor Flores de Lemus (y que había entregado su Dictamen al Gobierno español el 3 de junio de 1929), el mayor de los riesgos que habría que evitar a toda costa. En opinión del Dictamen de la Comisión del Patrón Oro, el tipo de cambio puede intervenir, pero *nunca* pagando el prohibitivo tributo de ajustar la economía a niveles decrecientes de precios y costes internos. Por otra parte, y dada la incierta y crítica coyuntura internacional, parecía aconsejable —afirmaba el Dictamen— aplazar por el momento el continuo deseo de nuestros gobernantes, desde 1918, de instaurar el patrón oro en España.

A quien conociera estas opiniones de los economistas españoles, los consejos de Keynes sobre qué hacer con el tipo de cambio de la peseta no podrían causarle sorpresa, ni escándalo alguno.

Eran, por otra parte, los consejos que Keynes había dado siempre, los que informaban su crítica feroz a la restauración de la paridad del patrón oro en Inglaterra, los que se derivaban, en fin, de su *Tract on Monetary Reform*.

Esos consejos de Keynes sobre el tipo de cambio de la peseta, contenidos en su entrevista a *El Sol*, tuvieron la brevedad y contun-

dencia de quien expone convicciones profundas, discurriendo en tres direcciones:

- «Carece de sentido defender un tipo de cambio elevado creyendo que con ello se prestigia la política de un país. Mussolini solía decir, respecto de la lira, que el prestigio de una moneda no debe perderse con una devaluación. Yo hube de advertirle, en cierta ocasión, que si la lira se negaba a comportarse con arreglo a su dictatorial voluntad, no le sería posible tratarla, como a un rebelde político, con aceite de ricino. Tras una breve experiencia, se convenció el *Duce* y abandonó por completo toda idea de un retorno a la par, aunque se empeñó en estabilizar la lira, siempre por el mal entendido prestigio nacional, muy por encima de su valor real, con los desastrosos resultados que todos conocemos».

- A partir de esta premisa —nada hay tan negativo como un tipo de cambio supervalorado y arbitrario, que tantas y tan costosas consecuencias iba a tener sobre el comercio exterior de España muchos años después— Keynes consideraba que la vuelta a la paridad de la peseta y la instauración del patrón oro serían un grave error: «Opino que la peseta no debe volver a la par..., siempre es perjudicial cambiar el valor de la moneda cuando esto significa alterar el nivel de rentas y salarios. Elevar la cotización de la peseta hasta alcanzar su antigua paridad entrañaría una rebaja del nivel de rentas y salarios hoy existente. Es incalculable la resistencia social que se opondría a un cambio de esta naturaleza y las perturbaciones que resultarían de cualquier intento para imponerlo». Es siempre preferible una devaluación a una deflación general, subrayaba una vez más Keynes.

- La caída en la cotización de la peseta que se registró en España en plena depresión no

tenía que juzgarse negativamente: «Francamente, en un período de baja mundial de los productos como el que ahora atravesamos, *no me parece en modo alguno que la baja de la peseta sea un signo de debilidad*. La libertad de permitir cierta moderada flojedad en el cambio, en momentos de depresión general, que hoy afecta al resto del mundo, puede constituir un medio valioso para mantener una estabilidad interna, que de otro modo resultaría imposible».

Esas opiniones y consejos de Keynes tuvieron un eco muy crítico en la prensa económica de la época. La *Revista Financiera*, en un comentario ramplón y pueblerino, las calificó de «perogrullescas y fantásticas». *El Financiero* habló con sospechosa coincidencia, de las «fantasías de Mr. Keynes» (condena que, por cierto, podía haber extendido a las opiniones de los más destacados economistas españoles de aquel tiempo, pues eran, en lo sustancial, coincidentes con las keynesianas). El motivo poderoso de la agresiva posición de la prensa económica de esos años era que esas opiniones de Keynes, y de los economistas españoles, iban en contra de un objetivo que se había convertido en prioritario para el mundo financiero español y que tenía como destacado paladín al subgobernador entonces del Banco de España, Francisco Belda. Ese objetivo del mundo financiero español era el bien conocido y antes expuesto de reevaluar el cambio de la peseta (con la vuelta a la paridad de la anteguerra) y su estabilización posterior, instaurando un régimen del patrón oro. Todo lo que fuese en contra de ese dogma se consideraba anatema y se condenaba como tal por aquellos a quienes se les había asignado el papel de decirlo desde la prensa económica. La crítica de ésta a la venida de Keynes «cuando en España tenemos economistas que valen más, como Francisco Belda y otros», constituye todo un síntoma para saber qué intereses estaban detrás de las críticas.

Constituye un espectáculo divertido comprobar cómo esa opinión sobre la cotización de la peseta de los economistas españoles y de Keynes, habría de imponerse a los deseos de la política económica que había hecho de la revalorización del cambio a la *paridad* (o, cuando resultó ya imposible reivindicar este retorno, conseguir la mayor revalorización posible respecto del cambio vigente), de su *estabilización* y del *patrón oro* sus fines invariables. Esa am-

biciosa política obligaba a un ajuste global interno muy exigente: para estabilizar el cambio eran necesarias unas políticas presupuestaria y monetaria muy restrictivas que los ministros españoles reconocieron como necesarias, pero que no terminaron por adoptar jamás. Es este último punto el que la reconstrucción de las series de oferta monetaria por Pablo Martín Aceña permite contrastar con toda claridad. La contradicción entre el objetivo de estabilizar el cambio y la práctica de políticas presupuestarias y monetarias que lo devaluaban, es la que terminó dando como resultado la política que preconizaban Keynes y los economistas españoles. Una política que permitía aprovechar la flojedad del cambio en momentos de depresión general (que afectaba al resto del mundo) para mantener la estabilidad interna de precios y reducir así el impacto de la adversa coyuntura exterior sobre la economía nacional.

El comportamiento del tipo de cambio de la peseta fue —en la circunstancia económica de los años treinta— absolutamente excepcional, hasta el punto de convertirse en el tema que dio su argumento a la tesis doctoral elaborada por Charles Lefauchaux en 1935 («La peseta et l'Économie Espagnole depuis 1928», presentada en la Universidad de París). La experiencia española ofrecía para Lefauchaux «el carácter singular de obedecer a la misma orientación continuada durante varios años consecutivos —de marzo de 1927 a 1932—, período en el que la peseta había experimentado una devaluación progresiva hasta no conservar más que el 42 por 100 de su paridad oro. Un fenómeno de tal amplitud y duración, tenía un interés singular... para analizar sus efectos sobre la economía». La principal conclusión de la tesis ratificaba la utilidad de los consejos de Keynes y los economistas españoles: «la devaluación del tipo de cambio continuada en medio de la tempestad de una situación política cambiante, ha permitido conseguir una destacable estabilidad de la economía nacional. Los precios internos, la actividad industrial y comercial han permanecido mucho más constantes en España que en otros países y esta coincidencia nos hace creer en la influencia positiva de la devaluación. Esta conclusión tiene que ser matizada, sin embargo, tras haber estudiado las características de la economía española para obtener un juicio más ponderado y limitado de la devaluación».

Las matizaciones que Lefauchaux realizaba en su tesis podrían resumirse indicando que en una situación de depresión mundial y en una economía como era la española de aquel tiempo, dotada de una capacidad productiva potencial considerable, con notable autonomía económica en muchas actividades y cerrada frente al exterior (por el alto nivel de protección y el reducido nivel de sus intercambios), se disfrutaba de un notable grado de estabilidad que no debía verse perturbado por el establecimiento de un tipo de cambio fijo que obligase a ajustes internos, siempre problemáticos y costosos. Naturalmente, el alto nivel de protección interna, la reducida interdependencia de la economía española con el exterior, dificultarían su desarrollo al llegar la recuperación de la economía mundial. Sería entonces cuando a la economía española se le plantearía el problema de su apertura gradual frente al exterior, pero «mientras dure la crisis, España debe aprovechar las ventajas de su economía cerrada, manteniendo su nivel de vida modesto... que la devaluación le ayude a preservar». Una opinión bien semejante a la que ofrecería un Informe del Servicio de Estudios del Banco de España en 1935 y que se recoge en el trabajo de Martín Aceña.

Este firme consejo keynesiano de aceptar la devaluación como mal menor en una situación depresiva difícilmente se hubiera seguido consciente y fríamente por la política económica española y probablemente por la de ningún otro país. Keynes afirmaba en 1930, que «la devaluación era algo que ningún país se sintió capaz de imponer a sangre fría, a menos que las circunstancias forzaran a ello», una opinión que parecía estar apuntando justamente a la marcha de los acontecimientos en España porque fueron las circunstancias —algunas de ellas bien pintorescas y contradictorias, como la singular actitud del Consejo del Banco de España en 1930— las que decidieron finalmente la aceptación del consejo de los economistas españoles y de Keynes, de permitir que el ajuste del tipo de cambio librase a nuestra economía de una costosa y problemática política de ajuste de costes y precios interiores.

Keynes extendió también su consejo hacia otras medidas. A la pregunta ¿qué podía hacer el país frente a la crisis? Keynes contestó insistiendo en la importancia que para él tenía entonces una política de dinero barato: «Hay que

facilitar y abaratar el crédito, y hacer uso libre y amplio de las reservas de oro. Si se me permite una crítica, diré que, en mi opinión, el Banco de España *se ha mostrado demasiado reacio en este punto precisamente del empleo de sus inmensas y fuertes reservas*. Después de todo, no se mantienen las reservas de oro como las obras de arte en un museo, sino para hacer uso de ellas en provecho de la nación cuando surgen ocasiones importantes. No conozco lo bastante a fondo la situación económica de España para afirmar de manera categórica que el período reciente constituía una de tales *ocasiones importantes, pero lo creo así*».

Ciertamente ese fue un consejo que la política económica española no siguió. «Las inmensas y fuertes reservas de oro de España» a las que Keynes se refería, no se movilizarían al servicio de la producción y el empleo en los años treinta. La constante codicia despertada por la retención de esas reservas en las arcas del Banco de España, desde 1919, llevaría a conservarlas hasta 1936, esperando que sirviesen al más triste destino histórico concebible: financiar la guerra civil española.

Hay también en las declaraciones de Keynes en Madrid un consejo poco keynesiano: el acento puesto en sus entrevistas sobre la investigación y el desarrollo tecnológicos como apoyos de una política de progreso económico. La reiteración sobre este punto es la que da argumento principal a la larga entrevista sostenida por Keynes con el economista Bermúdez Cañete y que publicaría *El Debate*.

El cuarto mensaje que se contiene en las declaraciones de Keynes en Madrid consistió en destacar la importancia de los estudios de Economía: «Nada es más importante —le dirá a Bermúdez Cañete— que el desarrollo en un país de una buena escuela de Economía». Los motivos de esa opinión de Keynes estaban en que en todos los países «en el momento actual, lo económico tiene una supremacía innegable... y ha de ser resuelto en primer lugar». Resulta curiosa la coincidencia de esa opinión con la que Ortega y Gasset había manifestado mucho antes —en 1914— a Olariaga: «No lo más *hondo*, pero sí lo más *urgente* que hoy necesitamos es Economía. Sin unos cuantos economistas, no haremos absolutamente nada; con ellos, lo haremos todo. Creo que no puede pedirse más paladina declaración de la grande, de la inmen-

sa misión de un oficio que es bien ajeno al mío». Esas opiniones semejantes de dos grandes pensadores, pertenecientes a la misma generación, va a denunciar un ostensible vacío en los estudios universitarios de nuestro país: la carencia de una licenciatura o doctorado de Economía. Es justamente en esa década, cuando las inquietudes de Ortega y Gasset y de Keynes que denunciaron el vacío de los estudios universitarios de Economía —y que manifestarán también otros economistas—, los años en que van a irse plasmando, en un conjunto de proyectos distintos esas inquietudes (los Cursos Especiales de Estudios Económicos y Administrativos desarrollados en la Universidad Central; la encuesta sobre cómo estructurar una Facultad de Economía, que recibiría distintas propuestas). Sin embargo, la aceptación final de ese consejo de Ortega y Keynes va a ser lenta. Sólo en 1937, y en plena guerra civil, la Universidad de Valencia rompe la inercia existente creando la «Facultat de Ciències Jurídiques, Polítiques i Econòmiques», con un plan de estudios en el que se recogen las influencias de la opinión expresada por el profesor Zumalacárregui, catedrático de Economía Política y Hacienda Pública en la Universidad de Valencia y que había expuesto en la revista *Norma* en 1933. A ese mismo propósito de incorporar las enseñanzas universitarias de Economía respondió la «Facultat de Dret i Ciències Econòmiques i Socials» de la «Universitat Autònoma» de Barcelona, si bien sus planes de estudios mantuvieron una mayor integración con las materias jurídicas. Estos proyectos —como destaca Ernest Lluch, que ha recordado su existencia y clarificado sus características en su trabajo sobre los estudios económicos en España— terminan en 1939. Habrá que esperar al 16 de febrero de 1943 para que se iniciasen en Madrid, ya con carácter continuado, los estudios universitarios de Economía que Keynes había pedido en sus declaraciones a la prensa de Madrid con motivo de su conferencia en la Residencia de Estudiantes el 10 de junio de 1930.

## ALGUNOS AÑOS DESPUES Y ALGUNOS RECUERDOS PERSONALES

Quienes íbamos a licenciarnos en la Facultad de Económicas, cuya importancia y necesidad Keynes había destacado en sus declaraciones a la prensa durante su breve estancia en Madrid, recibiríamos la enseñanza de su pensamiento de una forma peculiar.

Las ideas de Keynes nos llegaron después de dos cursos de Economía dominados por un análisis neoclásico, puesto al día y bien elaborado. Un curso introductorio de Economía, con unas virtudes pedagógicas encomiables —inolvidables para los alumnos— desempeñado por el profesor Valentín Andrés Álvarez, al que siguieron las «Lecciones de Teoría Económica» del profesor Castañeda. Este manual, ofrecido en explicaciones orales en el primer curso y en fascículos, que tardaron algún tiempo en finalizarse en cursos siguientes, se exigía con un rigor legendario en los exámenes finales a los alumnos, convirtiendo al curso en cerrado filtro de selección de los futuros economistas. La estricta exigencia de las «Lecciones de Teoría Económica» del profesor Castañeda creó un ambiente que quizás no favoreciera la inmediata aceptación de sus muchos valores, pues, en realidad, se trataba de un «Manual» que podía competir con los mejores existentes en el mercado, ofreciendo una presentación ordenada y cuidadosamente escrita de la teoría del valor, de la producción, de la formación de precios y rentas, así como del equilibrio general. Cuando sus enseñanzas se han contemplado con la paz retrospectiva que ofrece el transcurso del tiempo —lejos del traumático recuerdo de los exámenes orales— esos valores se han reconocido con generalidad. A esa buena oferta de las «Lecciones de Teoría Económica» del profesor Castañeda, se añadieron las lecciones dadas por el profesor Von Stacklberg y la singular versión de sus «Principios de Teoría Económica» realizada por un conjunto de economistas, la mayoría de ellos profesores de la Facultad de Económicas.

Desde la formación obtenida en esos dos primeros cursos se pasaba al estudio de la teoría monetaria y la macroeconomía, que explicaba,

en tercer curso de Licenciatura, el profesor Torres Martínez. Sus lecciones eran casi siempre brillantes, pero difíciles de ordenar por quienes las habíamos seguido. El trabajo de redactar y clasificar los apuntes de clase constituía un reto para los alumnos, pues nos obligaba a leer la limitada literatura disponible en nuestras mal provistas bibliotecas, huyendo del texto de referencia que se había recomendado y en el que rara vez encontrábamos consuelo a nuestras dudas, sino más bien motivo para aumentarnoslas (el texto era el libro de Jorgen Pederesen: *Teoría y Política del Dinero*). En esta labor de lectura, el profesor Torres no nos iba a dejar solos: nos fue ofreciendo en la colección de Economía de la Editorial Aguilar un conjunto de textos de gran utilidad prologados con su inimitable e irreplicable estilo mediterráneo. El curso de Torres constituía una mezcla de la Escuela de Estocolmo y de Keynes que pedía el apoyo del conocimiento de otras aproximaciones a la materia para tratar de comprenderlo y valorarlo. Ese enfoque complementario y diferente a los problemas de la Teoría y Política Monetaria se realizaba en el curso especial —que muchos alumnos seguimos— impartido por el profesor Olariaga. Robertson y Hayek eran aquí los puntos de partida, con lo que los alumnos que habíamos seguido el curso de Torres tuvimos un buen «menú» para elegir y para apreciar las fuerzas encontradas del pensamiento económico en aquellos años.

Pero el profesor Torres hizo algo más por quienes fuimos sus alumnos: nos interesó y apasionó por los problemas que planteaba la realidad económica española, haciendo de esa referencia término obligado de nuestro estudio de la Economía y de nuestro futuro quehacer de economistas. En esta actitud el profesor Torres era netamente keynesiano. En efecto, como ha afirmado el profesor Robinson: «Los economistas aprendimos algo diferente de Keynes: que teníamos que pensar en el mundo, preocuparnos por la realidad económica; que si teníamos que enfrentarnos a los problemas que planteaba la realidad económica, deberíamos hacerlo pensando por nuestra cuenta sobre esa realidad y utilizando como instrumento la Economía... y que si no trabajábamos con esa referencia y no procurábamos resolver los problemas que planteaba, nadie lo haría y no podríamos quejarnos de las consecuencias». En esa obligada aproximación a la economía es-

pañola a que nos empujaba el profesor Torres fue —para una mayoría de los alumnos— de gran utilidad el apéndice que el profesor Perpiñá Grau había redactado para la versión castellana de la obra de G. Haberler *El comercio internacional* y que muchos de nosotros leímos cuando utilizamos este «Manual» para el estudio del comercio exterior y la política comercial. La visión que del equilibrio español ofrecía el profesor Perpiñá, su enjuiciamiento sobre el desarrollo «hacia adentro» decidido por la política arancelaria española, su referencia a otros trabajos y análisis de la economía española, constituyeron una ayuda inestimable con la que pudimos comprender algo —que creíamos importante— de la realidad económica de nuestro país.

Fue a partir de estas bases como tratamos de entender a Keynes desde España e interpretar la validez de su mensaje para discurrir sobre los problemas económicos españoles y ofrecer, como Keynes siempre hizo, respuestas comprometidas a esos problemas.

El profesor Olariaga nos había advertido de que Keynes «es muy peligroso para los aprendices de economistas». Cuando comenzamos a ejercer nuestra profesión —muchos en las filas de los cuerpos de la Administración Pública española, en la que habíamos ingresado— apreciamos que el peligro de Keynes —del que advertía el profesor Olariaga— era aún mayor para los políticos. Cabía, en efecto, leer deprisa las conclusiones keynesianas y reclamar una política de expansión de la demanda basada en la facilidad monetaria y presupuestaria para tratar de buscar, por una línea fácil, las soluciones a los angustiosos problemas de escasez que se planteaban en la España subdesarrollada de 1950 en la que empezábamos a ejercer nuestra profesión. Que ese era un peligro cierto, que había escalado hasta la cumbre del poder en aquel entonces, es algo que prueba concluyentemente el trabajo del profesor Velarde que publica este número de PAPELES.

Por este motivo, nos pareció a algunos que era importante plantearse el problema directamente y preguntarnos: «¿Es aplicable a España la teoría keynesiana?» Nuestra respuesta a esa comprometida pregunta —comprometida no sólo por las razones teóricas de interpretación que la dificultaban, sino sobre todo por las consecuencias críticas que podían seguirse para la

política económica española— se llevó 148 páginas, que daban su contenido a un número extraordinario y monográfico de la revista *De Economía*.

Treinta y dos años después he vuelto a leer las tesis que ese número sostenía y he leído también las interpretaciones que han hecho del mismo —recientemente— Juan Verlarde (en este mismo número de PAPELES) y Salvador Almenar (en la revista *Debats*). Casi podría terminar diciendo que las acepto plenamente y concluir aquí este largo trabajo. Desearía añadir, sin embargo, algunas puntualizaciones personales. Proclamar la autosatisfacción con los trabajos de juventud dicen que es una prueba de inmadurez considerable pero, a riesgo de incurrir en esa descalificación, tengo que manifestar que la interpretación de las ideas de Keynes y su posible aplicación a España que en ese número de *De Economía* se contienen me parece que aciertan en muchos puntos. Precisaré en cuáles.

En primer lugar, creo que evitamos el peligro del que nos advertía el profesor Olariaga. La interpretación que ofrecimos de la teoría keynesiana sería la central y dominante en lo que se ha llamado *después* síntesis neoclásica. Aceptar esa interpretación de Keynes cuando todavía no había pasado a los «Manuales», presentando una versión del pensamiento keynesiano que iba a dominar la literatura de los años siguientes, constituía una alternativa a la que nos había inclinado nuestra formación en la Facultad de Económicas, con la influencia decisiva de los cursos de Teoría Económica de los profesores Andrés Álvarez, Castañeda y Torres y también nuestras preferencias por la literatura disponible, pues conocíamos, habíamos trabajado y valorado los artículos fundamentales de Hicks, de Samuelson y Modigliani (éste muy pronto a través de la versión española de sus ideas facilitada por el profesor Figueroa).

El problema más importante residía, sin embargo, en aceptar o no la inspiración de la política de la demanda efectiva keynesiana para orientar la política económica española en 1951. La respuesta dominante —casi unánime— fue negativa. España era entonces un país subdesarrollado, cerrado al exterior, atado por intervencionismos discrecionales que ignoraban la lógica del mercado, cuyo reducido mercado in-

terno —aislado de toda competencia— no ofrecía aliciente alguno para incorporar el dinamismo técnico capaz de realizar los cambios necesarios —técnicos y organizativos— para dinamizar la producción y lograr el desarrollo. Esa economía cerrada, de baja renta, la repartía, además, mal, pues los mecanismos institucionales de la Hacienda Pública y de la Seguridad Social no sólo resultaban inservibles para lograr una mayor equidad en la distribución del producto y la riqueza, sino que agudizaban las desigualdades iniciales y sus ingresos eran, además, incapaces de financiar los gastos públicos, originándose así un déficit público que acentuaba la inflación y agravaba la regresividad en la distribución de la renta nacional. Era tan obvio que Keynes no había pensado su teoría en esas circunstancias que casi no valía la pena proclamarlo. Sin embargo, tantas veces no afirmar lo evidente se ha convertido en causa de males en nuestro país que proclamar esa evidencia nos pareció absolutamente necesario para evitar las consecuencias de una equivocación tan grave, en la que iban a incurrir muchas economías en vías de desarrollo más tarde. Harry Johnson ha afirmado que la precipitada aplicación de las ideas de Keynes a la política de desarrollo ha constituido el origen de consecuencias costosas y de efectos imprevisibles que ha habido que pagar después muy caros. Pues bien, creo que quienes elaboramos esa respuesta a la posible aplicación en España de la teoría y política keynesianas evitamos ese error. Nuestra admiración por Keynes no fue una servidumbre con la que hipotecar las soluciones válidas para la economía española.

Esas soluciones, esbozadas en una larga propuesta, respondían a un diagnóstico en el que el bajo desarrollo de la renta, su desigual distribución, la carencia de inversiones reales y las limitaciones impuestas por el comercio exterior se consideraban como la base de nuestros problemas. Unos problemas a los que era incapaz de ofrecer soluciones una política de desarrollo «hacia adentro», basada en la pura expansión del gasto interno y la protección frente al exterior. La solución a esos problemas tenía que venir de la aplicación de una política de apertura al exterior y liberalización interna, realizada en un clima de un mejor equilibrio interno (que redujese la inflación), logrado merced a una mejor utilización de la política presupuestaria, monetaria y de fomento de la competen-

cia. Todas esas decisiones precisaban un programa amplio de reformas que creasen las instituciones necesarias para aplicarlas (instituciones de las que España no disponía entonces): un Banco central de propiedad pública que no se limitase a ofrecer pasivamente la caja que le pedía el sistema económico, un sistema tributario que restableciera la suficiencia de ingresos públicos y distribuyera la imposición con arreglo a elementales principios de justicia y un presupuesto que ordenase las inversiones públicas y las coordinase con las privadas para conseguir la mayor expansión posible de la renta nacional. El aumento del capital real debería ofrecerlo el propio crecimiento de la renta interna y la incorporación de la inversión exterior obtenida por la ayuda del exterior (lo que exigiría la incorporación de España al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial) y por las aportaciones de la inversión privada extranjera (lo que requeriría variar la legislación de inversiones extranjeras). El restablecimiento de un equilibrio entre población y capital —que posibilitara el mayor crecimiento de la renta nacional— necesitaría también —y así se proponía— de la ayuda de la emigración, que debería programarse adecuadamente para reducir su previsible y crecido coste social.

El contenido de esa propuesta a que nos había llevado el análisis de la situación española para juzgar la posible aplicación de las ideas keynesianas, tardó en abrirse paso en la política económica española, aunque creo que fue defendido con gran tenacidad —y algunos disgustos— por muchos de los que lo habíamos formulado. Pero como, según dijo Keynes, «el poder de las ideas es siempre superior al poder de los intereses», la mayor parte de esa propuesta terminó recogiendo en las medidas del Plan Nacional de Estabilización Económica de 1959. El momento era singularmente propicio para la aplicación de esas medidas. España tenía pendiente el problema de su apertura frente al exterior, que debería realizar cuando la recuperación de la economía mundial facilitase nuestro desarrollo interno. La ola de prosperidad que la economía occidental vivió desde 1951 ofrecía abiertamente esa oportunidad en 1959 y esa oportunidad de conseguir un mayor desarrollo por una mayor interdependencia con el exterior es la que intentó aprovechar el Plan de Estabilización de 1959.

Tras de esa discusión de la aplicación de las ideas keynesianas en la década de los cincuenta vendría la etapa siguiente de la década de los sesenta, en la que deben destacarse: de una parte, los trabajos para afianzar en España la contabilidad nacional —asociada y promovida desde los conceptos clave de la teoría keynesiana— y que habría de tener en el profesor Torres su gran animador e impulsor; y en esa misma etapa se registra, también, el proceso de la rigurosa formulación del modelo keynesiano, en el que desempeñan un papel importante la obra y las enseñanzas universitarias del profesor Rojo.

Creo que una característica singular y destacada de la presencia de las ideas de Keynes en España es que no han sido motivo de división y enfrentamiento entre los economistas. Algunos lo han intentado desde el fervor ideológico y la agresividad dialéctica que caracterizan a los nuevos liberales. Pero ese intento se ha quedado en tal, porque el antikeynesianismo carece de motivos en España. Keynes no ha suscitado en nuestro país las locuras de la demanda efectiva que temía el profesor Olariaga más que en algún caso patológico y grotesco, sin la menor influencia política ni académica. Desde su recepción inicial hasta hoy, las ideas y el modelo de Keynes se han conocido y analizado por la gran mayoría de los economistas españoles como ideas retadoras y estimulantes para aprender Economía, pero ningún economista competente ha pretendido su literal aplicación a la economía de nuestro país porque creo que ha existido siempre una clara conciencia de las divergencias entre los supuestos keynesianos y los muy distintos que caracterizan a nuestra vida económica.

Por todo ello, el fin de la era keynesiana que ha registrado el comienzo de la crisis que hoy vivimos hay que acogerlo, con crudo realismo, como lo que verdaderamente es. De una parte, como fin de una larga etapa de creciente prosperidad de la economía mundial en la que podrá discutirse y reducirse pero no negarse la influencia de la contribución de las ideas de Keynes. De otra parte, como la crisis del pensamiento macroeconómico dominante influido por las ideas de Keynes y expresado en la denominada síntesis neoclásica. Desde esa interpretación, sugerida por el keynesianismo, es posible entender y explicar el origen de los problemas que

hoy padecemos, la inflación con estancamiento y paro que ha dominado la década crítica que va de 1973 a hoy. Y es también posible entender que esos problemas actuales no son aquellos en los que Keynes pensaba cuando acentuó la importancia de actuar sobre la demanda efectiva. Son los nuestros tiempos críticos nuevos que reclaman nuevos planteamientos y solucio-

nes. Quizá en esta circunstancia la figura de Keynes, más que la de ningún otro economista, pueda y deba ser invocada para reclamar esa atención a los hechos, esa necesidad de interpretarlos por los economistas, libres de ataduras del pasado, y de ofrecer soluciones, un comportamiento que siempre inspiró su trabajo como economista.

## APENDICE DOCUMENTAL

Como se ha indicado al comienzo de este trabajo, a continuación se ofrece la documentación de prensa que refleja la presencia de Keynes en Madrid, en junio de 1930.

Se incluye, en primer lugar: «Posible situación económica de nuestros nietos», resumen de la conferencia organizada por el Comité Hispano-Inglés y dada en la Residencia de Estudiantes el día 10 de junio de 1930 por J. M. Keynes. El texto procede de *Residencia*, revista de la Residencia de Estudiantes que con carácter bimestral se publicó entre 1930 y 1933. El resumen de la conferencia de Keynes apareció en *Residencia* con notable retraso, pues se incluyó en el volumen tercero, número 1, de febrero de 1932 (páginas 15-17). Según se indica en el artículo, Keynes publicó en *The Nation* el contenido de esa conferencia en octubre de 1930 y se incluyó —en su versión definitiva— en sus *Essays in Persuasion* (1933). Ese texto definitivo de la conferencia de Keynes en Madrid, traducido con el título de «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», se publicó en *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA*, número 6, 1981, páginas 353-361. El resumen ofrecido en *Residencia* sintetiza los argumentos contenidos en ese trabajo con algunas referencias más concretas a aquellos aspectos españoles que aparecen en el curso de la exposición ofrecida por Keynes.

En segundo lugar, se ofrecen las declara-

ciones de J. M. Keynes a *El Sol* publicadas las primeras el 10 de junio de 1930 bajo el título «Mister J. Maynard Keynes nos habla de la crisis mundial». La segunda parte de esas declaraciones se publicó el 11 de junio bajo el título más complejo de «Protección o Libre cambio. La Federación Europea. La política financiera de España y el problema de la estabilización de nuestra moneda». Las dos partes de las declaraciones de Keynes se ofrecen sin solución de continuidad en la documentación que presentamos.

Se publican, en tercer lugar, las declaraciones de Keynes a Antonio Bermúdez Cañete para el diario *El Debate*, que aparecieron el 10 de junio de 1930 bajo los siguientes titulares: «La Ciencia Económica no vivirá más de un siglo según Keynes. Para entonces la técnica habrá resuelto todos los problemas económicos. Pero ahora la economía es de una importancia excepcional. Una fuerte Escuela de Economía es absolutamente necesaria en una nación».

En cuanto al resumen de la conferencia de Keynes, ofrecido por la prensa de Madrid, se transcribe el realizado por el diario *ABC* que sintetiza el más extenso presentado por el diario *El Sol*. Sin embargo, no se ha considerado de interés ofrecer este resumen más amplio, toda vez que se publica el que podría llamarse resumen oficial presentado en la revista *Residencia*.

MADRID  
FEBRERO  
1932

# RESIDENCIA

VOL. III  
NUM. I

REVISTA DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES - APARECE SEIS VECES AL AÑO

## POSIBLE SITUACION ECONOMICA DE NUESTROS NIETOS

Resumen de la conferencia organizada por el Comité Hispano-Inglés, y dada en la Residencia de Estudiantes el día 10 de junio de 1930 por J. M. Keynes.

I

Nosotros, en Inglaterra, estamos pasando por una época de fuerte pesimismo en materia económica. No sé si ustedes, los españoles, tienen la misma preocupación. Es posible que sí.

En Inglaterra se dice corrientemente que la época del gran

progreso económico, característico del siglo XIX, ha pasado ya; que el aumento rápido del tipo (*standard*) de vida llevará desde ahora un ritmo más lento; que es más probable que decrezca la prosperidad, en lugar de aumentar, durante el decenio en que entramos.

A mi juicio, los que así opinan, dan una interpretación completamente equivocada a lo que nos sucede a nosotros, y al resto del mundo. Estamos sufriendo, no de los achaques de la vejez, sino de las molestias naturales originadas por cambios demasiado bruscos y lo doloroso que es el reajuste entre uno y otro período económico. El rendimiento técnico ha ido aumentando más rápidamente

que nuestra capacidad para absorber el sobrante de la mano de obra; el bienestar general ha crecido con prisa algo excesiva.

Todos sufrimos — España, creo, tanto como los demás países — de la depresión cíclica actual. Esto nos impide ver lo que está sucediendo en el fondo, y dar con la verdadera interpretación del mundo en que vivimos.

Porque yo creo que nadie ha de quedar tan en ridículo, dentro de unos años, como esos agoreros pesimistas. Ambos opuestos pesimismos, que hoy día arman tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados; el pesimismo de los revolucionarios, viéndolo todo tan mal que no hay otro remedio que un cambio violento, y el de los reaccionarios al estimar tan precario el equilibrio de nuestra actual vida económica y social, que todo nuevo experimento sería arriesgado.

Sin embargo, mi objeto en esta conferencia no es tanto examinar el momento presente como, prescindiendo de perspectivas limitadas, dejar a la imaginación tomar vuelo hacia el futuro. ¿Cuál ha de ser, lógicamente pensando, el nivel de nuestra vida económica dentro de cien años? ¿Cuáles han de ser las posibilidades económicas que aguardarán a nuestros nietos?

Desde los tiempos más remotos de que poseemos datos —aproximadamente desde 2.000



años antes de J. C. hasta principios del siglo XVIII—, no hubo gran cambio en las condiciones materiales de la vida del hombre normal en los centros civilizados de la tierra. Vicisitudes las hubo. Catástrofes de pestes, hambres, guerras, con áureos intervalos. Pero sin cambios progresivos ni violentos. Algunas épocas, quizá un cincuenta por ciento, a lo sumo un cien por ciento, mejores que otras, durante los cuatro mil años que terminaron alrededor del 1700 de nuestra era.

Esta lentitud o ausencia de progreso obedecía a dos causas: a la falta notable de importantes perfeccionamientos técnicos y a la ausencia del capital acumulado. La carencia de inventos técnicos de importancia entre la edad prehistórica y los tiempos relativamente modernos, es muy notable. Casi todo lo que importa y que poseía el mundo al empezar la moderna era, ya lo conocía el hombre en la aurora de la historia. El lenguaje, el fuego, los animales domésticos de hoy, el trigo, la cebada, la vid y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, el cuero, los tejidos de lino y lana, los ladrillos y la cerámica, el oro y la plata, el cobre, el estaño y el plomo, las instituciones bancarias, la religión, el arte político, la matemática, la astronomía, no hay noticia concreta que indique cuándo el hombre entró en posesión de todo ello.

En alguna época, antes de amanecer la historia —acaso en uno de esos brillantes intervalos que precedieron a la última época glacial—, debió existir un cierto período de progreso inventivo, comparable con la edad en que vivimos. Pero durante

la mayor parte de la historia conocida no hubo nada de esto.

La Edad Moderna se inaugura con la acumulación del capital, que empezó en el siglo XVI. Yo creo que ésta fue debida, en primer lugar, al aumento de los precios, y por consiguiente de los beneficios, como resultado del aflujo de los tesoros de oro y plata que los españoles trajeron del Nuevo al Antiguo Mundo. Los decenios más gloriosos que tuvo España en la política, la economía y las artes —las tres suelen ir hermanadas— dieron el primer impulso a la formación del mundo moderno. En aquel tiempo el poder acumulativo del capital, mediante el interés compuesto, renació y fue cobrando nuevos bríos. Ahora bien; es tal la fuerza del interés compuesto durante doscientos años que deja la imaginación suspensa.

A partir del siglo XVI, y en aumento creciente después del XVIII, empezó la gran era de la ciencia y los inventos técnicos, que desde principios del siglo XIX alcanza plena y arrolladora fuerza: el carbón, el vapor, la electricidad, el petróleo, el acero, el caucho, el algodón, las industrias químicas, la maquinaria automática y la producción en serie, la radio, la imprenta, Newton, Darwin y Einstein y miles de otras cosas y hombres cuya fama haría conocida nos releva de catalogar.

¿Cuál es el resultado? A pesar del crecimiento enorme de la población mundial, a la que ha sido preciso dotar de viviendas y adecuada maquinaria, el tipo de vida en Europa y los Estados Unidos de América ha aumentado, por términos medio, unas cuatro veces. El aumento del capital ha superado en

mucho más de cien veces a todo lo conocido anteriormente. Y de ahora en adelante no hay que contar con un aumento tan grande de la población.

Si el capital crece en un dos por ciento anual, la dotación capitalista del mundo habrá aumentado en la mitad al cabo de veinte años, y siete veces y media a los cien años. Figurémonos esto en términos de cosas materiales, casas, transportes, etc.

Al mismo tiempo, los perfeccionamientos técnicos en la fabricación y los transportes se han sucedido con mayor rapidez en los últimos diez años que en ninguna época anterior. Hay indicios de que los cambios técnicos tan revolucionarios que hasta ahora han afectado principalmente a la industria, no tardarán en influir poderosamente en la agricultura. Acaso estemos en vísperas de adelantos tan notables en la producción de substancias alimenticias como los habidos en las manufacturas y transportes. Dentro de muy pocos años es posible que podamos realizar todas las operaciones agrícolas, mineras y fabriles con una cuarta parte del esfuerzo humano a que estamos acostumbrados.

Todo ello quiere decir que al cabo *la humanidad está resolviendo su problema económico*. Me atrevo a predecir que en los países progresivos la norma material de vida, dentro de cien años, estará entre cuatro y ocho veces tan elevada como actualmente. No habría nada sorprendente en ello, aun a la luz de nuestros conocimientos actuales. Y no sería desatinado vislumbrar la posibilidad de un progreso aún mucho mayor.

## II

Supongamos que dentro de cien años todos disfrutemos de una situación económica ocho veces más desahogada que la actual, lo cual no sería nada extraño.

Mi conclusión es que, suponiendo no haya grandes guerras ni aumento considerable de población, es posible que dentro de cien años *el problema económico* esté resuelto, o en vías de solucionarse; lo que quiere decir que la cuestión económica, mirando hacia el futuro, *no es el problema permanente de la raza humana*.

¿Qué hay de asombroso en ello? Pues es asombroso, porque si, en lugar de mirar hacia el futuro, consideramos el pasado, veremos que la cuestión económica, la lucha por la existencia, hasta ahora siempre ha sido el problema primordial y el más apremiante de la raza humana, y no sólo de esta raza, sino de todo el reino biológico, desde que empezó la vida en sus formas más primitivas.

La naturaleza nos ha hecho evolucionar para el fin de resolver el problema económico. Y una vez resuelto este problema, la humanidad se verá privada de su objetivo tradicional.

¿Será en su beneficio? Por poco que se estimen los verdaderos valores de la vida, hay que reconocer que la perspectiva presenta por lo menos una posibilidad beneficiosa. Sin embargo, asusta pensar en el trastorno que originará al hombre normal el tener que desechar en el curso de unos cuantos decenios los hábitos e instintos con los que se ha venido formando su carácter desde un sinnúmero de generaciones.

¿No es de esperar que se presente una depresión nerviosa general? Ya tenemos alguna experiencia de este estado neurasténico, bastante frecuente en Inglaterra y los Estados Unidos —no puedo hablar de España— entre las mujeres de las clases acomodadas, a quienes, para su desgracia, la riqueza ha privado de sus tareas y ocupaciones tradicionales y que, libres de la apremiante necesidad económica, ya no encuentran distracción en sus labores domésticas y, sin embargo, son incapaces de hallar ningún otro entretenimiento.

Así es que por primera vez desde su creación el hombre se encontrará cara a cara con su verdadero y constante problema: el de saber cómo ha de emplear el tiempo libre que le habrán proporcionado la ciencia y el interés compuesto, para vivir con agrado y prudencia, gozando de su libertad al no verse apremiado por perentorias preocupaciones.

Me figuro que en ese siglo de oro —si a tal llega— es muy posible que España vuelva a ocupar el rango que le corresponde como príncipe de las artes, de la civilización y de la vida. Me parece que vuestra civilización y vuestras tradiciones resistirán al trastorno, originado por ese nuevo estado de cosas, mejor que las del Norte de Europa y Estados Unidos de América. Porque España —dicho sea en alabanza suya— se ha negado a dedicar todo su esfuerzo a la lucha para lograr en carrera acelerada la plétora económica. Los que con todo afán persiguen el dinero, es posible que nos traigan a todos la abundancia económica; pero serán las naciones que hayan

sabido conservar su vida, cultivando con perfección cada vez mayor el arte de vivir, sin venderse por lo que constituye los medios de la vida solamente, las que podrán disfrutar de la abundancia económica cuando ésta llegue.

Sin embargo, a mi entender, no hay nación alguna que pueda vislumbrar sin temor esa edad de ocio y de riqueza. Porque son muchos los siglos que nos vienen enseñando a luchar, y no a disfrutar. Para el hombre normal y desprovisto de talentos especiales, es un conflicto angustioso el de encontrar una ocupación que le distraiga, sobre todo si ya carece de arraigo en la tierra o en las costumbres castizas de una sociedad tradicional. A juzgar por la conducta y los hechos de las clases acaudaladas de hoy día en cualquier parte del mundo, la perspectiva no es nada halagüeña. Porque estas clases representan nuestra vanguardia, que explora para los demás la tierra prometida, donde establece sus tiendas. A mi juicio, estas personas que, disponiendo de un millón de libras esterlinas carecen de comunidad, de lazos y deberes, han fracasado por completo en la solución del problema que tenían planteado.

Estoy seguro de que, una vez tengamos mayor experiencia, utilizaremos el nuevo don de la naturaleza de modo muy distinto del empleado por los ricos actuales, trazándonos un plan de vida muy opuesto al de ellos.

Durante muchos siglos todavía imperará el viejo Adán con tal fuerza en nosotros que cada uno sentirá la necesidad de *algún* trabajo, para su satisfacción. Nos dedicaremos a los detalles de la vida diaria con

más afán que el rico de hoy día, dichosos de tener pequeños quehaceres y obligaciones. Pero, además de ello, procuraremos repartir las pocas tareas que queden, lo más equitativamente posible, para que a ninguno llegue a faltarle el *pan nuestro* del trabajo diario. Durante mucho tiempo podrá aplazarse el conflicto mediante jornadas de tres horas, o semanas de quince horas de trabajo. Y tres horas diarias bastarán para aplacar el instinto trabajador de la mayoría de los hombres.

También en otros sentidos nos aguardan cambios muy profundos. Cuando la acumulación de la riqueza ya no tenga gran importancia social, surgirán ineludibles modificaciones en el código moral. Podremos librarnos de principios pseudo-moralistas que desde doscientos años han constituido nuestra pesadilla —tal vez menos en España que en Francia o Inglaterra o los Estados Unidos— y que nos han llevado a exaltar al rango de virtudes algunas de las menos apetecibles cualidades humanas. Podremos permitirnos el lujo de dar al móvil pecuniario su intrínseco valor. El afán del dinero, sólo por tenerlo y no como medio para lograr los goces y realidades de la vida, será reconocido por lo que es: una morbidez algo asquerosa, una de las propensiones entre criminales y patológicas que se relegan con repugnancia a los especialistas en aberraciones. Toda clase de costumbres sociales referentes a la distribución de la riqueza y de los premios y castigos económicos que, por desagradables e injustas que en sí sean, mantenemos a toda costa por lo útiles que son para fomentar la acumulación de la ri-

queza; todas esas prácticas, al fin, podremos desecharlas.

Claro es que aun habrá mucha gente dominada por ese afán intenso e insaciable de la actividad y que seguirá en pos del dinero, a no ser que encuentre otra cosa que lo sustituya. Pero los demás no tendremos ninguna obligación de aplaudirles ni alentarles. Porque investigaremos, con mayor curiosidad que hoy es admisible, el verdadero carácter de ese ansia de actuar, con que la naturaleza nos ha dotado a casi todos en grado variable. Ese deseo inmoderado de acción hace que estemos más interesados en los remotos resultados de nuestros hechos que en la calidad de los mismos o sus efectos inmediatos en nuestro ambiente. El hombre, dominado por su propósito, siempre procura conseguir para sus hechos una falsa inmortalidad, proyectando en el tiempo el interés que siente por ellos. No quiere a su gato, sino a los hijos de éste, y ni siquiera a éstos, sino a los hijitos de los hijos, y así sucesivamente hasta el fin del mundo felino. El disfruta en aplazar el disfrute hasta el día de mañana, que como tal nunca llega; y con este engaño del continuo aplazamiento quiere ganar la inmortalidad de su obra.

Acaso no sea por accidente fortuito que la raza que más ha hecho por inculcarnos la promesa de la inmortalidad, incorporándola a la esencia de nuestras religiones, también sea la que más ha trabajado en pro del interés compuesto, por su predilección para el culto del dios *Mercurio*.

Preveo, pues, una humanidad en libertad de volver a ciertos principios básicos de la religión

y la virtud tradicional, para quien la avaricia sea un vicio; la práctica de la usura, un delito; el afán del dinero, detestable, y que opinará que los que menos piensen en el día de mañana son los que caminan por la senda verdadera de la virtud y la sabiduría. Nuevamente estaremos el fin como superior a los medios, prefiriendo el bien a lo útil. Honraremos a los que nos enseñen a disfrutar de la hora y del día virtuosamente y bien, a esos seres de sensibilidad exquisita que les permite el goce directo de las cosas, a los lirios del valle que ni se afanan ni se emperezan.

Pero, ¡cuidado! Ese momento no ha llegado todavía. Durante otros cien años, por lo menos, tendremos que engañarnos, fingiendo a los demás que lo bonito es feo y lo feo es bonito; porque lo feo es útil, y lo bonito no lo es. La avaricia, la usura y la previsión tienen que ser nuestros dioses durante algún tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica a la luz del día.

Vislumbro, pues, en tiempo no muy lejano, el cambio mayor que jamás haya ocurrido en el ambiente material de la humanidad. Claro es que todo ello sucederá gradualmente y no en forma de catástrofe. La verdad es que la evolución ya ha empezado. Y lo que ha de suceder será sencillamente que habrá cada vez mayores clases y grupos de gente para quienes no existan problemas económicos. La diferencia crítica llegará cuando esta condición se haya generalizado tanto que cambien nuestros deberes para con nuestros convecinos. Porque aún estará justificado el afán de tra-

bajar por los demás, cuando deje de estarlo en el interés propio.

El *paso* a que llegemos a nuestro destino de felicidad económica, dependerá de cuatro factores: nuestra facultad para limitar la población, nuestra de-

cisión de evitar las guerras, nuestra disposición para encomendar a la ciencia la dirección de los asuntos que a ella corresponden, y la rapidez de acumulación resultante del margen entre producción y el consumo; este último factor ya se resol-

verá por sí mismo, dada la solución de los tres primeros.

Entretanto no será de más hacer unos cuantos preparativos para nuestro destino, experimentando y fomentando las artes de la vida además de las actividades de la voluntad.

**MADRID DIA 11 DE  
JUNIO DE 1930  
NUMERO SUELTO  
10 CENTS.** 

# ABC

**DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEXTO  
N.º 8.566** 

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE SERRANO, NUM. 55. MADRID

## POSIBLE SITUACION ECONOMICA DE NUESTROS NIETOS

Con este título dio ayer tarde una conferencia, en la Residencia de Estudiantes, el secretario de la Real Sociedad Económica inglesa, Mr. Keynes.

Comenzó diciendo que en Inglaterra, al igual que en otros países, se está atravesando actualmente por una época de fuerte pesimismo en materia económica.

En Inglaterra pasó la época del gran progreso económico, característica del siglo XIX.

A juicio del conferenciante, aunque hay algo de verdad en lo dicho anteriormente, no nos debemos dejar llevar por el pesimismo. Dice que todo es debido a que los cambios de una a otra época son muy bruscos, siendo difícil el reajuste económico entre los dos periodos.

Hace un recorrido histórico muy minucioso de los distintos



tiempos de catástrofes, de pes-tes, de guerra y de las vicisitudes que todos los países atraviesan.

La Edad Moderna dice que se inaugura con la acumulación de capital. A partir del siglo XVI y después de XVIII, empezó la

gran era de la ciencia y los inventos técnicos.

Sienta la afirmación de que, suponiendo que no haya grandes guerras ni aumento considerable de población, es posible que dentro de cien años el problema económico esté resuelto o en vías de solucionarse; lo que quiere decir que la cuestión económica, mirando hacia el futuro, no es el problema permanente de la raza humana.

Y termina su interesante disertación diciendo que también en otros sentidos nos aguardan cambios muy profundos. Cuando la acumulación de la riqueza ya no tenga gran importancia social, surgirán ineludibles modificaciones en el código moral. «Entre tanto, sería conveniente hacer unos cuantos preparativos para nuestro destino, experimentando y fomentando las artes de la vida, además de las actividades de la voluntad.»

Fue muy aplaudido.

# El Sol

Diario Independiente fundado por Nicolás M. Urgoiti en 1917

Madrid, 10 de junio de 1930

## MR. J. MAYNARD KEYNES NOS HABLA DE LA CRISIS MUNDIAL

I

### Causas generales. La situación en Gran Bretaña

No están conformes los augures sobre el verdadero alcance de la depresión económica e industrial por que atraviesa la Gran Bretaña. Su desacuerdo proviene de que tampoco aprecian de igual manera las causas hondas de esta crisis, casi sin precedentes. Todos la consideran, naturalmente, como una de las muchas manifestaciones de otra crisis general que afecta al mundo entero en estos momentos. Pero mientras creen unos que la economía británica habrá de recuperar su ritmo normal al compás de un restablecimiento del equilibrio general, otros temen que no pueda detenerse en el declive, por existir en su caso, además de las de carácter mundial, causas locales o peculiares a la constitución de su Imperio, que, según esos pesimistas, pudieran muy bien convertir para ella la presente depresión en permanente e impedir la recuperación de la pasada prosperidad británica.

Pese a todos los argumentos de orden material, se resiste uno a creer en la posibilidad de tamaña decadencia ante personalidad como la de Mr. John Maynard Keynes. Adviértese en la

segura elegancia de su gesto y de su palabra, en la misma pureza de la elocución con que nos expresa opiniones y esperanzas, el producto más acabado de una civilización en su apogeo. Los imponderables no se reducen a cifras. En su conferencia de esta tarde, nos dirá este vigia de penetrante mirada las razones que divisa ya en nuestro mundo económico —aun en medio de sus tormentas— para prometernos el arribo a tierra firme en un porvenir relativamente próximo. Pero él mismo, la firmeza y la vastedad de su mente, constituyen de por sí, por lo que significan y representan, un motivo poderoso de confianza y de esperanza.

Vinculado desde su nacimiento a la Universidad de Cambridge, en cuyas aulas le precedió su padre, es ciertamente el profesor Keynes la viva antítesis de aquellos dómnes de los Colleges of Unreason donosamente fustigados por Samuel Butler. Incorpora la gloriosa y multi-secular tradición de humanismo de aquel foco de cultura a la inquietud investigadora de nuestro tiempo. Y ante este eslabón que de modo tan perfecto une la Inglaterra del pasado a la del presente, rechaza nuestro espíritu las siniestras predicciones de los agoreros. Podrá acaso disminuir el poderío material y la riqueza —enorme todavía— de la Gran Bretaña, temporal-

mente al menos; mas nos negamos a admitir la mengua de esa otra riqueza superior y el eclipse de su influencia cultural y civilizadora.

### Keynes en España

Tres horas escasas después de su llegada a Madrid, y haciendo caso omiso de la fatiga inherente a un largo viaje, nos concede el profesor Keynes la entrevista que para *El Sol* habíamos pedido, y contesta a nuestras preguntas con toda amplitud y la mayor afabilidad.

—Ante todo —nos dice—, me congratulo de esta nueva ocasión de comunicarme con los lectores de *El Sol*, en cuyas páginas he tenido varias veces la satisfacción de colaborar. Hablemos, pues, de la crisis económica actual: de su aspecto general primero, y luego en lo que afecta particularmente a la Gran Bretaña y España.

»El mundo comienza a darse cuenta —desde hace algunas semanas sobre todo— de que estamos pasando por una de las mayores depresiones en la industria que se han conocido. El descenso en los precios es en todos los países uno de los más fuertes y rápidos, con la sola excepción quizá de 1921. Desde principios del presente año, el precio medio de los productos de consumo ha caído en un 12 por 100, y ciertos artícu-

los, tales el cobre, el caucho, la plata, alcanzan su más baja cotización, mientras que otros vuelven a los precios de la anteguerra.

»En tales circunstancias, es inevitable que se produzca un gran retraimiento en los negocios. Las nuevas empresas se ven detenidas y retrasadas en todas partes del mundo, y los comerciantes están sufriendo importantes pérdidas por doquier. Este retraimiento afecta igualmente a los Estados Unidos de Norteamérica; pero ocurre que en aquel país no parecen tomar la situación tan en serio como fuera menester. Y esto constituye, sin duda, un elemento peligroso.

»En la actualidad, en efecto, Wall Street se ilusiona con la esperanza de que ésta es una de tantas depresiones de menor cuantía, como ocurrió, por ejemplo, en 1924. Creo totalmente errónea semejante interpretación.

—¿No se divisan luces de esperanza en tan sombrío horizonte?

—Sí; y uno de los principales motivos de optimismo es precisamente el carácter cíclico, en sus fundamentos, de esta depresión. Por tanto, cabe contar con bastante certeza sobre un restablecimiento en tiempo oportuno.

»El deber de las autoridades financieras en todo el mundo consiste, evidentemente, en acelerar ese retorno a la normalidad. Disponen para ello de varios medios a su alcance, pero los principales son el abaratamiento del crédito y una mayor facilidad en su concesión y el avenirse a hacer uso libre y amplio de sus reservas en oro, a la vez que a no tratar de atraer

y atesorar oro cuando no lo necesiten verdaderamente.

»En mi opinión, en efecto, las causas de nuestras dificultades actuales son, ante todo, de carácter monetario. Se deben a la política del «dinero caro», que en Europa, y hasta época reciente, ha venido acompañando la lucha para volver al patrón oro, y en los Estados Unidos, la lucha para controlar Wall Street. Estamos sufriendo actualmente las consecuencias de este hecho: que en 1929 el tipo de interés fue en todas partes excesivamente elevado.

(Inevitablemente, estas observaciones del profesor Keynes traen a colación la política seguida —en cuanto a concesión de crédito y al empleo de las reservas en oro— por el Banco de España y los círculos financieros españoles afines. Sin negarse a expresar claramente su opinión, muy al contrario, nos ruega Mr. Keynes que traslademos este capítulo al final de nuestra charla.)

—Por cortesía hacia el país del cual soy huésped en estos momentos —añade, sonriendo—, creo preferible, después de haber expuesto mi parecer sobre el carácter mundial y cíclico de la depresión actual, hablar primero de la situación en mi país. Por otra parte, el ejemplo de lo acaecido en la Gran Bretaña acaso pueda servirnos de punto de referencia al tratar del aspecto español de esta crisis general.

»En Inglaterra, nuestra posición monetaria es desfavorable por haber venido a añadirse esa depresión industrial cíclica a las tribulaciones que ya padecíamos. Pero creo que la opinión extranjera muestra una tendencia a interpretar erróneamente el carác-

ter de nuestra crisis nacional. Entiéndase bien que estamos sufriendo un período de «transición» con todas sus incomodidades, pero no el principio de una decadencia.

»Debe tenerse en cuenta que sostenemos el nivel general de vida más alto del mundo fuera de los Estados Unidos. Los salarios de nuestros obreros son casi el doble de los que cobran los obreros en Francia. Además, cada hombre que carece de empleo recibe del Estado, para el mantenimiento de su familia, unas cuarenta pesetas semanales.

»Con todo, y no obstante los tiempos pésimos por que atravesamos, la riqueza del país en capital sigue aumentando a razón de unos 40 millones de pesetas por día. Nuestra producción industrial en el pasado año ha sido la mayor que haya registrado nuestra historia. Nuestras dificultades provienen de cierto desequilibrio en esa organización, debido al cual, nuestra renta nacional es inferior en una proporción que oscila del 5 al 10 por 100 a lo que debería ser si el «ajuste» de todas las condiciones fuera perfecto. Pero, repito, es justo recordar que, a pesar de todo ello, mantenemos un nivel de vida, así como de producción y eficiencia industriales, tales como existen actualmente en muy pocos países. Podría fácilmente multiplicar las estadísticas que acabo de citar como ilustración de los inmensos recursos económicos del país.

—Nadie de buena fe ha de discutir ese nivel de vida y de eficiencia, aspiración de otros muchos países. Mas se advierte actualmente en la economía inglesa una evolución en el sen-

tido de que ciertas industrias, antes dedicadas casi exclusivamente a la exportación, dirigen su fabricación cada vez más hacia el consumo interior. ¿No cree usted que esto puede producir un descenso en aquel «standard of live»?

—No como consecuencia necesaria. Sólo hemos menester de un superávit considerable de exportación si hacemos grandes inversiones de capital en el extranjero. Nuestro saldo comercial presenta actualmente un exceso favorable muy superior a lo que necesitamos para pagar nuestras importaciones indispensables. El año último, dicho saldo favorable disponible para nuevas inversiones de capital en el extranjero fue de unos 6.000 millones de pesetas para el ejercicio entero. No podremos, desde luego, abrigar la esperanza de retener nuestra antigua preeminencia —casi podría decir nuestro monopolio— en el mundo. Pero aun en las actuales circunstancias, tan desfavorables, nuestro saldo neto disponible para inversiones extranjeras se mantuvo igual al de los Estados Unidos y superior al de cualquier otro país.

—¿Por qué entonces querer aumentarlo? Aun cuando lo deseamos, es evidente que no se trata de una necesidad. Una leve diversión de las industrias de exportación hacia los productos destinados al consumo interior tiene como contrapartida el retener dentro del país una proporción algo mayor que en lo pasado de nuestros ahorros anuales.

Al llegar a este punto de nuestra charla, y contestando a nuestra pregunta, obtuvimos del profesor Keynes unas declaraciones que juzgamos de verdadera

importancia, sobre la tan debatida cuestión del libre cambio ante el incremento de la campaña proteccionista —en sus varios matices— en la Gran Bretaña. Pero la limitación del espacio nos obliga a dejar su transcripción para un segundo artículo, en el que referiremos, además, la opinión del ilustre estadista sobre el proyecto de Federación Europea lanzado por Briand, las posibilidades de unión económica en nuestro continente y, en fin, la palpitante cuestión de la política financiera y monetaria de España.

## II

### **Protección o libre cambio. La Federación Europea. La política financiera de España y el problema de la estabilización de nuestra moneda**

Para los lectores de Mr. Keynes son bien conocidas las ideas del ilustre economista y su posición en el debate proteccionista contra libre cambio. Pero en los últimos meses, y desde que arreció la batalla, quien lea con alguna atención *The Nation*, habrá advertido en las columnas de la simpática revista como una mayor independencia de toda estrechez dogmática para enjuiciar los problemas creados en la Gran Bretaña por la depresión industrial y su secuela, el paro forzoso. Por ello y por suponer que aquí podría hablarnos con libertad total, formulamos nuestra pregunta, que de otro modo hubiera podido parecer una redundancia.

Tras unos segundos de reflexión, nos contesta Mr. Keynes:

—Es ésta una pregunta muy delicada para quien ha sido toda la vida librecambista decidido. Mas no por ello dejo de reconocer que el desarrollo adquirido por la opinión moderadamente proteccionista durante los últimos meses y en todos los sectores es francamente asombroso. Las posibilidades de llegar a una medida proteccionista de carácter general en la Gran Bretaña son hoy mayores que en ninguna época que yo pueda recordar. Dejando por un momento de hablar muy en serio, hay ratos en que imagino que la cuestión decisiva en las próximas elecciones inglesas será esta del proteccionismo... con los tres partidos en favor.

»Pero volviendo a la formalidad, ocurre que las desventajas del proteccionismo son del orden que los economistas suelen llamar «a largo plazo». Y no cabe duda de que esas desventajas son hoy las mismas de siempre. En cambio, es innegable que en plazo inmediato un arancel moderado y sensato podría ofrecer ventajas importantes.

—¿Sin entrañar el riesgo de rebajar el nivel de vida general, singularmente el de las clases menos afortunadas?

Otros tantos segundos de reflexión, seguidos de esta afirmación rotunda:

—Sin rebajar el nivel de vida, teniendo en cuenta el alivio y la mejora que supondría en la cuestión del paro.

—No deja de ser curioso este movimiento general en la opinión británica en estos momentos, en que Briand dirige un llamamiento a los pueblos continentales para que estrechen sus lazos de solidaridad y aflojen el cinturón de hierro de sus

barreras aduaneras... ¿Qué opina, Mr. Keynes, del proyecto de Federación Europea?

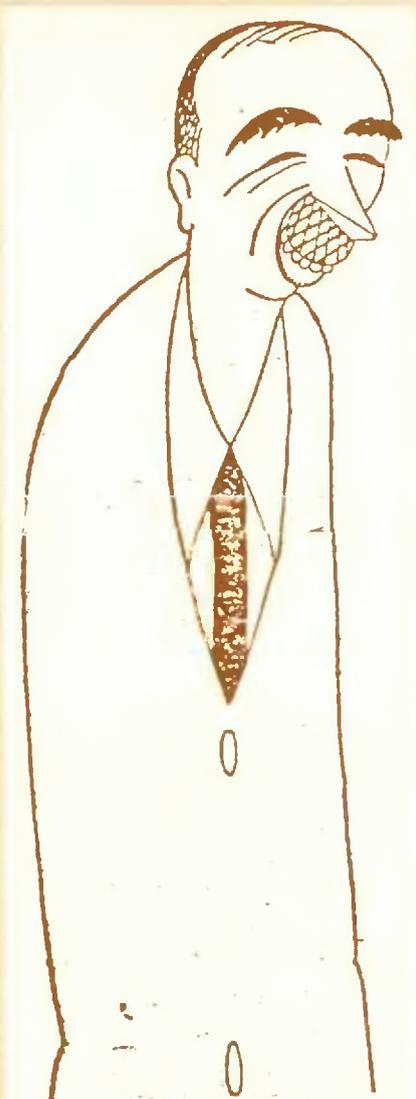
—Que es de una terrible vaguedad. Es algo difícil de describir... que revolotea en el aire diplomático, pero sin ser aún lo bastante tangible para que pueda asirlo la mano del economista.

—¿Pero no advierte posibilidades de una unión económica más estrecha de nuestro continente? En el terreno político, al menos, nosotros creemos ver, pese a estridencias aisladas, signos de una creciente solidaridad, que lentamente va tomando conciencia de sí. ¿No cree que en el terreno económico ocurra algo paralelo?

—Veo buenos deseos brotando esporádicamente todavía. Mas después de todo, volvemos siempre al obstáculo de los aranceles. El argumento más fuerte contra las tarifas aduaneras es que, una vez establecidas, son tan difíciles de quitar. Los Gobiernos necesitan los ingresos sobre los cuales contaron al elaborar sus presupuestos, y los industriales interesados necesitan, por su lado, el apoyo de la protección a que se han acostumbrado.

—Tal fue la posición adoptada, entre otros países, por España en la última y semifracasada Conferencia de Ginebra. Y puesto que con este rodeo hemos vuelto a España, le recordamos nuestro vivo deseo de conocer su opinión acerca del estado actual de nuestra moneda y, en general, de la política financiera española.

—Francamente, en un período de baja mundial de los productos cual el que ahora atravesamos, no me parece en modo



KEYNES EN ESPAÑA

alguno que la baja de la peseta sea un síntoma de debilidad. La libertad de permitir cierta moderada flojedad en el cambio en momentos de depresión general que afecta al resto del mundo puede constituir un medio valioso para mantener una estabilidad interna, que de otro modo resultaría imposible.

»En cuanto a la política financiera, he de volver sobre lo que ya le expuse respecto de la necesidad de facilitar y abaratar el crédito y de hacer uso libre y amplio de las reservas de oro. Si se me permite una crítica, diré que, en mi opinión, el Banco de España se ha mostrado demasiado reacio en este punto precisamente del empleo de sus inmensas y fuertes reservas.

»Después de todo, no se mantienen las reservas de oro como las obras de arte en un museo, sino para hacer uso de ellas en provecho de la nación cuando surgen ocasiones importantes. No conozco lo bastante a fondo la situación económica de España para afirmar de manera categórica que el período reciente constituía una de tales «ocasiones importantes»; pero lo creo así.

—¿Opina usted que debe irse a la estabilización de la peseta?

—No conozco suficientemente los detalles y la base de la estabilización propuesta para discutirla a fondo. Sin embargo, hablando en sentido general, creo siempre conveniente para un país cualquiera estabilizar el valor de su moneda a un nivel que corresponda aproximadamente aquel al cual se han ajustado gradualmente salarios y rentas.

»En cambio, considero siempre perjudicial cambiar el valor de la moneda cuando esto significa alterar el nivel de rentas y salarios. Particularmente si, como sería el caso si se quisiera elevar la peseta a su antigua paridad, entrañase una rebaja de ese nivel tal como hoy existe. Es incalculable la resistencia social que se opondría a un cambio de esta naturaleza y las perturbaciones que resultarían de cualquier intento para imponerlo.

—Sin embargo, no faltan en nuestros círculos financieros, y no los menos influyentes, quienes se aferran a la idea de que sólo podemos pensar en la estabilización después de que la peseta haya vuelto a la par.

—Pues yo creo todo lo contrario. Es más: opino que la peseta no *debe* volver a la par. Podría entrañar grandes disturbios en la vida económica de España y causar enormes pérdidas.

»Nosotros, en Inglaterra, cometimos un error semejante al creer que el mismo valor que hace muchos años constituía la paridad era necesario a nuestro prestigio y a nuestro bienestar. Hemos tenido que pagar las consecuencias, onerosas en extremo. Y tal vez el Japón acabe precisamente de caer en un error semejante. España debe andar con gran cautela y estudiar con todo detalle y detenimiento los experimentos, no muy afortunados, hechos por los demás países antes de lanzarse a tamaña empresa.

—Esta peligrosa manía del prestigio ha contaminado también a nuestros financieros oficiales, que creen, por lo visto, que la estabilización de la peseta alrededor de su tipo actual significaría punto menos que la bancarrota.

—Conozco el estribillo. Mussolini solía decir lo mismo acerca de la lira. Yo hube de advertirle en cierta ocasión de que si la lira se negaba a comportarse con arreglo a su dictatorial voluntad, no le sería posible tratarla, como a un rebelde político, con aceite de ricino. Tras una breve experiencia, se convenció el «Duce», y abandonó por completo toda idea de un retorno a la par, aunque se em-

peñó en estabilizar la lira, siempre por el prestigio nacional, muy por encima de su valor real, con los desastrosos resultados que todos conocemos.

»Compare, en cambio, con estos errores manifiestos el caso de Francia. Renunció Francia francamente a su antigua paridad. ¿Ha sufrido por ello su prestigio? ¡Todo lo contrario! Hoy, al cabo de dos años tan solo, su posición financiera es una de las más fuertes del mundo.

Damos por terminada nuestra larga entrevista con el ilustre economista inglés, pues vemos aparecer en el «hall» del hotel la lindísima silueta de su esposa, y no queremos retrasar la hora de su almuerzo. Al expresarle nuestro agradecimiento por la amabilidad y concreción con que ha tenido a bien satisfacer nuestra curiosidad —y la de nuestros lectores—, nos dice su satisfacción por hallarse de acuerdo con *El Sol* en tantos y tan variados puntos. Finalmente, le advertimos que aquí también tiene muchos admiradores, que esperan con impaciencia la publicación de su *Treatise on Money*, largo tiempo anunciado.

—Lo tengo casi terminado. Puede decir que se publicará en el otoño; todo lo más tarde, durante el mes de octubre. El motivo de tan larga demora es que se trata de un libro muy extenso, que representa un trabajo considerable.

Mistress Keynes se ha acercado a nuestro grupo, y nos presenta su esposo a la admirable bailarina que años atrás aplaudimos con tanto fervor

—cuando se llamaba Lydia Lopokova y aseguraba con su gracia alada los más resonantes triunfos de la famosa compañía de Sergio Diaghilev—. Recuerda ella con placer aquellos días de su primera visita a España, y todavía hablamos unos momentos de su inmediata conquista del público madrileño culto; de su colega Nijinsky, genio extraordinario, hoy dramáticamente alejado de la escena. Al despedirnos, creemos haber comprendido las afinidades profundas que habían de enlazar la vida del sabio economista con la de la grácil bailarina: es que ambos son, aunque en esferas diferentes, grandes y extraordinarios artistas.

(Caricatura de Bagaria)

# EL DEBATE

Madrid, 10 de junio de 1930

CINCO EDICIONES DIARIAS

Red. y Admón.: Alfonso XI, 1

## LA CIENCIA ECONOMICA NO VIVIRA MAS DE UN SIGLO SEGUN KEYNES

*Para entonces la técnica habrá  
resuelto todos los problemas  
económicos*

En el salón mundano del Ritz, cara a la estatua de mármol que tantas fiestas sociales presenciara, me recibe el economista J. M. Keynes.

Su figura, inclinada por el estudio, tiene una simpatía y una distinción que explican —con su sosegado y hondo saber— sus éxitos de consejero economista internacional. Menos genialmente didáctico que Cassel, sus teorías, todo lo que son inferiores a las de éste en vigor expositivo y en extensión —Cassel no inventa, pero funda una economía—, son superiores en profundidad y análisis en todo lo que se refiere a lo dinerario. Su corrección de la fórmula cuantitativista de la circulación es de lo más fino que haya podido salir de la fina escuela de Cambridge; aquel acervo inagotable acumulado por el genio de Marshall y ahora por Pigou.

Pero todas estas cosas no importan mucho al público español. En cambio, nuestra conversación si puede interesarle.

Iba a preguntarle si mantiene su teoría cuantitativa —y, por tanto, «causal»— del nivel de cambio en relación con el nivel

de precios, pero me advierte que de eso ya ha hablado en una entrevista para otro periódico... Ni él quiere repetirse, ni a nosotros nos convendría.

*Pero ahora la Economía es de  
una importancia excepcional*

—Y su conferencia de mañana, ¿qué carácter tendrá? Predecir el futuro no es misión de la ciencia, ¿verdad?

—Efectivamente, mi conferencia —responde en un inglés de prosodia correctísima y pausada— pertenece más al dominio de la imaginación que al de la ciencia.

—Y a la ciencia económica, ¿qué papel le asigna usted en el presente?

—Importantísimo. «Nothing more important for a country that the development of a strong school of Economics.» Si; nada más importante para una nación que el desarrollo de una fuerte escuela de Economía. Esta ciencia, que, como usted sabe, es de corta vida, y que hasta nuestros mismos días ha venido siendo una «medio-ciencia», mezcla de filosofía y de técnica, ha de tener en los próximos cien años una importancia excepcional. Actualmente, lo económico tiene la supremacía. La economía interesa sobre todo; y por eso mismo, existen ya las premisas, para que esa ciencia llegue en

seguida a ser una «completa» ciencia.

Con su desarrollo y con el de la técnica, pronto, es decir, dentro de unos cien años, los problemas económicos ya no existirán.

Ante mi gesto de asombro, Mr. Keynes aclara:

—No existirán, porque el supuesto de la escasez de medios materiales frente a las ilimitadas necesidades humanas habrá sido superado. Los perfeccionamientos técnicos de estos días, y sobre todo de los días próximos, serán tan extraordinarios, que el hombre encontrará a poca costa lo que necesite.

Mis oídos, que hace poco todavía oyeran a Sombart, y mis ojos, que aún conservan frescas las líneas del último tomo del *Moderne Kapitalismus*, no pudieron evitar una —quizá irrespetuosa— interrupción.

*Los progresos mayores se harán  
en la agricultura*

—Pero, ¿y el problema de las primeras materias? ¿No cree usted que a Sombart no le falta razón al preguntarse qué haremos cuando el mineral de hierro y el del estaño y los yacimientos de petróleo comiencen a agotarse?

Rehuyendo un poco la cuestión, Mr. Keynes añade:

—¡Ah! La Técnica vencerá todas esas dificultades. Por eso, en la Agricultura es donde se habrán de registrar en un futuro inmediato los más extraordinarios avances tecnocientíficos. No puede haber duda: El progreso de la investigación es continuo y marchará hasta el fin... Hasta que el hombre consiga tener satisfechas sus necesidades y pueda dedicarse a sus fines permanentes, cual la Religión o el Arte.

—¿La economía, entonces?

—La economía desaparecerá como tal ciencia. Será sustituida por la Técnica y suplantada por esas otras ciencias hijas de las finalidades eternas de la humanidad. La vida de la economía será, pues, «very short», muy corta. De aquí el que su desarrollo haya de ser tan intenso e importante en estos días.

Entonces, sabiendo que yo he estado pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios en Alemania, Italia e Inglaterra («London School of Economics»), me pregunta por la importancia de los estudios económicos en España.

Y a su rostro «diplomático» asoma una sonrisa de asombro y lástima cuando yo le cuento

---

*Una fuerte escuela de Economía es absolutamente necesaria en una nación*

---

que entre nosotros no existen sino diez catedráticos numerarios de Economía, que a la vez lo son de Hacienda, y que sólo se estudia esa ciencia en clases alternas en un curso de la Facultad de Derecho, y que apenas se publican libros sobre estas materias que valgan verdaderamente la pena.

Al hablar de la Escuela de Economía de Londres, recuerdo sus numerosos estudiantes indios y, en general, asiáticos, y le preguntó la causa.

—¿No será que en aquellas tierras se dan ahora perfecta cuenta de la importancia de lo económico?

—Efectivamente. En la India, como en todos los pueblos de tradición intelectual más filosófico-racional que técnica-empírica, se han convencido en nuestros días que los problemas económicos han de ser resueltos en primer lugar. Y su juventud universitaria muestra, como usted observaba, especial dilección por esa ciencia.

Al llegar aquí, interrumpimos nuestra charla, poniéndonos de pie. Una figura pequeñita, de una exquisita suavidad y dulzura, se nos acerca. Mr. Keynes me presenta a la recién llegada, que es su señora. Incorporóse a nuestra conversación, y yo entonces pregunto:

—Y si el porvenir está en la investigación y en la técnica, ¿no cree usted que Inglaterra descuida un poco esas cuestiones?



—De ningún modo —añade con cierta viveza, mezclándose entonces por el amor a la patria lejana la voz de ambos esposos—. En Inglaterra todo es ahora apasionamiento por la «rationalisation».

Y mientras tanto, mistress Keynes, entre afirmando y preguntando al marido, dice:

—Allí se gasta ahora mucho en «research» (investigaciones), lo mismo por el Gobierno que por las empresas particulares.

—Inglaterra —prosigue el economista— da perfecta cuenta de que es la hora de la Economía y de la Técnica, y hace cuanto puede por adaptarse a la tarea que se impone...

No quiero insistir. Es la hora de la cena inglesa. Me pongo en pie, mientras al preguntarle ritualmente por su opinión de España, la señora de Keynes, subrayando la admiración de su marido por nuestra patria y por Madrid (donde estará aún dos o tres días), agrega en correcto y cadencioso castellano:

—Sí, España es un país ideal. El Museo del Prado, con sus Grecos, es único; Toledo es admirable, y El Escorial, una maravilla. Otras veces, he estado en Andalucía. Me gusta mucho con sus flores y sus ciudades; pero... —y aquí pasa al inglés, para dar más fuerza a su pensamiento— prefiero a Castilla. La pobre España, que para comer ha de trabajar con ingenio y habilidad...

Lleva razón. Me despido. Y al ir a tomar el automóvil extranjero, el viejo pensamiento vuelve a mí: «Todos lo decimos: Técnica y Economía es lo que nos hace falta, ¿Por qué no lo haremos?»

A. BERMUDEZ CAÑETE